

CORRIENDO JUNTO A LA JOVEN RENATA

Antonio Ungar

En el principio fue un escritorio. Uno cubierto de papeles, en un corredor largo, ancho y alto. Un computador desahuciado y un teléfono sobre el escritorio. Un libro con listas de talleres literarios de toda Colombia y escritos pedagógicos. Y una asesora de literatura, también, en el principio: sentada en una silla, en el escritorio de al lado, frente al computador nuevo.

En el principio hicimos acuerdos. Los propusimos la asesora, el computador nuevo, el libro y éste que cuenta. Y la directora de Artes, claro, desde su propio escritorio, un poco más allá. A través del teléfono, casi siempre. Frenéticos, en todas las horas laborables y en las extras. Sellamos algunos. Con talleres, maestros, escritores y con toda institución local que estuviera dispuesto a apoyar a los anteriores.

Pasados unos meses por fin pudimos ver caras. Al querido edificio de la Biblioteca Nacional fueron llegando. Todas con cabezas y cuerpos. Las caras de los maestros de Renata. Caras de entusiasmo, de indiferencia, de escepticismo, de paciencia. Discutiendo acerca de métodos, contenidos, organización, pedagogía, dinero. Y de lo oportuno que sería que no se les llamara maestros, a ellos, las caras con voz y cuerpo.

Nos sentimos optimistas sintiendo que la red era real, comprobando que los escritores talleristas reunidos en la Biblioteca eran de carne y hueso, que estaban dispuestos a trabajar juntos y que querían seguir haciendo sus talleres con toda el alma, respaldados por los acuerdos. Fue ahí cuando la asesora anunció que se iba, por motivos personales y profesionales. Escritorio con computador nuevo y con teléfono, para el que habla. Para el

que habla y para una nueva asistente. Afuera la red ya moviéndose, mutando, creciendo sola como un ser vivo.

Y entonces llegó la temporada de visitas. Para éste, que quería desesperadamente ver talleres, y para los escritores viajeros. La primera fue a Riohacha. Cuando supo que iba a la Guajira, el que cuenta dio brincos de la dicha mientras hacía maletas, cosa nada fácil. Ya aterrizado en Riohacha supo que había ocurrido un malentendido de programación y el taller se había reprogramado para un día después. El malentendido fue muy provechoso: el que habla pasó un largo día moviéndose de pueblo en pueblo de la Guajira con el escritor tallerista, avisándole a los asistentes de la nueva convocatoria.

Y por fin, al día siguiente, el placer del taller. Leer y oír las historias escritas por los habitantes de esas tierras recorridas, olidas, saboreadas y oídas el día anterior. Discutir sobre la forma de contar las historias, de organizarlas. Editarlas colectivamente. Hablar del lenguaje, de la puntuación, del ritmo. Apasionados todos, locales y foráneo, decidiendo qué narrador convenía más, qué tiempo, qué personajes. Buenos augurios. Caras que parecen radiantes, trabajando y aprendiendo juntas.

De vuelta en Bogotá, llegó una nueva asesora a instalarse en el corredor largo y ancho y alto. Poco tiempo después, como si la vinieran siguiendo, llegaron también dos escritorios y un computador joven. La nueva asesora convocó el comité asesor de Renata por instrucción de la directora de Artes. Un comité de sabios pero hecho sólo de sabias. Sabias pensando sesudamente en Renata, proponiendo estrategias y cambios. Algunas hasta apoyando materialmente. Poco después empezó a funcionar la primera página web de la red, armada de blogs con las caras y las propuestas y las historias de las regiones.

Y siguieron las visitas, claro. Al taller de Bucaramanga lleno de buenas

historias, con dos sedes, queriendo meterse en los barrios marginales de Ciudad Norte. Al de Florencia, con gente de todas las edades y unos relatos desconcertantes y un guía muy riguroso y un niño escritor. Al de Providencia, con su grupo de mujeres contadoras. Y a todos los demás, claro, que por no mencionados no son menos importantes Doce visitas, doce talleres, lugares grandes y pequeños, fríos y calientes. La joven Renata en movimiento.

Acabada la temporada de visitas, siguieron las reuniones con los escritores "profesionales", que también habían ido y visto y que dieron detalles de todo. Más optimismo y más entusiasmo. Después ver en la web cómo fueron recibidas esas visitas, cómo se cerraba ese primer año en cada uno de los talleres coordinados. Y entonces extender las horas del día para hacer más acuerdos y asegurar los ya cerrados, para estar en más regiones, para asegurar la buena salud de la joven Renata para el nuevo año que se acercaba. En reunión rápida, por fin, lograr un pacto más grande, con una institución nacional y sus bibliotecas en todo el país, para toda la temporada siguiente. Renata multiplicándose.

Al final, para cerrar con todos los protagonistas, llegó el encuentro de Cartagena. Se afanaron la directora y la asesora y las sabias y el que cuenta. Al final consiguieron reunir a todos dándoles transporte y techo y comida. Y dándoles también comida intelectual para los talleres; programando, después de cientos de llamadas y alguna reunión, la visita de cuatro escritores iberoamericanos importantes. El que habla ejerció de contertulio, haciendo preguntas mientras libraba combate mortal con su timidez frente a los auditorios. Seis meses después uno de los escritores, el caribeño, se ganó el Premio Pulitzer. Y ahora el español se ganó el Premio Planeta y el Premio Nacional de Narrativa. Las sabias y las funcionarias y el que firma sacamos pecho (el que firma ya desde muy lejos).

En medio de la frenética y deliciosa carrera con la joven Renata, el

destino se llevó por sorpresa al que esto cuenta a vivir a Jaffa, en Palestina-Israel. El que esto cuenta se sintió feliz con el cambio de vida, pero sospechó que ya no podría vivir sin Renata. Entonces la directora de Artes, providencial, le ofreció usar su experiencia en el trote con la joven para encargarse de montar y coordinar el funcionamiento de la nueva página web. El lugar geográfico para hacerlo era irrelevante porque todo el trabajo se haría por internet y teléfono.

La realidad que esperaba al firmante en Oriente Medio era radicalmente distinta a la colombiana, pero un pedazo de su vida siguió en Colombia. Pasó los primeros dos meses adaptándose a la cotidianidad del mundo árabe bajo ocupación israelí y tramitando documentos de inmigrante, pero también una parte de su cabeza estuvo en Bogotá, en el pasillo largo, ancho y alto del escritorio solitario. Ultimando con el equipo del Ministerio y con la empresa diseñadora todos los detalles del contenido, estructura y funcionamiento de la página.

Pocos meses después empezó a escribir para periódicos de otros países, bajo el tiroteo continuo de los Territorios Ocupados. Aprendió árabe y hebreo, dio clases de español. Y también visitó cada día, con la joven Renata y su página web, todas las regiones de Colombia en donde había talleres. Se asomó a Quibdó, a Sibundoy, a Barrancabermeja, a Cúcuta, a San José del Guaviare, a Tunja y a todas los demás feudos de la joven. Pudo entrar a los salones, ayudar a editar historias, volvió a sentir cerca a toda esa gente que conoció en vivo, discutió con ellos los trucos del delicioso oficio de la escritura.

Agradecido, todavía trotando cerca a la joven Renata, disfrutó del aire y la luz y la vida de cada uno de esos lugares, de cada uno de esos talleres, vividos ahora a través de las palabras precisas de sus contadores de historias.

LA MONEDA DE LA MUERTE

Alberto Cortés de los Reyes

Renata Barranquilla

Jerri lanza la moneda al aire con ademán de experto. Mientras la moneda sube, le imploro a Dios ganar; quiero ganar, es lo único que deseo en este instante.

Hemos apostado que el perdedor se arrojará de este precipicio sin mirar atrás.

En sus giros ascendentes, la moneda brilla como si fuese de oro, quizás sea el último brillo que alguno de los dos vea.

Somos ladrones jugados y crecimos en una ciudad despreciable.

La madre de Jerri murió justo cuando él nacía, entregando su vida por él. Jerri fuma cigarrillos uno tras otro; se sumerge en el humo como tratando de suplir algún vacío dentro de él y llenarlo de humo y más humo. Sus dientes son muy amarillos para la poca edad que tiene y le es muy difícil conciliar el sueño por las noches sobre una banca cualquiera de la calle. Me dice que ve a su madre diciéndole que lo ama mucho; trata de ir hasta ella pero se le desvanece en medio del humo. Nos gusta nuestra profesión, la amamos, pero ya no soportamos sufrir tantos afanes por tan poco botín. Por eso hemos tomado esta decisión: alguno de los dos tiene que morir y el otro irá a un reformatorio. No podemos estar juntos, ni siquiera saber que existimos, eso haría que nos juntáramos de nuevo y volver a robar y robar.

La moneda sigue girando y está alcanzando su máxima elevación;

ahora resplandece mucho más.

Crecí devorando películas de gánsteres, como las de Al Capone y otros grandes de la mafia, pero me quedé robando pequeñas cosas. La verdad soy un capo frustrado, me da pena admitirlo, pero como estoy a punto de morir ya no me importa. Desde niño soñé con tener un auto muy lujoso y gozar del amor de muchas mujeres, las imagino sonrientes dentro de mi auto; su risa haciendo eco en mis oídos, mientras de fondo suena el *Himno de la alegría* de Beethoven. Fui maltratado por mi padre muchas veces, cuando peleaba con mi madre siempre terminaba golpeándome, no sé por qué hacía eso conmigo, yo sólo era un niño impotente que no podía defenderme. Pero juré crecer y vengarme de él, más le vale que yo pierda esta apuesta. Odio a esos hombres que tienen mucho dinero y maltratan a sus obreros, por eso cuando van en sus hermosas camionetas y me dan la oportunidad, les arranco el reloj, la cadena o les lanzo una piedra para que se estrellen. Me los quedo mirando perversamente, con una leve sonrisa en mi cara y después huyo como Flash, mi héroe favorito. Al menos hago justicia por esos hombres.

La moneda comienza a descender muy lenta, se aproxima el tiempo de morir. El espacio se torna fúnebre.

Quiero detener esa moneda y arrojar a Jerri al abismo, pero sería muy traicionero de mi parte hacer eso con el amigo que se convirtió en mi familia; sí, lo siento como el hermano que nunca tuve, por eso no lo arrojaré.

La moneda está a punto de caer en la mano temblorosa de Jerri.

En esa mano cleptómana que le ha robado a mucha gente adinerada. Juramos ser los modernos Robin Hood de la ciudad. Todo lo que robamos es para nosotros y para muchos mendigos que viven en la calle. Pero ha sido muy duro, hemos recibido muchos golpes por parte de la Policía y de las

mismas víctimas. Precisamente ayer fuimos golpeados por un riquito a quien le intentamos robar todo el dinero de su camioneta. Ya lo habíamos logrado, tendríamos mucha comida, mucha, y le daríamos a la gente del parque, pero, al cruzar la esquina, Jerri resbaló y se fracturó la pierna. Yo iba delante de él y me dijo: "Sigue tú, sigue tú". Pero no podía dejarlo allí tirado, pensé que yo era lo único que tenía en su vida y abandonarlo en ese momento hubiera sido fatal. ¿Quién lo visitaría en la cárcel? De seguro su madre aparecería en la noche y atravesaría los barrotes para consolarlo, y luego se transformaría en humo. Me devolví, le tomé la pierna para calmarlo, pero en ese instante apareció el ricachón con otros hombres más, tenían sus cuellos repletos de cadenas y sus orejas llenas de aretes de oro como indios modernos pero sin almas. Tanto oro para mostrar, tanto dinero para humillar, mientras otros duermen en medio del frío sobre una banca de cemento sin nada que comer. La primera patada fue para mi estómago y me hizo tambalear hasta que caí. A Jerri le pisaron la pierna fracturada, mientras el riquito se reía de su dolor, todos reían y reían, nos golpeaban fuertemente. Nos dejaron allí como unas basuras, ni siquiera como perros, como unas malditas bolsas de basuras que contienen en su interior cáscaras de miserias y bolsas de sueños rotos.

La moneda ha tomado velocidad de caída, se acerca a la mano de Jerri, se acerca mucho.

Veo deslizarse en la cara de Jerri delicadas gotas de lágrimas que bañan su pequeña nariz de valiente. Jerri también tuvo muchos sueños; soñaba con pilotear un avión, subirlo hasta lo más alto. Un día me llegó a decir que si lo conseguía, traspasaría los cielos y se iría a vivir en la luna solitaria, sí, allí, donde no hubiese nada que robar ni fumar. Su avión sería su casa y por fin dormiría tranquilo.

No puedo creerlo: la moneda ha caído en la mano de Jerri.

La cierra sin fuerza, está muy nervioso. Levanta su cabeza y me mira

con sus ojos llenos de dolor, yo también lo observo fijamente con mis ojos empañados. El mundo es duro Jerri, el mundo es muy duro. Pero ha llegado el final, alguno de los dos tiene que morir. Su cara ha empalidecido, trata de decirme algo pero balbucea. Jerri está temblando mucho, mucho. Jerri va a abrir su mano. Dios, no quiero perder, no Diosito. Pero... ¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha sucedido, por Dios? La moneda se ha caído de las manos temblorosas de Jerri, ha caído al precipicio, no lo podemos creer. Jerri está loco de risa y me abraza fuertemente, creo que Dios permitirá un par de ladrones por mucho más tiempo.

EL DÍA INEFABLE

Hugo Fernando Bahamón Gómez

Renata Ibagué

En ese momento avistamos la tienda y cruzamos la calle para entrar en ella casi con desgano. Una inercia extraña nos arrastraba hacia allí, como el canto de una sirena. Caminábamos por la calle despacio, en silencio, tratando de poner en orden nuestros pensamientos cuando ésta apareció de repente, sembrada en medio de varias casas como un milagro. Mamá se acercó al mostrador y pidió un paquete de Packard. El dependiente, un hombre de cara macilenta y con una toalla raída puesta sobre sus hombros, le dirigió una mirada de sorpresa o por lo menos de ignorancia. Luego me vio a mí sin variar el gesto de su rostro. Para tranquilizarlo le dije que los Publics estarían bien. Sin decir nada, alargó el brazo, tomó un paquete de un estante cercano y se lo entregó a mamá. Ella lo recibió desalentada, garrapateando los dedos de la mano izquierda sobre el mostrador metálico, haciendo con las uñas ese sonido molesto que siempre me destemplaba los dientes. Para disimular, saqué un billete del bolsillo del pantalón y se lo entregué al hombre. Tuve la sensación de haber hecho este ejercicio una infinidad de veces con anterioridad. Le pregunté si podíamos sentarnos en una mesa solamente a fumar y a hablar. El lugar estaba vacío y no molestaríamos a nadie. Dijo que no habría problema siempre y cuando pidiéramos algo de beber. Pedimos dos tazas de café bien cargadas, sin azúcar, y enseguida nos acercamos hacia una de las mesas. Colgué mi morral en una silla y nos sentamos uno frente al otro. El hombre se tomó un buen tiempo para traernos el café, alegando que debió calentarlo de nuevo porque otra vez se había enfriado; a nosotros no nos importó, pero le pedí de buen modo que

bajara el volumen de la música.

–Me parece que hace siglos no consigo un Packard...

La miré con tristeza y repliqué:

–Madre, esa marca fue descontinuada hace años. Tengo la impresión de habértelo dicho cientos de veces...

–Eso no es cierto. Ayer mismo me fumé uno.

Yo sabía que esta conversación sería difícil para ella debido a la muerte tan reciente de mi padre, pero no para mí, que ya me iba acostumbrando a este hecho, como también a la pérdida paulatina de conciencia de mamá. Yo había aprendido a dejar atrás todos los recuerdos sin que causaran demasiado dolor. Mamá en cambio siempre fue más débil, más frágil, si bien luchaba por no dejar escapar cualquier señal que revelara su aprensión.

–Sabes bien que no es así. Acabas de decirme que llevas siglos sin conseguirlos.

–¿Crees que estoy loca...? –me dirigió una sonrisa irónica–. Cuando estaba con tu padre las cosas eran muy diferentes...

Entonces giró su cabeza de lado a lado y observó el lugar como si ya lo conociera, mientras seguía hablando en voz baja, como si no percibiera o recordara que yo la estaba escuchando. Hablaba más para sí misma, o talvez para otras personas que aún permanecían en su memoria. Murmuraba incoherencias sobre los últimos trabajos de mi padre y sus notas. Pronunciaba citas sobre tiempos circulares y realidades alternas. Yo sólo la oía lejana, mirando cómo ascendían las volutas de humo que creaban figuras amorfas e irrepitibles en la atmósfera demasiada quieta del local. Sin saber

por qué todo esto me pareció tan familiar... Al momento mamá pareció volver a la situación.

–Sé que quieres que hablemos de tu padre –aspiró su cigarrillo–. Pues bien, él decidió morir, ya te lo he dicho. ¿Entiendes? Él lo eligió. Yo no pude hacer nada.

–Sólo explícame algo. Si tú estabas con él, ¿cómo permitiste que esto sucediera?

–Gastón me juró que lo hacía para que yo jamás estuviera sola. Me aseguró que ésta sería la única manera. Fue tan convincente que le permití hacerlo.

–¿Qué tiene que ver eso con su muerte? Gastón, es decir, mi padre, no era el tipo de hombre que se quitaría la vida.

–Él sabía que tú regresarías para el funeral. ¿Ves? No se equivocó.

–Eso es apenas lógico. ¿Cómo no habría de venir? Pero ¿por qué enterrarlo aquí? Dime.

–Esa fue su última voluntad. Él dijo que este era el lugar... indicado. No sé más.

–No, madre. No lo entiendo. Quiero que me expliques...

Sin darnos cuenta, el tono de nuestras voces había empezado a subir. El hombre de la tienda nos lo hizo notar al apagar la música. Algo apenado me levanté de la silla y vacié el cenicero en el bote de la basura. Cuando regresé, la cara de mamá era la expresión de la derrota.

–Yo sé que hay cosas que tú no sabes pero yo sí. Cosas que he intentado decirte antes, pero siempre es lo mismo...

Por primera vez desde que me enteré de la noticia y regresé con ella sentí ganas de llorar. Empecé a comprender que yo era el culpable. Había abandonado a dos ancianos a su suerte. El suicidio de mi padre y la enfermedad de mamá eran el resultado ineludible de este abandono.

–Perdóname, madre. No debí haberlos dejado solos tantos años. Lo reconozco, mamá, fue un error.

–No hijo. Perdónanos tú por lo que te hemos hecho... por lo que te estoy haciendo.

Sin entender por completo lo que intentaba decirme, terminé mi café de un solo sorbo. No me atreví a seguir interrogándola sobre las inquietudes que me perturbaban sobre mi padre: el porqué de su suicidio y el porqué de enterrarlo en este pueblo desconocido y tan apartado de la ciudad. Al ver el cansancio de su rostro le propuse que nos marcháramos.

–Se hace tarde. Será mejor que nos vayamos. Tenemos que encontrar dónde pasar la noche.

Antes de levantarnos de la mesa llamé al hombre de la tienda pero no acudió al llamado. Entonces dejé un billete bajo una de las tazas vacías y me di cuenta de que en realidad no quería salir. Quería permanecer allí sentado con ella para siempre. Me sentía protegido de todas mis culpas al saber a mamá cerca. Sin embargo tomé el morral de la silla y lo abrí para guardar el paquete de cigarrillos que ya habíamos empezado. Me sorprendí al notar que adentro había varios paquetes de la misma marca empezados, pero no recordaba haberlos puesto allí. Le lancé a mamá una mirada acusatoria y creí adivinar un par de lágrimas en la profundidad de sus ojos. Instintivamente la abracé.

–Estoy tan cansada... Quisiera que todo volviera a la normalidad.

Nos incorporamos y esperamos unos segundos a que el dependiente apareciera, pero no fue así. Al ver que el hombre no se presentaba, nos dirigimos hacia la puerta y salimos del local para quedar inmersos en un frío despiadado y en una niebla densa. Empezamos a avanzar por las calles en busca de un sitio o de alguien que nos indicara dónde encontrar un hotel, mientras yo experimentaba la sensación innegable de estar viviendo una alucinación palpable y repetitiva. Mamá intuyó estas emociones y quiso apartarme de ellas.

—¿Qué hora es ya?

Sin muchas ganas levanté el brazo, dejando la muñeca izquierda a la altura de mis ojos para notar que no llevaba puesto el reloj. Traté de recordar dónde lo había perdido, pero al igual que con los cigarrillos del morral no conseguí hacerlo. Asimismo advertí que a nuestro alrededor no había nada ni nadie que nos diera tan sólo un indicio de la hora o la fecha de este día inefable. Consternado por este hallazgo quise comunicárselo a mamá que había vuelto a ensimismarse, pero en ese momento avistamos la tienda y cruzamos la calle para entrar en ella casi con desgano. Una inercia extraña nos arrastraba hacia allí, como el canto de una sirena...

GRANADILLAS Y FLORES AMARILLAS

Holguer Alfredo Cruz Bueno

Renata Bucaramanga

No sé cuanto tiempo llevo escuchando la misma melodía que me ofrecen las olas de este mar. Debo haber estado aquí desde hace más de un día. Estoy cansado. Creo que han de faltar algunas horas para que Sara venga a verme.

Siento que la gente sale y entra. Alguien se aproxima y sus pasos, el ruido de sus pasos, me traen el recuerdo de Luciano. El grande, robusto y siempre sudoroso Luciano. Dijo que no defraudaría a nadie, que jamás le causaría daño a nadie y que sería honesto y sincero. Le creí. Nunca le pedí que me devolviera las alpargatas.

Ese arrastrar de sus zapatos de suela aplastada y tacones de madera, chuecos, se escuchaba desde la otra esquina cada vez que salía eructando engaños. Las mentiras con las que se ganó todo, hasta el amor de Sara. Nunca pude entender cómo logró hacer que ella pudiera fijarse en él. ¡Ah!, mi linda Sara... Recuerdo que era la más agraciada del barrio, del único barrio de las pocas cuadras del pueblo.

Por las tardes, a eso de las cuatro y media, solía sentarme en el andén alto para oler su pelo cuando pasaba. Me gustaba verla comiendo granadillas. A decir verdad, creo que ella misma era como una granadilla. Un color de piel como la tierra para hacer ladrillos, forrada con una coraza dura para soportar golpes y maltratos, pero con la fragilidad que permite abrirla con sólo presionarla suave con la punta de los dedos. Siempre fue mía y

nunca la tuve, ni un instante, ni un minuto, ni un segundo; pero siempre fue mía.

Así era Sara, la misma que desde niña, y quizá por costumbre, acompañaba a su madre cuando venían a comprarme las flores. Ella nunca entendió, o tal vez nunca le puso atención, por qué siempre le regalé una flor amarilla. La recibía sin mirarme y la metía en el paquete grande. Nada más. Me quedaba escuchando y no decía nada. Muchas veces soñé con que fuera ella la que me regalaba una flor amarilla y... un beso.

Quién iba a pensar que después de tantos años y aún casada con Luciano seguiría comprándome flores. Recuerdo el día que con la sonrisa entre avergonzada y despectiva me pidió que no le volviera a regalar flores amarillas. Al menos no delante de la gente. Bajo amenaza de no volver a comprarme nada. ¡Ah!, era tan bonito ver a Sara en la esquina de la plaza cuando comía granadillas, mientras Luciano, con el rostro brillante y la camisa siempre estampada con una gran mancha de sudor que se regaba desde las axilas hasta la cintura, salía a distraer a la gente, fingiendo estar interesado por sus problemas. Con cuanta sensualidad lograba comer una tras otra... Creo que ella misma era como una granadilla.

¡Oh! Por Dios, ¿cómo me veré? Debo estar preparado para el encuentro. Sabía que era hoy. Soñé siempre que fuera hoy y he estado aquí, tal vez por más de un día, esperando el momento.

El mar, las olas de ese mar de allá afuera me han estado ofreciendo el mismo ruido, el mismo sonido todo el tiempo. La misma melodía hace rato. Pienso que a veces se parece al ruido que hacía la máquina de hacer raspados que tenía Evaristo. Era un experto en preparar raspados para los recién enamorados. Digo los recién, porque esos que llevan rato no compran raspados, y los casados, ni raspados, ni nada. Tal vez por eso mi hermana Ifigenia nunca se casó. Eso sí, tuvo muchos pretendientes. Algunas veces les

permitía que se propasaran con ella. Otras veces era ella la que se propasaba con ellos. Pienso que al final de cuentas la pobre lo pasaba bien; bueno, eso era lo que podía pensar yo cada vez que atravesaba el pasillo para darle las buenas noches a mamá y, por entre las rendijas de la puerta se escapaban las risas, los jadeos y los runruneos que en medio de sus combates bufaba mi hermanita Ifigenia. Pobrecita, de alguna manera se tenía que divertir después de pasarse todo el día, todos los días, lavando y fregando trapos y trastes, aguantándose las cantaletas de mamá; porque después de que papá murió, la vida para la vieja se volvió un infierno. Mucho daño le causaron aquellas mujeres que llegaron al velorio. Lloraron y dijeron que papá había sido la gran dicha para ellas. Yo siempre creí que papá nunca tuvo nada que ver con esas desvergonzadas. Ellas eran malas. Lo sé por la forma como vestían. Porque nunca me compraron flores y porque nunca nadie compró flores para ellas... Eran malas.

Llegaron al velorio por orden de Luciano. Él les pagó para que fueran. Quería burlarse de la viuda y especialmente de mi hermana, que en muchas ocasiones había rechazado sus propuestas. Ifigenia no era bella pero sabía seleccionar. Luciano quería humillar a mamá por ser ciega y porque, aun estando ciega, podía ver lo mal sujeto que se forraba en esa desagradable figura. Quién lo iba a imaginar, el mismo Luciano que cuando niños me había prometido que sería honesto y que jamás le causaría daño a nadie. Yo le creí y nunca le pedí que me devolviera las alpargatas. Después se volvió grande y se dañó. Nunca fue a comprarme flores, nunca tuvo a quien regalarle flores. Sólo fue aquella tarde que me dijo:

–¡Oye! ¿Sabes quién soy yo? Soy el alcalde, y quiero que levantes tus trastes y te largues de aquí. ¡Hoy mismo quiero que te vayas! Hay que defender el espacio público del pueblo. ¡¿Me oíste?!

Sentí que sus gritos me quemaban y alcanzó a untarme con el sudor

que le escurría. Quise decirle quién era yo, quise recordarle que yo era Israel y suplicarle que me dejara allí con mi venta de flores; al fin y al cabo, a nadie afectaba, a nadie había incomodado durante los últimos treinta años. Mi familia tenía esa venta allí desde que yo era niño, desde cuando mamá decidió ayudarle a papá con los gastos de la casa. Sabía que a nadie le estorbaba.

Se fue sin querer escucharme. Como queriéndome consolar, el último de los policías que lo acompañaban me dio, con la palma de su mano, un golpecito en el hombro. En ese momento me quedé pensando: "¿Y ahora a dónde irán a comprar las flores para adornar la sala, el comedor y el escritorio del señor alcalde?". ¡Carajo! El mismo alcalde me acababa de echar de allí y yo dizque teniéndole consideraciones.

¿Cuánto tiempo habrá pasado? Tal vez horas, no sé. Estoy cansado. Incómodo, impaciente. Tengo una extraña sensación. Tal vez sea sed o qué sé yo. Ella no llega...

Otra vez el sonido de esas olas y el murmullo de la gente me hacen recordar la máquina de raspados de Evaristo. A él sí lo dejaron seguir vendiendo y, para completar, en toda la esquina de la plaza.

Recuerdo el día que pude comprar el primer raspado para mí. Tenía once años y medio. Fue después de la misa, el día de mi primera comunión. También recuerdo la mañana en que fuimos a comer raspados con Adelina. Ella que nunca quiso ni hablar conmigo, es que era como tan alejada; ese día habló como si fuéramos amigos de toda la vida. Adelina siempre fue la mejor amiga de Sara. Hasta después, cuando se casó con Luciano, se la llevó para que le ayudara con las cosas de la casa. Me contó que Sara sufría en silencio, que desde el mismo día del matrimonio habían decidido que Luciano dormiría afuera, en la habitación que daba al patio, por donde entran los peones. Con razón la puerta grande, la verde, estaba siempre cerrada. Me

dijo que así como Luciano engañaba al pueblo, ella había aprendido a fingir y a engañar. Nunca tuvo valor para contarle a nadie que en ese hogar ella sólo era un objeto de lujo. Luciano la tenía no más para mostrarla y fanfarronearse; era la más bonita del pueblo y aunque nunca hubiera podido acercarse a ella, aunque nunca ella le hubiera permitido tocarla, la tenía bajo el mismo techo y eso ya era demasiado.

Le conté a Adelina lo que Sara había significado para mí durante toda la vida. Le mostré dónde había guardado su sonrisa de niña, desarrugué el papel en el que había estado rayando los días y las veces que le regalé una flor amarilla, así como los presos marcan los días de encierro. Le leí la mitad de los poemas que escribí para Sara.

Adelina me dijo que Sara había sido entregada a Luciano en pago por las deudas que sus papás tenían con don Guillermo, el más grande y poderoso prestamista de la región. Don Guillermo era también el papá de Luciano. Y que Luciano la había pedido por capricho y para siempre. Por eso el arreglo con el cura fue tan rápido. Y por eso la fiesta fue así como tan de un momento a otro.

Ese día fue la última vez que hablé con Evaristo, fue el último día que sentí el ruido de su máquina de raspar hielo. Ese día hasta las palomas de la plaza me cagaron en el hombro y me mancharon la camisa. Como si todavía no me hubiera pasado nada, esa tarde me cogieron para el Ejército. Al día siguiente me peluquearon y derecho para el batallón de La Popa.

Luciano era bueno cuando niño en la escuela, cuando por la calle de los herreros salíamos a jugar con carritos de palo, o haciendo bandas de guerra con las tapas de las ollas y cornetas con el cartón de las cajas de las camisas de don Guillermo. Yo había sido su mejor amigo. Lo había salvado de la muerte la vez que su pie izquierdo quedó atrapado entre los rieles de la carrilera. Por lo gordo que estaba nunca hubiera podido librarse solo. Si yo

no hubiera estado allí en ese momento, el tren de las cuatro lo habría dejado como quedó la hija de los Quintana cuando por descuido cayó al riel. Él perdió un zapato, pero le salvé la vida.

Mis alpargatas, recién estrenadas, le sirvieron para que después del susto pudiera regresar a su casa. Ese día me prometió que yo sería su mejor amigo y que iba a ser bueno y que jamás defraudaría ni humillaría a nadie como solía hacerlo su padre. Yo le creí y nunca le pedí que me devolviera las alpargatas. Me dijo que había sido un accidente la vez que apachurró la primera flor amarilla que yo quise regalarle a Sara, el segundo día de escuela, la segunda vez que la vi. Yo le creí y nunca le pedí que me devolviera las alpargatas.

Después del servicio militar, me dieron la libreta. Conseguí trabajo y me quedé aquí. La verdad es que en los pueblos de la costa, con tanto turista, uno siempre encuentra algo para ponerse a hacer. La pesca no era lo mejor. Me servía para alimentar la esperanza de regresar a la playa y de repente encontrarme con Sara. Quizás viniera en una de esas excursiones que organizan los ricos.

La que sí vino un día, hace poco, fue Adelina. Yo ya estaba con la gangrena bastante avanzada. Me contó que Sara enviudó más o menos un año después de que me fui para el Ejército. Me recordó el accidente de mi mamá. Yo le dije que no pude ir al entierro porque mi general Mayorga no estaba en la base y el teniente Agudelo no me creyó porque, según él, yo no tenía ni madre. Además como nadie fue a visitarme nunca al batallón... También me dijo que Ifigenia se había largado con Manuel, el hijo de doña Carmen, la del café San Juan. Ya sabía porque Ifigenia me había escrito la única carta que me llegó al batallón, lo que no me dijo en la carta era que el Manuel le robó a la mamá la plata que le dieron por el lote que tenía más arribita de la esquina de las ánimas y se largó con mi hermana. Yo siempre

pensé que se habían ido por las buenas y sin dejar de qué hablar.

Lo que no me dijo Adelina fue cómo murió Luciano. Debió ser una de esas sobrecargas de vanidad, prepotencia y soberbia con la que humillaba a la gente. No me contó cómo hizo para encontrarme aquí. Tampoco me dijo cómo estaba ella, mi Sara; la de la sonrisa de niña que aquí guardo, la de la otra mitad de poemas que nadie conoce, la que a estas alturas debe tener las manos, esas manos siempre tiernas, cubiertas por hermosas y bien marcadas arrugas, como las mías, pero chispeadas con bellísimas manchas de color café. Su pelo, su quizá escaso y cano pelo, ¿tendrá el mismo perfume?

¡Oh Dios!, creo que ya es la hora. Puedo escuchar sus pasos. ¡Sí! Es el perfume de su pelo. Puedo olerlo. ¡Santo cielo, cómo me veré! ¿Me habrá traído una flor amarilla? Ay, cómo me hubiera gustado poder verla... Cuánto hubiera deseado oír su voz... Habría dado hasta mi vida por estar vivo en este momento.

RESPIRO RETORNO

Ana Catalina Alvarado Agudelo

Renata Bucaramanga

No me gusta llegar tarde. Es común que se guarde con mayor firmeza el recuerdo del error. Lejos del error me mantengo cerca de mi trabajo; ésta es una teoría que compruebo cada mañana.

Los pies avanzan sin tregua, arrastran al cuerpo; los ojos no guían, alertan de imprevistos, nada más. *Coordinación*, así se llama esto.

Alerta de ojos: es Jimena, vieja conocida que prefiero no encontrarme.

–Voy tarde –le digo.

Jimena aplasta su entusiasmo, siempre exagerado, encoge un poco la cabeza y dice con un tono lastimero y una sonrisa que se asoma sin remedio tras ese rostro rígido:

–El flaco con el que andabas hace años apareció en el periódico... un tiro en la cabeza, quién sabe en qué andaba metido.

El flaco, no tengo idea quién es... *el flaco*.

–Es una lástima –respondo.

Para evadirla definitivamente le prometo llamarla a contarle en qué andaba metido el flaco si algún día lo averiguo, y casi sin su aprobación me despido y empiezo a caminar.

Veinte minutos más tarde me encuentro frente a la puerta de un gran

edificio que no me invita a seguir, un desconocido como esos muchos que se cruzan por la calle. Idiotizada, permanezco contemplándolo; sólo puedo dar cuenta de que la hora de llegada es incorrecta. Aparece una señora que me mira con mucha familiaridad, con esa cara de mamá que no se decide entre el reproche y la compasión, y me informa que me esperan en el auditorio. Es doña Marta. Estoy en mi trabajo, por supuesto, *estoy en mi trabajo*. Sacudo la cabeza intentando deshacerme de este aturdimiento que se empeña en dañarme el día.

Me acerco y descubro que algunos están en la puerta charlando y tomando café. "Qué curioso", pienso. "Ahora resulta que no pueden empezar sin mí, ¿será que soy indispensable?". Trato de iniciar una risa mental pero puede más el sentimiento de que ésa es una idea tan estúpida que ni para sarcasmo sirve.

Atravieso un camino que se ha vuelto pequeño porque nadie está solo: acoge a todo lo largo congregaciones en círculo que desbordan la posibilidad de conversación. Avanzo serpenteando y siento rabia con mis pies, quiero desmentirlos pero no puedo.

No veo la hora de que el día termine. Igual es una esperanza ridícula, mañana, a esta hora, volverá a repetirse y yo volveré a repetirme en este lugar. Cualquier otro día habría sido fácil pensar que una cadena bastante prolongada de llegadas puntuales borraría este sentimiento y entonces yo volvería a disfrutar de esa sensación de libertad que me embarga cuando, en la noche, me devoro en la memoria el día como una deliciosa torta hecha con sólo dos ingredientes: la certeza de que yo elegí estar acá y la satisfacción del trabajo bien hecho. Suficiente para arrancar al día siguiente con el corazón contento. Pero hoy no tengo hambre.

Lo único que puedo elegir es dónde sentarme. Me dirijo hacia la silla junto a la ventana cuando un tipo se adelanta y se sienta primero. ¡Es

horrible! Me hago en la primera que se me atraviesa y no encuentro descanso. El tipo sentado en *mi silla* me mira y me sonríe. No puedo corresponderle, por poco y lo odio.  Maldita Jimena si es la culpable de esta sensación!

Alguien llama mi atención, concentrada desde hace tiempo en idear nuevas maldiciones contra el ladrón. Es Juan, el agradable Juan; incluso hoy puedo interactuar con él. Lo miro y abro mucho los ojos. Entonces me hace llegar un papelito en el que est  escrito: "Deja las manos quietas, mujer".

Busco mis manos. Las encuentro y el recuerdo me golpea en bloque, no en esos retazos que pueden revivir las fotografías...

Un tiro en la cabeza...

El recuerdo es él. Somos los dos. Concentrada en mis manos me doy cuenta de que no son sólo mías, no cuando se mueven así.  se era un hábito que se activaba con su presencia. Poco a poco, el retorno de esta manía me devuelve aquella vieja sensación de pulmones llenos que me acompañaba cuando nos desped amos, pero me cuesta permanecer all ...

Un golpe en el hombro parece traerme de vuelta al auditorio, a este día. Otra vez Juan, me indica que la reunión se acabó.

Empiezo a caminar como autómata hacia mi escritorio pero no logro llegar, me pierdo en este lugar. Recorro los pasillos estrechos y me cae encima una imagen: soy un ratón de laboratorio en pleno laberinto; es una imagen fácil teniendo en cuenta estas paredes simuladas, las mismas que intentan crear la ilusión de que cada uno tiene su oficina. En un cruce fallido pasa por mi lado el tipo que me robó la silla, repite la sonrisa y esta vez se la devuelvo.

Avanzo hacia el único escritorio vacío y encuentro un memorando con

mi nombre –¡bien por ti, ratón!–, lo leo: amonestación por mi llegada tarde. Busco al jefe y le informo que según mis cuentas yo aún no debía estar aquí. Me despido con una sonrisa que no me cuesta ningún esfuerzo y le prometo que si algún día llega la hora, yo estaré aquí puntual. Me mira entre indignado y sorprendido, abre la boca pero no pronuncia ninguna palabra. Frunce el ceño y expira fuerte por la nariz mientras levanta el teléfono y se comunica con su secretaria. Aún más aliviada, permito que ella se ocupe de él. Doy la vuelta y avanzo.

Salgo a la calle y empiezo a caminar como siguiendo un viejo mapa. A punto de resolverse, reconozco un nudo en mi garganta.

Un tiro en la cabeza, ¿será cierto? No cabe duda de que puedo incluirme en la afirmación "todos sabemos cuál es el desenlace de ese acontecimiento", pero me cuesta concentrarme en ese resultado. El recuerdo es más que una película proyectándose atrás de los ojos, por eso no me causa ninguna nostalgia pensar que no vendrá una nueva escena. Recuerdan mis manos con este movimiento, recuerda mi cuerpo ahora mientras camina, recuerda mi mente sin necesidad de escenarios, recuerda un nombre y un rostro en una habitación vacía.

Cansada, me siento en un andén alto, uno de esos rincones de la calle que hacen que uno no extrañe la casa. Pasa por mi lado un señor vendiendo mango y yo respondo a mi estómago que gruñe fuerte para que lo escuche.

¿Acompañada por un muerto? El nudo aprieta y siento frío.

Empiezo a comer maquinalmente. Trato de recordar qué hacía ayer a esta hora. Acuden imágenes mediocres, como si se tratara de una película mal contada. Sobresale una de ellas, la más constante: un rostro como el mío teñido de un morado grisáceo, los labios secos y los ojos inútiles: renunciando a su tarea para que toda energía pueda dirigirse a la boca, a

ese esfuerzo desesperado por atrapar algo más que ese vacío indiferente a su hambre de aire.

Imagen lejana, ajena, la veo perderse poco a poco.

Pienso que el mango está perfecto y entonces todo lo que quiero está justo en este vaso que se va despidiendo lentamente de cada trozo de fruta. Respiro.

LOS ZAPATOS

Alejandro Rubio García

Renata Armenia

Me contaba mi madre una historia que jamás pudo olvidar. Un viejo hábito de mi abuela, un hábito que para ella no tenía otro sentido que el de hacerla levantar de su cama en medio del invierno en Cali, en los años setentas, años de su infancia, para salvar a mi abuela de un peligro imaginado.

Llovía, y llovía de forma bíblica. Pasaban las horas y las aguas no cesaban en su verticalidad. Por el contrario, a cada momento parecía que un pedazo de universo diferente se lanzaba sin piedad contra la ciudad, especialmente contra el proyecto de casa de mi madre. El techo, rara construcción de cartón, plástico y lámina. El piso de barro y las paredes, el resultado de una extraña mezcla de cartón, periódico con noticias desalentadoras, tablas y algunos alambres cruzados. Todo esto reforzado con un material llamado bahareque, fantástica combinación de indigenismo en la urbe deprimida.

Cali: la sucursal del cielo. Nubarrones para ella. Cielo opaco como sus primeros recuerdos, como sus historias infantiles cuando veía ahogarse sus muñecas sin pelo, sus muñecas incompletas como sus vajillas que flotaban entre el barro y se enredaban en sus ropas haciéndola feliz.

Mi abuela era una mujer trabajadora como las de antaño. Se levantaba en la madrugada para el tétrico desplazamiento desde el barrio San Luis en el nororiente de Cali hasta la parada de bus que realmente no

quedaba cerca. Y si el piso que tocaba todos los días en el cuarto era de barro, no difería de la vía que la llevaba hasta su primer destino. Día a día, mientras estuvieran en invierno, mi madre tenía que acompañar a mi abuela hasta el paradero para seguir un ritual sagrado: llevar consigo unos zapatos auxiliares. Mi abuela debía llegar limpia a su trabajo. El trayecto recorrido a diario alcanzaba las 25 cuadras y su pequeña hija, a sus ocho años, debía levantarse en la madrugada sintiendo el sabor frío del barro con la planta de sus pies, aquella mezcla de agua y tierra que la cubría hasta sus pantorrillas, acompañarla hasta el paradero y devolverse sola en la oscuridad de la madrugada sin sol, de la mañana que no terminaba de nacer.

Una madrugada repetida despierta con el agua en su pecho, con su colchón vencido y con el barro grueso queriendo robarse a sus hermanos y dañando todo lo existente, aunque existiera poco.

Debe limpiar todo como siempre, alistarse para el ritual y partir con mi abuela en medio de la tormenta. Con un amor que yo conozco, prepara los zapatos que reemplazan las viejas botas que usa mi abuela para llegar al paradero, alista su muñeca sin pelo y amarra bien su zapatillas blancas sucias, que son sus preferidas porque sólo tiene más zapatos en su mente. Sube su sudadera hasta las rodillas, no la quiere someter al rigor del barro; prefiere sacrificar sus pantorrillas que su telar de lujo porque le permite soñar que va a una escuela, imaginar un uniforme porque tiene una franja blanca en el borde y soñar; porque allí no se vive, sólo se sueña la vida.

Mi abuela, con una sonrisa amarga, humilde y verdadera, le indica a mi madre que inicie el recorrido. Los pies de ambas se hunden, se mojan. Mi abuela con las botas y mi madre con sus sueños caminan de la mano. Hablan de la vida, de lo que quiere ser mi madre cuando crezca, de los hijos que no quiere que caminen en el barro. Pregunta cosas que mi abuela no contesta, sólo se limita a mirar al frente, a no caer en el barro, a luchar contra

el tiempo y la economía para que la pequeña siga soñando que tendrá hijos que no se someterán al invierno, que dormirán en una cama caliente y que el agua nunca se los llevará, porque ella, como ya lo ha hecho con sus hermanos, no lo permitirá.

Llegan juntas al paradero, mi madre sonrío, es la madrugada pero la noche no desaparece y el ritual es místico. Mi abuela cambia sus botas por los zapatos protegidos del frío y la lluvia, del barro y de la vida. Los zapatos limpios son para mi madre símbolo de triunfo. Cada vez que mi abuela se cambia los zapatos en el paradero, mi madre piensa que la ha salvado de algo que no sabe qué es, pero que cree que es indispensable porque, si no, el ritual no existiría.

Mi madre está hecha de magia en ese momento, sus ojos brillan. El protocolo de ida termina con un beso en la frente y mi madre cree que pertenece a una logia. En su mente se recrea un mundo en donde los adultos son salvados por los niños que cuidan sus zapatos. Cómo no lo va a pensar si acaba de salvar a su madre, que se despide con la palma de su mano abierta y una señal de amor con los ojos; ella tampoco quiere que mi madre se moje, ella también soñó con hijos que no se sometían al invierno.

Inicia el ritual de vuelta. En la casa la esperan sus hermanitos jugando con barro: unos moldeando sueños, otros construyendo pesadillas.

Vuelve la lluvia y mi madre está lejos de casa. Los relámpagos la asustan. Lleva en sus manos dos botas lisas por el barro y una muñeca que la mira con media sonrisa y sin pelo, hunde su pie en el barro y camina con fuerza, pero esta vez todo es más espeso. Llueve más. La incertidumbre se posa en sus ojos, su pie se resbala, cae entre el barro, se hunden sus brazos y su rostro se empapa probando el extraño sabor del lodo. Se defiende del mundo con sus manitas y el agua la ahoga. La tierra le lastima los ojos. Logra voltear su cuerpo y ve caer la lluvia, ahora puede respirar. Se levanta

como puede, retoma el equilibrio y una lágrima baja por su cara limpiando su rostro, cayendo entre el lodo, confundiéndose con el mundo.

Con desenfreno busca su muñeca, no la encuentra. Inicia una exploración pero la lluvia es fuerte y no le permite ver bien. Ahora la lluvia y las lágrimas se fusionan en el suelo; si cayera de nuevo, el lodo sería salado. No encuentra su muñeca y se da cuenta de que ha perdido una zapatilla.

En medio de la lluvia grita desesperada el nombre de su muñeca. Grita, grita esperando que su muñeca acuda. Ahora sólo lleva dos botas y un dolor enorme en el alma, sigue su camino a casa llorando; sabe que deberá olvidar lo sucedido y evitar lastimar su pie desnudo. En una mano lleva las botas, en la otra las lágrimas. Debe seguir adelante, debe obedecer y debe esperar a mi abuela en la noche, en el mismo sitio, porque aunque ella ya no tenga zapatillas, el ritual jamás terminará y por primera vez piensa que en el futuro sus hijos deberán aprenderlo.

TRES APUNTES SOBRE EL OFICIO DE ESCRIBIR

Nahum Montt

Quisiera compartir tres aspectos básicos del oficio de escribir que me han servido de punto de partida en mi proceso creativo, principios que han sido formulados por autores de la talla de William Faulkner y Ernest Hemingway y que me han permitido asumir la literatura como una forma personal de interpretar la realidad que me ha tocado vivir.

1. El arte de observar o aprender a percibir el mundo desde el asombro

Observar va mucho más allá que ver. Vemos las apariencias cuando nos movemos en nuestras cotidianidades; observamos cuando captamos los gestos y voces que definen y dan sentido a nuestro contexto. Y de cierta forma, observar nos aproxima a otra habilidad comunicativa vital para un escritor: escuchar. Cuando oímos a los demás desciframos y entendemos sus mensajes; cuando los escuchamos, nos ponemos en el lugar de ellos y sentimos como propias sus inquietudes y visiones de mundo.

Observar desde el asombro nos lleva al universo de la infancia, a la fascinación y la aventura, al misterio y la imaginación de posibles historias detrás de una frase escuchada al azar. Hace poco, caminando por las calles del centro de Bogotá, escuché una frase caída al azar: "Y yo todo este tiempo esperando al muy imbécil". La frase la dijo una jovencita, muy bella, a otra chica de su edad con un tono más que vehemente que me causó escalofrío. Y cada vez que recuerdo esa escena, presiento que estoy ante el final de una historia de amor que merece escribirse.

No se trata de convertirse en un voyeurista que observa el mundo

desde la clandestinidad sin comprometerse emocionalmente con lo contemplado. Si alguna función social tiene el escritor es ver lo que otros no ven e intentar contarlo de la mejor manera posible.

Recientemente recibí una lección muy importante, me la enseñó Jorge Andrés Colmenares, joven antropólogo que quedó ciego a los dos años de edad y con quien trabajé en el proyecto "La ciudad jamás contada" de *El Tiempo*. Jorge Andrés me enseñó que cada día es distinto y lo comprueba con su bastón, cuando en la noche ha llovido, el tamaño de los charcos nunca es igual y siempre está alerta, pues las calles también cambian – estamos en Bogotá, por supuesto– y no se le hace raro que en la noche se hubieran robado una tapa de alcantarilla y lo que antes era un camino seguro ahora ya no lo es. La observación, me enseñó Jorge Andrés, se convierte en un valioso bastón para el oficio de escribir.

2. La imaginación entendida como una transformación poética de la realidad

Somos incapaces de imaginar algo que no hayamos vivido o visto. Alien, el monstruo más espantoso creado por Hollywood, nos puede ilustrar la afirmación anterior. Alien, el bicho extraterrestre, no es más que una colcha de retazos de una cantidad variada de animales de nuestra fauna: tiene varias hileras de dientes como el tiburón, la cabeza reluciente de un anciano depravado y los tentáculos de un pulpo hambriento, entre otras características que, sumadas entre sí, son capaces de construir el monstruo más temible: una verdadera suma de temores ancestrales en un solo ser.

De la misma forma se construyen los personajes de ficción: son una colcha de retazos de rasgos y gestos de personas conocidas que integrados gracias a la imaginación terminan por cobrar vida ante nuestros ojos. Lo mismo ocurre con las historias que narramos, partimos de imágenes, frases escuchadas al azar, chistes de coctel, situaciones dramáticas vividas, soñadas o contempladas.

Y en Colombia estas historias abundan. Basta con abrir el periódico en la sección judicial para encontrarse con relatos que contienen los elementos típicos de novelas negras o policíacas. En la sección de cultura se pueden encontrar ejemplos perfectos de juegos intertextuales y palimpsestos de los clásicos de la literatura universal. Y ni hablar de la sección de farándula que daría para sagas completas de historias de amor sacadas bajo la manga de Corín Tellado.

La imaginación es una forma particular, subjetiva de leer y reinterpretar nuestra realidad. Y a menudo, en nuestro país y aunque suene a clisé, la realidad parece superarla. Hace pocos años, en la costa caribe colombiana ocurrieron hechos que parecían sacados de una novela de Gabriel García Márquez. En un pescadero, que era tajado por una mujer en su puesto de venta, apareció un número de cuatro cifras; se corrió el rumor y una multitud le apostó todos sus ahorros. El número cayó y la casa de apuestas se vio en apuros para pagar a los ganadores. Una semana después fue asesinado un sindicalista en su carro, la gente apostó al número de la placa y de nuevo el número cayó. La casa de apuestas comenzó a hablar de fraude cuando pocos días después un número apareció en un buñuelo; sí, en un buñuelo, y volvió a dar el ganador a una multitud que veía en todo esto una señal divina para sacarlos de pobres. Los periodistas encontraron en estos hechos un excelente material para sus crónicas; escribieron sobre el realismo mágico, relacionaron a Colombia con Macondo y señalaron cómo la realidad era la que imitaba la ficción y no lo contrario.

Meses después, cuando la noticia ya había sido olvidada, la fiscalía que adelantaba las investigaciones del caso descubrió que otra casa de apuestas que competía y quería quedarse con ese territorio acudió al viejo truco de hacer trampa con las ruedas de la lotería. Lo novedoso consistió en que sus números arreglados nacían de los eventos más cotidianos: la superstición popular se encargó de lo demás.

3. La experiencia vital de la lectura

Experiencia de vida y de lector. Dos dimensiones complementarias. A menudo muchos jóvenes escriben como viejos y muchos viejos escriben como jóvenes. La principal fuente de inspiración de un escritor es su propia vida. Más allá de los estilos y los géneros será su experiencia vital la que termine condicionando los propios límites y alcances de su obra. Y en este contexto, la lectura –en su sentido más amplio de cooperación creativa–, cuando se convierte en experiencia vital, implica una profunda transformación en quien escribe, de continua incertidumbre e inestabilidad.

Se lee, más allá del placer o el deber, para comprender el mundo y en muchas ocasiones, confrontarse violentamente. Cuando apenas tenía veinte años, Kafka describió su experiencia como lector de una manera brutal:

Si el libro que leemos no nos despierta como un puño que nos golpeará en el cráneo, ¿para qué lo leemos?, ¿para que nos haga felices? Dios mío, también seríamos felices si no tuviéramos libros, y podríamos, si fuera necesario, escribir nosotros mismos los libros que nos hagan felices. Pero lo que debemos tener son esos libros que se precipitan sobre nosotros como la mala suerte y que nos perturban profundamente, como la muerte de alguien a quien amamos más que a nosotros mismos, como el suicidio. Un libro debe ser como un pico de hielo que rompa el mar congelado que tenemos dentro.

En cambio, todavía no logro sacudirme de mis lecturas de la infancia. Estudiaba en un seminario y antes de entrar a las clases de la tarde –esa otra ficción que era aquel colegio de doble jornada–, me sentaba en una caseta donde vendían raspados y alquilaban novelitas de vaqueros. Las novelas colgaban en tiras elásticas como si fuera ropa secándose al sol. Por unos cuantos centavos me sumergía con gran emoción en aquel mundo

legendario del viejo oeste. Mientras Barranca, mi pueblo, era el azote de pistoleros a sueldo, donde no había sheriff ni marshalls ni agentes justicieros que impidieran los crímenes nuestros de cada día.

LA BOTAS DE LUCHO

Blanca Ligia Suárez Ochoa

Renata San José del Guaviare

De nuevo estas botas estorbando, voy a botarlas para que dejen de torturarme. Me recuerdan a mi muchacho. Siempre le decía que no llegara tarde, que la noche es cómplice de los maleantes. Nunca me escuchó. Se arreglaba temprano y salía encogiéndose los hombros. "Oritica vuelvo". Oritica era la madrugada. Yo pasaba las noches en vela escuchando ladrar los perros y algunos disparos en el silencio de la noche.

Desde que era niño lo encomendé al Señor de los Milagros. Mientras fue a la escuela no hubo mucho problema. Siempre fue juicioso de chiquito. Pero cuando creció se volvió amiguero, mujeriego y tomatrigo.

Creo que quedan mejor en el patio, hasta se las puede llevar alguien que las necesite. Están buenas, con esas hebillas metálicas parecen militares. A mi hijo que no le gustaba que lo relacionaran con esa gente. Cuando terminó el bachillerato le dije que se fuera a prestar servicio y por ahí derecho hiciera la carrera. Casi me pega. "¿Quiere que me maten en el monte?". Hubiera sido mejor. Los cadáveres de los soldados se los entregan a sus madres y las acompañan a enterrarlos con honores.

No, aquí no, este lugar está muy sucio, lo único limpio son las botas de Lucho. El día que las encontré, las lavé y las puse como nuevas. Era lo único que podía hacer. Ahora no sirven para nada. Será mejor que alguien se las lleve.

LUSTRANDO LA MUERTE

Irma Pinzón Calderón

Renata San José del Guaviare

El sol del mediodía me obligó a entrar apresuradamente al restaurante. La ubicación en la barra permitía observar la actividad en el parque central.

Alcancé apenas a saborear la bebida fría cuando se escucharon dos disparos. La confusión y la curiosidad nos obligaron a salir en tropel. No era posible determinar la dirección de las detonaciones. En el parque, la gente se agolpaba y preguntaba a quién mataron. El silencio era la única respuesta. Algún transeúnte llamó a la Policía mientras en un recodo del lugar caía pesadamente el cuerpo de Maricita, la lustrabotas, dejando a medio terminar el servicio a uno de sus clientes.

Tarde llegaron las ayudas. Levantaron el cadáver. Los curiosos se fueron dispersando lentamente. Poco tiempo después el parque volvió a su trajín habitual. Impresionada, regresé al restaurante a terminar mi bebida. En la misma barra, un joven se acomoda y con gesto de satisfacción comienza a limpiar su revólver.

ESTAMOS MUERTOS

Antonio María Osorio Ramos

Renata Manizales

Sólo los muertos han visto el final de la guerra.

Platón

–Sandalio era mi muchacho. Cuando volví del monte, mucho tiempo después de calmarse la balacera, lo vi. Claro que ya no era el mismo, ¡pobre mi muchacho! Por más que lo llamé ya no me oía... ¡cómo podría! Sus sesos estaban regados por la calle pedregosa y la mitad de su cabeza había rodado hasta quedar frente a la tienda de mi compadre Julián, que también estaba ahí, muerto, tirado atrás del mostrador.

–¿Que cómo me salvé? Debió ser el instinto de conservación, porque cuando empezó la balacera yo cogí mi poncho y salí corriendo con dirección al río; cuando ya casi llegaba, miré hacia atrás y pude ver a mi mujer que venía con nuestra niña cargada y la desesperación colgada de su cara. Yo, en medio de la angustia y sin querer ofenderla le grité: "¡Tírate al piso, gran hijueputa!". Sé que no debí hacerlo pero era por nuestras vidas. Usted me entiende, a veces uno actúa así con los que ama. De todas maneras tuve que regresar por ella y luego nos fuimos arrastrando hasta llegar al río.

–¿Y que mi hijo qué? ¡Pues claro que mientras me arrastraba pensaba en él! Pero qué podía hacer. Sentíamos sobre nuestras cabezas las balas que pasaban silbando y nuestra niña aferrada a mi cuello, con sus ojos muy abiertos conociendo desde ahora el infierno; entonces lo que hice en ese

momento fue cerrar los míos y apretar con fuerza las mandíbulas para ver si nos hacíamos invisibles. Cuando nos escondimos entre los árboles mi mujer lloró, lloró tanto que puedo decir que lo hizo por los dos.

–¿Que qué estábamos haciendo antes de la balacera? Es que era Navidad y decidí reunirme con los vecinos para hacer una fritanga y tomarnos unas polas, porque plata no hay, pero me imagino que los pobres también tenemos derecho a reírnos un rato; pero vea, pues, nos fue como a perros en misa. La verdad es que en este país no somos dueños de nuestras vidas.

–¿Que me está viendo muy tranquilo? No crea eso, es que cuando estaba escondido escuchando los disparos me sentía tan impotente, y la imagen de mi muchacho siempre ahí como si me estuviera respirando en la espalda, entonces sentía entrar por mi pellejo todo ese plomo caliente que pasaba silbando. No le miento cuando le digo que el alma me quedó como un colador, y es que cuando volví a la carretera con mi mujer, que lloraba por los dos, ya no se escuchaba sino el rumor del río... Es que si hubiera estado con nosotros, pero ya sabe, los muchachos crecen y no vuelven a estar cerca de uno, por eso pasó lo que pasó. Es que si lo mira despacio, el que se quedó huérfano fui yo... Ahí puede ver, tuvimos que abandonar el caserío y nuestra parcela –respira profundo y continúa–. Y ahora cuando sepan que quedamos sanos nos buscarán, aunque yo creo que somos muertos y de porfiados queremos creer que seguimos vivos.

–¿Que no cree que esté muerto? ¡Pero sí lo estoy! Que el sudor de mis manos no lo haga creer otra cosa... Es que en estos días los que mueren por dentro pueden seguir caminando hasta que ellos, los que disparan a mansalva, quieran; ese es uno de los grandes milagros del mal.

Luego de un bostezo largo se levanta con dificultad del andén donde ha estado sentado, lo mismo hace su esposa cargando a su niña, y ambos

miran el sol esconderse atrás de las aristas de los edificios, dando paso a la noche de profusa luz amarillenta que traspasa sin dificultad la transparencia del tetero vacío. Entonces empiezan a caminar lentamente mientras el perro va tras ellos, el mismo que ha estado escuchando las respuestas que su amo da a sus propias preguntas.

EL DECESO

Edwin Tobón González

Renata San José del Guaviare

El día despertó de su letargo. Las ondas de las detonaciones se expandieron dentro de la catedral y el eco fragmentado formó una extraña sinfonía que poco a poco se desvaneció, dejando colgado un aire de incertidumbre.

Mi ubicación en el atrio y los escasos treinta metros que me separaban de la glorieta central me permitieron percatarme con relativa claridad de lo que allí acontecía. Un hilo púrpura se extendió sobre las deterioradas losas del piso formando un mapa de muerte.

En las ocho bocacalles distribuidas radialmente aparecieron algunos de los escasos transeúntes que a esa hora pasaban por el lugar. Las aves que anidan en el campanario revolotearon despistadas en círculos irregulares para volver a posarse con algarabía mañanera.

La ceiba centenaria donde convergen los caminos peatonales cubría como un paraguas gigantesco la escena, protegiéndola del sol canicular. Después del desconcierto inicial, los expendedores de conos, aguas teñidas y raspados se acercaron cautelosamente a verificar los resultados del atentado; los miembros de la fuerza pública se hicieron presentes cuando ya había transcurrido un tiempo prudencial y la verdad huía con aquellos que, habiendo presenciado el suceso, empezaron a retirarse. El manto de la impunidad se extendía lentamente.

Un cambio de clima, usual en esta época, varió las características del

ambiente y antes de que tuviéramos tiempo de guarecernos, sobrevino un fuerte chubasco sobre los pocos que allí permanecíamos, dejando caer gruesas gotas que, al impactar el viscoso sedimento, formaban un collage de flores sin pétalos, diluyéndose luego hasta las cunetas de la parte más baja, donde iniciarían un corto viaje hacia el río.

Amainado el mal tiempo llegaron, traídas por los investigadores, las conjeturas, las imprecisiones y las negadas versiones de los testigos; el temor al compromiso y la consuetudinaria ley del silencio pusieron el toque acostumbrado a lo acontecido. Las moscas también volvieron y el zumbido de sus alas acompañó el macabro ritual de la descomposición.

Al llegar la tarde, la noticia se había difundido muy poco, pues estos eventos aquí no son novedad, salvo que esté involucrado un personaje de mayor alcurnia como víctima o victimario. Mañana volverán los vendedores ambulantes con sus carritos variopintos lamentando tan sólo que se haya dañado la venta del día anterior y mostrando a sus ocasionales clientes una mancha pisoteada que pronto no será ni siquiera un recuerdo.

En este lugar, hechos como el narrado, suceden con más frecuencia de la que nunca quisiéramos.

LOS MIEDOS DE ROSA

Laura Merchán Sánchez

Renata Bogotá

Miedo se define como una “perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo real o imaginario”. Los miedos de Rosa son perturbaciones angustiosas por riesgos que alguna vez fueron reales. Sus temores son resucitados por algún ruido o imagen televisiva, o por un simple capricho de su mente. Esas sensaciones no desalojan su cabeza nunca y son reanimadas por el pavor que siembran los años, aferrándose en la garganta como un pedazo de carne que no quiere pasar o como una palabra que se quedó atascada en la punta de la lengua.

Los miedos de Rosa son ahora una serie de sueños y de paroxismos que cabalgan en el lomo de caballos apocalípticos. Sueña, cada vez con más frecuencia, cómo los jinetes, los cuatro, uno a uno, destrozan y trituran su pasado y sus ilusiones.

Rosa agacha la cabeza y de vez en cuando me mira por encima de las gafas mientras teje lentamente, entonces recuerdo las Moiras y cómo cruzan y cruzan vidas como hebras, en cambio Rosa sólo prevé la puntada y la forma de lo que sea que esté haciendo.

Mientras hace el punto-cadeneta-cruz, punto-cadeneta-cruz en un ritmo cadencioso, se decide a abrir la boca para decirme a qué le teme.

–Son puras bobadas mías.

–No importa –le digo

Rosa mira su tejido y se desvanece por las rendijas que quedan entre las puntadas, como si cada malla abriera una ventana al pasado para despertar un recuerdo.

Me cuenta que cuando era niña, en su pueblo, se vio varias veces atrapada en una lluvia de fuego que arrasaba con la mayoría de los jóvenes. Grupos guerrilleros y militares se enfrentaban casi a diario y ella se escondía entre los matorrales, como si formaran un escudo verde ante los pedazos de metal que arrojaban las armas.

Probablemente los enfrentamientos tenían lugar en la selva; sin embargo, sentía las balas rozar su hombro y el calor y el olor a pólvora que dejaban a su paso. Entonces, se acurrucaba abrazándose las piernas, volviendo a la forma más primitiva de sentirse segura. Así esperaba y esperaba. El tiempo se le hacía largo.

A lo mejor ningún enfrentamiento duró mucho, nunca pasó la noche afuera escuchando el ruido de las metralletas; pero estuvo tardes enteras entre las plantas, descalza y con la respiración suspendida, esperando a que cesara ese zumbido que le volcaba el corazón y las entrañas. Cuando sentía que todo había acabado, miraba en el cielo las nubes que habían dejado los disparos y salía corriendo a casa.

Al día siguiente, muy de mañana, con los pies más cansados que de costumbre y con dudas y sensaciones que aún no ha podido expresar, Rosa salía a la puerta para ver llegar los helicópteros. El Ejército iba a recoger muertos y heridos. Entonces, todos los campesinos se asomaban a la calle envueltos en un luto tropical; mientras el paso de las tropas levantaba polvareda, los niños se escondían detrás de sus madres mirando impávidos los cuerpos tiesos que se llevaban en las camillas viejas y amarillas. Era una ceremonia diaria que auguraba el éxodo de un pueblo que observaba en silencio una caravana de muertos pasar frente a sus casas.

–Gracias a Dios eso no sucedió –dice Rosa–, nunca ocurrió tal éxodo. Dios nos tenía en mente y ésta es la hora en que el pueblo aún existe.

Callamos. El sonido de las gotas que golpean la ventana y el aroma del tinto llenan el espacio. La humedad del día amortigua el paso del tiempo.

–Hubo un tiempo en que la lluvia no me dejaba dormir –dice–. Cuando era una muchacha, me gustaba dormir arrullada por la lluvia que caía en los tejados. Pero después de llegar a Bogotá y de vivir en una casa lote que pagaba a cuotas, el sonido del agua me da miedo –Rosa calla nuevamente, mira la ventana y da vida al pasado.

Recuerda que la soledad era inconmensurable. Estaba lejos de su familia, del campo y del clima cálido. Abandonada en una vivienda a medio construir, sentía sucumbir en un día gris que no paraba de repetirse.

La casa se sumergía en un silencio monstruoso hasta que las primeras gotas de la tarde se anunciaban. Tal vez era lo que Rosa estaba esperando, el momento en el que empezara a caer más y más agua por la claraboya sin tapa que tenía en la casa, hasta que se formara un charco que registraba cada esquina de su habitación.

Cuando el momento llegaba, se armaba con baldes y se arremangaba los pantalones hasta la rodilla; echaba el agua puerta afuera y, con el corazón en la boca, pensaba que al día siguiente la lluvia iba a ser peor. Entonces tampoco podría dormir, no dejaría sepultar por el agua ni su cama ni las pocas cosas que había logrado comprar, como ese radio, la única compañía que tenía.

Rosa formó una familia y suele estar acompañada, pero los recuerdos la asaltan cuando está sola. A veces, mientras teje, el agua la sorprende cuando empieza a surgir de ninguna parte haciendo flotar los muebles. Rosa

se apura y busca baldes. El nivel del agua nunca baja y ella sólo desiste cuando un sonido que crece, crece y crece, reencarna como una colmena de balas sobre su cabeza. Entonces corre entre el charquero para ver si se aleja del ruido; pero no, es imposible, las balas la persiguen. Están en su mente.

Da vueltas en el agua y llora como un niño viejo y lleno de pavor. El miedo le sube, se le encañona en la garganta y no lanza más que un grito que se ahoga cuando ve surgir los caballos de una neblina intangible. Ellos arrastran los cuerpos de sus hijas, pedazos de soldados y campesinos. Vienen aquí para romper y teñir de sangre el tejido que tanto le ha costado.

Entonces Rosa se acurruca y espera que los caballos la destrocen. Pero el agua se evapora y las balas se disuelven. Está sola, en medio de la sala, sin saber qué es real; el hilo se ha acabado y me dice que francamente no quiere volver a despertarse.

LA DECISIÓN CORRECTA

Jorge Omar Hurtado Ruiz

Renata Villavicencio

A mi hermano Jaime, que hoy cumpliría 58 años.

La mañana fresca, que no presagiaba nuevas lluvias, invitaba a aspirar el aroma del bosque de páramo que dejaban atrás en el rápido descenso. Una sonrisa apenas perceptible resaltaba la placidez de los rostros sin vestigios de afanes o frustraciones. Compartieron desde la niñez la educación completa y las holguras de su clase. La fatalidad de hijos únicos fue, quizás, el determinante para comenzar a considerarse como hermanos desde el jardín escolar.

Lo inesperado y la sorpresa van abrazados. En una vuelta del camino los viajeros fueron sorprendidos por un grupo armado que nunca se identificó. Diez fusiles apuntando eran razón suficiente para abandonar el vehículo y obedecer la orden de emprender la marcha por la cuesta. Jorge, desde el primer momento identificó al jefe con Bonestrucra, el personaje de Gordon, aunque no tenía su horrible joroba.

Seis horas después de una extenuante caminata, luego de ser despojados de sus pertenencias, fueron obligados a detenerse. El jefe del grupo, tal como habría hecho fray Lorenzo Bonestrucra, el inquisidor, escrutó el alma de cada uno de sus prisioneros, y con voz de hielo que no admitía

apelación alguna, sentenció: "Para que tres se salven, uno debe morir", concediéndoles la gracia de tomar la decisión por sí mismos.

El miedo que produjo la aprehensión, se transformó en terror. Sin control afloraron gritos, maldiciones y plegarias acompañados de lágrimas de un desconsuelo que partían el alma al más valiente. Un remolino incontrolable de pesares que parecía no acabar nunca cesó como empezó, súbitamente, hasta reducirse a un silencio sepulcral.

De lo más profundo de la garganta de Carlos se escuchó un susurro,- Yo no puedo morir, tengo hijos y mujer. Todos tenemos hijos y mujer, replicó quedo Alejandro, y los míos que son pequeños aún me necesitan. A mí, Dios me encomendó una misión que todavía no está... concluida, agregó Juan y las lágrimas le impidieron continuar.

Nuevamente reinó el desorden. Sin escucharse unos a otros, hicieron recíprocos reproches y reclamos; lamentaron su desgracia; invocaron a Dios, a la Virgen, al Divino Niño, a los santos de su devoción; recordaron sus hijos y mujeres; volvieron a acusarse y culparse por la iniciativa del viaje innecesario que labró su desgracia.

Conturbado, Jorge los observaba, escuchaba y comprendía la desesperación. Sin pronunciar palabra cerró los ojos, pensó en Marta y sintió cuanto la quería. Tenían cinco años de casados y sabían que no podían tener descendencia, lo cual afianzó más su amor y comprensión. Con satisfacción esculcó uno a uno los compartimentos de su vida, de principio a fin, sin encontrar remordimientos. Una vez más pensó en sus amigos y constató cuánto los quería.

Tranquilo, con el alma sosegada como nunca, tomó la decisión, que no dudó por un instante era la correcta. Se acercó a Bonestruca y mientras lo miraba a los ojos, con voz firme le dijo Me tienes a cambio de mis amigos. La

barahúnda terminó en seco.

Todos, secuestrados y secuestradores, lo observaron con una incredulidad tan manifiesta, que lo llevó a ratificar Soy el escogido. Nuevamente surgió el llanto, que esta vez no se sabía si era de alegría, agradecimiento, lástima o de pena por el amigo traicionado.

Ignorándolo, Bonestrucra le dijo Sígame, y a sus subalternos, Cuiden a éstos que ya vuelvo.

Los amigos, atónitos, vieron como se alejaban Jorge y Bonestrucra por un estrecho sendero desapareciendo bajo el follaje.

Después de veinte minutos de ascenso a trancos largos, Bonestrucra ordenó detenerse. Se acercó casi hasta tocarle las narices y en un segundo le leyó la vida con sus dulces ojos azules.

Intempestivamente, con un ademán brusco, retrocedió militarmente tres pasos, y con ira incontenible reflejada en el rostro descompuesto gritó, Me produce asco, ganas de vomitar, odio a los héroes de pacotilla como usted que sólo buscan admiración, como si estando muertos sirviera para algo.

Con desprecio sacó el arma de la funda, le quitó el seguro, la desmontó y apuntó directamente a la cabeza. Jorge vio un enorme cañón amenazante, un ojo cerrado y otro abierto entre la mira, sintió el latigazo de una arcada y la sensación de flotar entre un enorme tubo estrecho y oscuro. Su cuerpo ondeaba como una bandera envuelta en llamas que se caía a pedazos.

Un nuevo gritó lo rescató del marasmo, Lo detesto y no le voy a dar la oportunidad de morirse como héroe, tiene cinco segundos para desaparecer de mi vista.

Sin entender qué sucedía, con la cabeza dándole vueltas, huía loma arriba, esperando que un tiro le penetrara las espaldas.

Bonestrucra tendió el arma hacia el fugitivo, luego subió el brazo y disparó al espacio abierto. Jorge pensó que el tiro lo había alcanzado pero no sintió dolor y prosiguió la marcha. Un poco más abajo, los tres prisioneros oyeron la detonación y con sentimiento de culpa, en silencio, rogaron por su alma.

Bonestrucra enfundó el arma mientras comenzó el descenso. Cuando estuvo nuevamente con el grupo, se dirigió a sus subalternos, Muchachos, me parece que la decisión correcta es dar de baja a los cobardes.

A lo lejos Jorge escuchó los tres disparos, pensó que lo estaban siguiendo y continuó corriendo.

LA LIMOSNA

Milciades Rentería Palacios

Renata Quibdó

Era un domingo en la mañana. Yo, como de costumbre, salí al parque para aprovechar la frescura del día húmedo y un poco caluroso, cuando de repente algo me llamó la atención. Era una mujer que llevaba dos niños, uno tomado con su mano izquierda y el otro cargado en su brazo derecho recostado sobre su hombro, y un bolso terciado a su espalda como si acabara de llegar de un viaje muy largo. Observaba la forma como se acercaba a las personas con rostro entristecido y les susurraba con voz débil y temblorosa, luego extendía la mano implorando una moneda para darle de comer a sus hijos. Algunos le daban y se seguían, otros le daban y se detenían a charlar con ella. Me intrigaba no saber qué le decían porque después de la charla se tornaba iracunda y brotaban de su boca palabras soeces que al escucharlas los hombres, salían despavoridos a pasos agigantados. Después de un buen rato, al sentarse en un andén acosada por el llanto incontenible de su hijo de brazos, decidí acercármele. Dudé cuando ella sacó de su blusa un poco deteriorada el seno más lindo que mis ojos hubiesen visto hasta ese día, luego acomodó al niño en sus piernas y le introdujo el seno en la boca, mientras con la otra mano acariciaba al mayorcito. Eso me ablandó el corazón e hizo que mis intenciones con respecto a ella cambiaran. Había creído que a mí me iría mejor que a los demás, pues tenía otras tácticas para atrapar una mujer. Pero lo que vi me conmovió y pensé preguntarle por qué pedía limosna. En ese momento me acorde de una frase sabia de mi querida madre, "Prudencia no peca ni comete errores". Eso me hizo detenerme y esperar hasta que sacara el seno

de la boca del niño, mientras tanto la observaba detenida y lentamente. Pude descubrir que detrás de esa mirada huidiza y ese rostro triste se escondía una mujer muy bella. No sé en que momento el niño soltó el seno, pues la belleza de esa mujer me tenía soñando despierto. Su voz me sacó del trance.

–¿Señor, me regala una moneda para darle de comer a mis hijos?

Me quedé sin palabras, entonces ella prosiguió:

–Si no me va a dar, no me dé; pero tampoco me mire así como gallina mira maíz, ¡corrompido!

Dio la vuelta y yo reaccionando de mi trance. Le respondí:

–Mujer. ¡Espera! Disculpa, te aseguro que estaba pensando lejos. ¿Qué me dijiste?

–Señor, disculpe, ya no.

–Oye, ven, te invito a desayunar. Seguro que yo no soy como los demás.

Me miró y, como sorprendida, respondió:

–Seguro es para "pedírmelo", como todos los demás.

–No me compares con nadie –le respondí–. ¿Vamos, sí o no?

–Bueno, no tengo nada que perder. Vamos.

Estando en la cafetería y después de diez minutos, para romper el hielo, le pregunte:

–¿Por qué discutías con ese señor hace un rato?

–Porque todos me dicen que yo, en vez de andar pidiendo limosnas, no le doy oficio a mi cuerpo y lo pongo a producir. Esto me da mucha rabia, pues lo acepto, yo soy desplazada, pero no puta. Pido no porque me guste pedir, lo hago por necesidad. Nadie le da trabajo a una mujer que no sabe leer, ni escribir... y para completar con dos hijos. Pero usted me inspira confianza, no me siento como con otros hombres, por eso le voy a contar por qué estoy acá y por qué pido limosna.

"Vengo de un pueblo del bajo Atrato chocoano, donde vivía con mi marido. Teníamos una buena finca en la que no nos faltaba su comidita, él con su escopeta se iba a cazar y con la atarraya a pescar. En la finca, el plátano, la yuca y el ñame no nos faltaba y una siembra de arroz, para no contarle más. Y si la cosa se ponía muy dura, con primitivo y sardina uno ajustaba. Vivíamos tranquilos en el caserío y, si queríamos agua, íbamos al río. Una mañanita muy temprano llegó un hombre con la cara toda pintada, Llamó a mi marido y yo los vi que hablaban. En una de esas lo escuche decir que si él no vendía, seguro la viuda sí. Apenas el hombre se bajó de mi casa, le pregunté a mi marido qué pasaba. Él se quedó callado, cogió su machete y enseguida salió pal'monte.

"Pasaron tres días y de mi marido nada que sabía. Fui pal'monte a ver si lo topaba. Como no lo encontré, toda preocupada, me puse a gritar. Gritaba y lloraba. De pronto se me acercó un hombre y me dijo:

"–¡Oiga, mujer! No lo busque más, su marido está muerto, lo dejaron tirado en un cañaduzal. Cálmesese, no grite más, usted está preñada y se tiene que cuidar.

"Entonces salí corriendo en busca de su cuerpo y otro hombre me detuvo en seco. Me entregó una bolsa con unos billetes pa'que me fuera. Antes de que yo hablara me dijo que si no me iba, ellos me mataban. Me llené de rabia, lo encuelle y le dije de todo lo que por mi boca pudo salir,

hasta que me grito un vecino:

"-¡Vecina, vecina deje eso así!

"Ahí fue que me di cuenta de que estaba rodeada por todos esos hombres uniformados mirándome con ganas de comerme viva y con una armas grandotas... Ese mismo día salí del pueblo dejando mi rancho. Lo que más me duele es que no pude sacar nada, ni siquiera volver a mira mi pa'tras. Dejé mi tierrita sin más ni más. Estuve en varios pueblos que no quiero contar y después de un tiempo vine a dar acá.

Cuando termino de hablar empezó a llorar. Yo, todo confundido y sin saber qué hacer, saque unos billetes y se los entregue. Eran como cincuenta mil. Ni los conté.

Todos los domingos la salgo a buscar pero, como si fuera un espanto, no la he visto más.



EL GUIJARRO Y EL LAGO

Roberto Rubiano Vargas

La idea de que existe una literatura regional es un poco equívoca. Detrás de este concepto se oculta una visión condescendiente que propone que la literatura de los grandes centros culturales es la que trasciende y las expresiones de la periferia son más bien piadosas excepciones que los grandes gurús autorizan con un gesto de sus manos adornadas de anillos y reconocimientos. No existe una literatura que se produce en o para las regiones, solamente existe la literatura a secas, aquella que diversas personas escriben en Madrid, en Londres, en Nueva York, pero también en Valledupar, en Neiva o en Villavicencio. En el mundo existen toda clase de autores haciendo literatura; o han existido. Desde Homero, Ovidio, Hemingway, Vargas Llosa, García Márquez, hasta Ricardo Arias, el autor que por orden alfabético encabezaba el grupo de veinte que publicaron sus cuentos en *Antología de Renata 2006-2007*. Todos ellos tienen en común el deseo de comunicarse con sus semejantes por medio de la palabra, de poner en tela de juicio el orden del mundo que les tocó en suerte y de proponer una estética personal para su interpretación.

Pero si no existe una literatura regional, sí existe una manera regional de observar la vida. Es evidente que no hay una receta única para escribir narraciones literarias. Todas las historias están matizadas por los ingredientes que forman el rincón del mundo que se está narrando. Y todo rincón propone una visión nueva al enfrentar el hecho literario. El escritor de Vermont o el de Mompos tienen una visión particular de la realidad, matizada por sus experiencias individuales, por el clima que define el color de su cielo, o el sabor de sus frutas de estación; los dulces que saborearon en su

infancia o la música que resuena en la radio.

Los escritores de Renata guardan esa riqueza en su equipaje creativo. Comparten una experiencia literaria idéntica a la que puede tener un escritor de Nueva York –la diferencia principal es que quizá le toque asistir a menos cocteles– y, como aquel, tiene a su favor su saber y su sabor local. Esa mirada que le permite narrar su sociedad, su pueblo y su barrio. Llegar a ese primer círculo de impacto donde su audiencia, a través de lo que él escribe, hace contacto con la tradición literaria universal. Los escritores de Renata están dejando atrás ese concepto de lo regional que otrora servía para cimentar prestigios parroquiales, que a su vez sólo servían para acceder a beneficios locales o para encumbrar egos en lugar de crear obras. Los escritores de Renata están en sintonía con la tradición literaria. No se sorprenden de que el premio Pulitzer de Novela 2008 haya dictado un taller que de alguna manera los está beneficiando. Ellos están en contacto con la literatura contemporánea y tienen perfecto conocimiento acerca de las maneras más modernas de narrar un cuento, todo ello sin necesidad de prescindir de sus raíces y valores.

Atrás quedó aquella idea elitista de que la literatura es para pocos y que sólo en los grandes centros del mundo intelectual es posible desarrollar una obra literaria. Los escritores de las regiones colombianas ya no tienen que luchar más con el enano castigador que les dice que a nadie le interesa lo que ellos escriben sobre su pueblo, sobre su gente. Que no es digno escribir sobre aquellas personas, gustos, colores y climas que forman el universo cerrado de cada localidad del país.

Ésta es una sensación que dominaba la literatura colombiana de la primera mitad del siglo XX, cuando desde los sectores más sofisticados se creía que escribir sobre una ciudad como Bogotá no tenía sentido. Que no era digno de ser escrito. Hoy, cuando existe una literatura que día a día

construye el imaginario de Bogotá, sabemos cuán equivocados estaban aquellos comentaristas. Lo mismo puede decirse en la actualidad sobre la literatura que se escribe en las regiones. Allí existe una línea de trabajo abierta para que sus nuevos narradores encuentren todo lo que hay de digno en el escribir sobre su entorno. Todo tema es dignificado por el acto creador de la escritura; si no fuera así, Joyce jamás hubiera escrito sobre Dublín porque no era Londres, o Flaubert no hubiera escrito sobre la esposa de un médico de provincia porque madame Bovary no vivía en París. La visión de las regiones es un regalo sorpresa para el lector colombiano ansioso de que le expliquen cómo somos, cómo es este país en cada una de sus facetas.

Porque un autor de Renata es como un guijarro en el lago. Al caer en el agua crea una serie de ondas que terminan por deshacerse un poco después. En el primer círculo conmueve a sus amigos, a sus familias, a sus vecinos, a sus coterráneos; si su obra logra mayor trascendencia, estos círculos de influencia, como el guijarro en el lago, irán aumentando su alcance, hasta que sus ondas llegan a la orilla.

Con experiencias como la de Renata estamos a puertas de una posible transformación de la literatura en Colombia. Ya no resulta obligatorio que un escritor deba venir a abrirse camino en Bogotá o Medellín, o en la capital de su departamento –para comenzar–, sino que las sucesivas ondas expansivas de su guijarro literario lanzado al centro del lago puede alcanzar con facilidad la orilla de las publicaciones de alcance nacional, de las editoriales nacionales o de otros países.

Hay una transformación en marcha que los talleres de escritura creativa están propiciando. Probablemente no todos los escritores que participan en los talleres de Renata logren desarrollar una obra importante; pero lo que sí es seguro es que todos los escritores que habitan en las regiones colombianas que consoliden una obra profunda, en los próximos

años, habrán surgido de un taller de escritura creativa.

RELATIVIDAD

Juan Andrés Muñoz Gallego

Renata Villavicencio

Mientras los tipos de la máquina están estáticos, la realidad entreteje sus historias.

IMPRESIONES

Patricia Porras

Renata Armenia

Escoba en mano movía sillas y mesas; levantaba manteles y tendidos. Pensaba desocuparse temprano, bañarse, maquillar su rostro, decorar sus uñas e ir a la sala a recostarse en el sofá y esperar a que alguien llegase a tocar su puerta.

Entre suspiros y polvo se concentró en la escoba. Arrodillada junto al sillón, sacaba con energía toda la mugre que había a su paso. De repente se encontró frente a una masa inerte y, mirándola con detenimiento, llegó a la repugnante conclusión: era el cadáver de lo que antes fuera un roedor asqueroso y temible. Del animal quedaba la piel cubriendo sus entrañas que se removían ondulantes. Algunos gusanos salían por las cuencas de sus ojillos como quien se asoma a la ventana. Asqueada, recogió el cadáver, tomó la pala, cavó un hoyo en el patio de su casa y con cuidado depositó los restos diciéndose: "Me vestiré con el pantalón azul, la blusa roja y las sandalias altas. A lo mejor alguien llegue a mi puerta".

PASAPORTE A BOLAÑO

Silvia Andrea Valencia Vivas

Renata Cali

Estaba preocupada. Alguien me había dicho que en la frontera con Chile pedían una bolsa de viaje de 50 dólares diarios y me iba a quedar un mes. Tenía una bolsa de viaje, sí, pero era de esa cantidad para todo el mes. En la fila de migraciones, larga por cierto, había peruanos, chilenos y colombianos con cara de preocupados mirando el reloj. Mientras esperaba, escuchaba los diferentes acentos de cada país y reflexionaba sobre ellos. Llevaba varios días pensando en la costumbre chilena de terminar las palabras en "i". Mi conclusión no era descabellada, pensé que habían adoptado la conjugación de la segunda persona del plural, vosotros, y como hablaban tan rápido se comían las eses de las terminaciones "eis" y "ais".

Por fin llegó mi turno y el hombre de la ventanilla me pidió el pasaporte. En él siempre cargo mi carné de estudiante. El hombre me miró y me preguntó:

–¿Es usted estudiante?

Me pareció innecesaria la pregunta, acababa de ver el carné que lo certificaba; le contesté lo obvio, que sí. El hombre volvió a mirar el carné y me dijo:

–¿De qué?

Eran preguntas extrañas en una situación extraña con un completo extraño, eso hay que aceptarlo. Cuando me hizo la pregunta recordé la

facultad que había dejado a medias por meterme de cabeza en un viaje desesperado por conocer el continente. Tímidamente respondí la verdad.

–Soy una estudiante de literatura.

El hombre cerró con violencia el pasaporte y me miró asombrado; después de unos cinco segundos me preguntó:

–¿Ha leído usted el último libro de Gabriel García Márquez?

La pregunta, debo aceptarlo, me cayó como un balde de agua fría. ¿A qué persona en el mundo le preguntan en una oficina de migraciones si ha leído a Gabo? Al principio creí que me estaba coqueteando y lo único que se le ocurrió al ver mi nacionalidad colombiana fue preguntarme por García Márquez. Siempre pasa. Le contesté con insolencia que sí, pero que no me había gustado. Para mi sorpresa el tipo se acercó y dijo:

–¡Cierto, yo creo que después de *Cien años de soledad* el viejo ya no debió escribir más!

Ante tal expresión cultural, impregnada de una humanidad que no parece existir en los agentes de fronteras, retenes o peajes, me quedé de una pieza, no sabía que hacer; tenía una fila enorme y nerviosa detrás mío, pero en frente a un desubicado hombre de migraciones que decidía el futuro de mi viaje. Sin pensar más y dejándome de inhibiciones, le dije que no era para tanto, que debió parar después de *El Otoño del patriarca*. Él me respondió meneando la cabeza:

–De pronto, pero lo que a mi más me gusta de García Márquez, ahora que recuerdo, son los *Doce cuentos peregrinos*.

No quería ser grosera y seguí la conversación comentándole la denuncia que el taller literario mexicano dirigido por Gabo le hizo al escritor,

alegando que los textos del libro habían sido hechos por integrantes del taller. El hombre asombrado me dijo que eso no lo sabía y que iba a estudiar mejor cada obra y autor que leyera, que esas cosas no podían pasar en vano.

La situación no podía ser más insólita hasta que el hombre, después de una corta reflexión, empezó a hablarme de Gabriela Mistral, Neruda, Borges, Cortázar y James Joyce. Cuando llegó al *Ulises* se quedó pensando e interesado en mi respuesta, preguntó:

—¿Qué piensa usted del crítico Bloom?

Yo no sabía absolutamente nada del crítico Bloom, sólo que tenía el mismo apellido del personaje del *Ulises*. Le contesté que no pensaba nada porque no sabía nada. El hombre se disgustó y me exhortó a leerlo. Yo pensé en defenderme y decirle que la crítica no me interesaba y que prefería sacar mis propias conclusiones, y hasta pensé en citar a George Steiner, que aunque es crítico, tiene posiciones interesantes al respecto. No dije nada.

Cuando el hombre volvió a abrir el pasaporte, la gente empezó a desesperarse. Chiflaban y carraspeaban hasta que un arriesgado alzó la voz diciendo cosas que no puedo transcribir, y no porque sean indecorosas o de mal gusto, es que no entendí una sola palabra.

Sé que era español, pero no sé español chileno, sólo entendí que cada oración la terminaba en "po". Tampoco entendí nada de lo que le respondió el ilustrado hombre de migraciones, sólo que cada oración la terminaba con "¿cachai?". Bueno, no sé si ayudan a esclarecer en algo el enfrentamiento estas dos palabras, únicas sobrevivientes de un mar de insultos en un idioma romance, al parecer.

La gente de la fila había crecido notoriamente y el hombre no dejaba

de sorprenderme: después de verlo tan eufórico y mal humorado se me hizo increíble que se sentara con una tranquilidad casi beatífica y me mirara con cara de "sigamos en los que íbamos". Ya le iba a decir que tenía prisa y que la gente detrás también, pero como si le hubiera pasado por el cuerpo un corrientazo me preguntó:

–¿Ha leído a Roberto Bolaño?

Le respondí con vergüenza la verdad, pues hasta ahora íbamos 1-0 por lo de Bloom; le dije que no mientras pensaba en el escritor chileno y en su casi homónimo mexicano, el Chavo del Ocho.

El hombre, ahora más enérgico, levantó el sello que tatuaría en mi pasaporte y me reconocía como una extranjera legal en Chile y, en un desorden de hojas marcadas por diferentes países, lo plasmó. Me lo entregó diciéndome con una gran sonrisa:

–Buen viaje y que la traten muy bien en mi país.

Me fijé en el sello y vi que me había dado una permanencia inusualmente larga. Le dije al hombre que yo sólo necesitaba un mes; él, con otra sonrisa aún más grande, me dijo:

–Un mes es muy poco para leer a Bolaño, tómese su tiempo.

Le sonreí, di las gracias y me fui a conocer esa tierra de la que hablaban Víctor Jara, Violeta Parra y todos los trovadores, pensando que ése era el mejor trabajador que yo había visto.

Hoy, cuatro años después, he vuelto y en migraciones he preguntado por el hombre. Me han dicho que lo despidieron por hacer cada vez más lento su trabajo sin ninguna explicación. Me quedé helada y de las manos se me cayó *Los detectives salvajes* de Bolaño. Di media vuelta y vi en frente

hombres y mujeres con la mirada gacha y con un libro de Bolaño en las manos.

VERSIÓN LIBRE

Blanca Nubia Orozco Rueda

Renata Barrancabermeja

La campana del reloj anunció las seis de la tarde. Empecé a temblar como una hoja, la hora se acercaba. Tenía que sacar la escopeta y cargarla.

Decidida, me acerqué al viejo armario de la habitación. Sabía que ella estaba ahí, aguardándome para cumplir mi promesa. Empecé a llorar. Mi vida entera iniciaba una carrera loca hacia un abismo insondable sin detenerme. Ya no podía parar; no había retroceso.

Saqué la escopeta del armario y un cartucho de perdigones calibre 12. Me senté sobre la cama y tendí el arma sobre mis piernas amoratadas. Con un leve movimiento la abrí, tal y como él mismo me enseñó. Las manos me sudaban. A toda prisa introduje el cartucho en el vientre negro y frío de la escopeta. Luego la cerré. Traté de no pensar. No quería arrepentirme. No podía hacerlo.

Salí del cuarto. Sin darme tregua llegué hasta la sala. Me recosté en la pared del fondo, frente a la puerta que da a la calle. Apoyé sobre el piso la culata de la escopeta y la sostuve por el cañón con la mano izquierda. Aguardé.

Miré el reloj, eran las seis y diez. El tiempo transcurría eterno y la espera se hacía insostenible; mi vida cambiaría en cualquier momento. La ansiedad me embargaba. Mi cuerpo se convirtió en una masa de estertores, húmedos y calientes. Cerré los ojos.

Lo conocí hace un año en una fiesta de cumpleaños. Una amiga me invitó. Medía casi dos metros. Era corpulento y tenía unas manos enormes, envueltas en una piel de bebé de parvulario. Su rostro hermoso de mejillas sonrosadas se adornaba con un espeso bigote. Su cabello oscuro caía en rizos sobre su frente amplia. Cuando nos presentaron se quedó mirándome con unos ojos profundos. Empezó por escudriñar mi rostro y luego, casi con descaro, su mirada desnudó mi cuerpo. No sentí enojo; se encendía fuego sobre mi piel agitada. Fue amor y pasión a primera vista.

Seguimos viéndonos con frecuencia. Empezó a cortejarme. No tuvo que hacer mucho esfuerzo para conquistarme; me moría por él. Me imantaba su mezcla rara entre exótico, extravagante, vulgar y divino. Su halo me envolvió y ya no pude escapar; no deseaba hacerlo.

Dos meses después compartíamos casa y lecho. La vida me cambió. La noche del viernes de nuestra primera semana juntos lo esperé en vano. Vestida con la diminuta bata roja que me envolvía en ardientes sentimientos, me dormí en la madrugada con el corazón encogido y el rostro en lágrimas. Llegó después de las cinco. Se acercó a la cama, se quedó mirándome con ojos luciferinos y, sin mediar palabra, me descargó un golpe en pleno rostro. Sentí sobre mi boca una ráfaga incandescente. Subió por mi nariz y se estrelló en mi cerebro. Casi pierdo el conocimiento.

Me agarró por el cabello y me tiró al piso. Mis labios sangraban. Empecé a gritar. Todo en mí era terror e incertidumbre; jamás imaginé tan inesperado y brutal ataque. Como pude, logré esquivar un segundo golpe y salí despavorida del cuarto. Con movimientos torpes trató de alcanzarme mientras me insultaba con locura. Se detuvo. Como un autómata giró sobre sus pasos, se tendió sobre el lecho y se durmió. El ambiente se cargó de alcohol.

Rato después regresé a la habitación con sigilo. Temblando de pánico

y rabia saqué mi ropa del armario y la metí a empellones en una maleta. A toda prisa me quité la bata roja. Sin bañarme para no hacer ruido, me puse un jean y una camiseta blanca. Sólo pensaba en escapar de casa. De él. Me disponía a salir del cuarto, maleta en mano y en puntillas, cuando sentí sobre mi espalda el ardor de su mirada. Me di vuelta llena de terror.

Tenía cara de niño grande. Tambaleando se me acercó con lentitud, se arrodilló sin decir nada y me besó los pies. Sus ojos estaban tan llenos de lágrimas como los míos.

–Perdóname, no sabía lo que hacía, te imaginé con otro en mi cama – me dijo y señaló la bata roja en el piso–. No te alejes. No soy nada sin ti – agregó con su voz alquitranada.

Juré que no volvería a lastimarme. Yo le creí. Me levantó en sus brazos y me acomodó con suavidad sobre la cama. Su ropa y su piel eran una aturdidora mezcla de olores imprecisos. No me resistí. De un zarpazo se apoderó de mi voluntad, mi vida y mi cuerpo. Horas después sólo mi rostro frente al espejo clamaba por mi dignidad.

Pasaron los meses. Las escenas de celos se fueron haciendo frecuentes. Los golpes volvieron y se quedaron asentados en mi cuerpo y mi cerebro, y con ellos los arrepentimientos, los perdones y los retozos. Por los agujeros de mi alma se fue colando el rencor hasta anidarse junto a la desolación y el miedo. Dejé de amarlo, pero el infierno de la pasión enfermiza que lograba encender en mí resistía marcharse.

Lo abandoné un par de veces. Siempre me encontraba, o quizá yo dejaba una ventana abierta para que lo lograra. Llovían flores, finos regalos, serenatas, lágrimas y arrepentimientos. Me amaba con locura. Lo sé. Pero me destruía. Aún así, yo regresaba. La adicción a su fuego y su infierno fue consumiendo mi alma entre el odio y el miedo. Triunfó el odio.

En la mañana de ayer me golpeó. Decidí que al anochecer lo mataría. Lo juré hace una semana, después de una golpiza que me dejó casi muerta. Ese día no corrí. No grité. No sentí miedo. Una furia sorda se apoderó de todo mí ser. Me mantuve de pie hasta el final de su desenfreno.

–Si vuelves a pegarme, te juro que te mato –le dije con toda la carga de mi rencor acumulado.

Él estaba a punto de salir de la habitación y se devolvió para golpearme de nuevo. Una indescifrable sensación debió detener su mano. Dio media vuelta y se fue.

No le hablé durante los tres días siguientes de la agresión. Esquivé su presencia. La idea de matarlo revoloteó incesantemente en mi cerebro. No trató de doblegarme con las argucias de su pasión. Encontró en mi indiferencia un nuevo pretexto para arrinconarme con sus celos. Ayer sucumbió a su delirio y trazó nuestros destinos.

El reloj anunció las seis y treinta con una campanada larga y profunda. Abrí los ojos cuando escuché la llave a través de la puerta. Me estremecí. Levanté la escopeta, me recosté en la pared y afirmé la culata contra mi hombro derecho. Calculé la distancia hasta el umbral y la altura de su corazón. Abrí un poco las piernas para soportar el efecto del disparo y apunté.

La puerta se abrió y él entró silbando. Cuando me vio, hizo silencio. Su rostro se contrajo ante la amenazante revelación de mi promesa. Una sombra de temor asomó en sus ojos. Yo seguía temblando y él lo notó. Entonces pensó que jamás le dispararía. Siempre me había controlado. No imaginó razón para creer que no seguiría haciéndolo. Tampoco imaginó la firme determinación alojada en mí. Me envolvió con su mirada de niño grande. Pasó la lengua por sus pálidos labios en un gesto de provocación

sensual. Me sonrió con un mar de dulzura. Sentí desfallecer y, antes de caer en su trampa, apreté el gatillo.

El aire se detuvo. Sentí el golpe de la culata sobre mi hombro. El estampido del disparo laceró mis oídos mientras un fuerte olor a pólvora se apoderaba de la estancia. El impacto lo hizo retroceder. Abrió los brazos y gimió. A través del hilo de humo que salía del cañón, vi el dolor y la sorpresa dibujado en su lívido rostro. Borbotones carmesí florecieron en su pecho. Se desplomó sobre la baldosa fría. Las piernas me temblaban y una amarga desolación me invadió. Tiré la escopeta a un lado y me acerqué para mirar su rostro. Tenía los ojos abiertos, extraviados. Mi garganta era un nudo agrio y seco que amenazaba con estallar. Finos senderos de sangre manaron de su boca y se unieron al charco que empezaba a formarse en el suelo. Se había ido.

DESDE LAS SOMBRAS

Betsy Yaneth Barros Núñez

Renata Riohacha

Para vencer el miedo hay que regresar a la fuente que lo origina.

Janet Dailey

I

Las sombras asomaban por todas partes. Desde las ventanas hasta los postigos se escurrían y avanzaban. Nos encontrábamos frente a la casa resistiéndonos al ingreso como recluso inocente a la celda de castigo. Era hora de entrar. Mamá cruzó el umbral en silencio.

La habitación principal, una pequeña sala comedor y la escalera de madera que daba paso a la segunda planta: planicie coronada de azotea y palomar. En el pequeño patio, la cocina y un cuarto auxiliar. Más allá, el retrete en su modesto pedestal de cemento, que amparado con una puerta de zinc y madera constituía el baño. Nada sabía entonces y nada sé ahora.

II

La casa, iluminada entre mis sueños, se hacía oro cada noche y mis manos al despertar parecían retener su fulgor.

III

Otro día de escuela y las ansias del conquistado tesoro. Monedas de diez centavos para acercar la dicha del pirulito, dulce de lejano sabor a

menta y anís.

–¿De dónde sacas tantas monedas? –preguntó Emmanuel, el tendero.

Por respuesta, una rápida huída. La ruta era camino conocido: doblando a la izquierda, en la bocacalle, estaba la casa con su arquitectura desgastada y sórdida.

Ese día, Mitchel, mi hermano, hizo de las suyas. Yo corría despavorida mientras un estruendo de zapatos, rodando por la escalera, me seguía. Él, no contento con el pánico que me provocaba, con sus sonrientes ojos pardos y la melena alborotada, intentaba atraparme. Mamá pedaleaba su máquina Singer sin prestarnos atención. Cuando pude escapar, subí al palomar y desde la azotea vi la limpia calle y en el patio vecino, una monja que canturreaba una melodía popular sin advertir mi presencia. Paseé la mirada y las nubes detenidas me daban la sensación de encontrarme en un desierto. Tal vez por eso las palomas abandonaron la casa.

IV

Mamá se lamentaba de su artritis.

–He ido al patio –le dije– y encontré, como siempre, moneditas de diez centavos.

–Se les habrá caído a alguien –respondió y siguió preparando el café de la mañana, mientras rezaba en alta voz.

No perdí tiempo, corrí hacia la tienda.

–¿A dónde vas? –preguntó al verme salir.

–A la tienda de Emmanuel –grité.

Al regresar me sorprendió encontrar al padre Lucas esparciendo agua

bendita por todos los rincones. Pronto recordé que era día del Sagrado Corazón y cada año mamá le pedía bendecir la casa. El bonachón franciscano rezaba en baja voz, deteniéndose a ratos ante una imagen del Santísimo. Mi madre, tras él, en el vaivén de un incensario, se santiguaba constantemente. Mis hermanos, reverenciosos. Yo seguía con la mirada cada movimiento del viejo sacerdote, quien al despedirse puso en mi cuello un escapulario del Sagrado Corazón.

V

Hurgué en el cuarto auxiliar donde se guardaba la ropa sin planchar y las prendas en desuso. Mi mirada se perdió entre las imágenes de santos y vírgenes, el altar a José Gregorio Hernández y las destruidas fotografías de los abuelos. Tomé una camisa y un pantalón raído de mi padre. Me vestí con ellas y salí al encuentro de mamá. La observé larga y extrañamente con una mirada ajena. Ella me miró de soslayo, sonrió a medias y prosiguió en su cotidiano oficio de costurera.

VI

Oscurecía. El fluido eléctrico falló nuevamente. Impusieron su fiesta las velas. Rose contó historias de espanto y al dormir el terror me invadió. Otra vez el sueño. El mismo sueño. El oscuro rincón se iluminó como tantas veces y me envolvió en un profundo torbellino.

Por la mañana, la casa se llenó de voces. Todos al colegio, y el regaño de mamá se interrumpió ante la llegada del señor Juan, nuestro arrendador. Ella fue hasta su máquina Singer y extrajo de la gaveta unos billetes que entregó al visitante. Él extendió un recibo, diciendo como siempre: "Muy cumplida". En tropel, salimos sin cerrar la puerta. Se haría tarde para entrar a clases.

VII

–Es vieja la casa –me dije parada frente a ella.

Las sombras se la iban tragando y la hacían grande, espaciando sus rincones. Alguien parecía observar desde una de las ventanas de arriba. Al ingresar, la escalera crujió y se escucharon ruidos. El tecleo incesante de una máquina de escribir, también el rodar de norias, risas, llantos al unísono y algún leve susurrar. Mamá nada escuchó, atareada como estaba en sus costuras. Nadie más había en casa.

Un vértigo inundó mis ojos. Las paredes me hacían mofa y a punto estuve de caer. Recobré de manera rápida el sentido, cuando a la mente vinieron las palabras de mi madre: "Los soldados deben ser más grandes que los monstruos".

Esa noche, la electricidad volvió a fallar. Papá volvió, acudiendo al llamado de mi madre. Dormí entre el abrigo de papá y mamá, al abandono de mi propia cama. La casa se hacía pequeña, era un punto diminuto en un haz de luz y en caída constante... sin tocar fondo, sin asidero cierto. Era el sueño. El rincón iluminado y al despertar, en el puño, el extraño fulgor.

–¿Y dónde está la mesa? –pregunté a mamá.

Hablaba de aquella mesa trípode que encontramos en la casa, justo en el sitio que iluminaban mis sueños.

–Vinieron por ella, después de tanto tiempo –dijo, restándole importancia, mientras viajaban entre sus dedos las perlas del relicario con que se levantaba cada mañana.

VIII

Han pasado 30 años. Volví. La casa totalmente destruida. Nadie la

habita. La observé largamente. Me acerqué, pisé el porche y entre la maleza vi el recorte de una vieja fotografía. La misma casa gozando de un gran esplendor. Un anciano, de lejano parecido al señor Juan, con gesto adusto, aparecía junto a ella, y en la parte superior, entre las ventanas, un rótulo anunciaba: "Tipografía". Extraje de la cartera el viejo escapulario y lo lancé al aire. Me alejé con prisa. Alguien, me parecía, observaba desde una de las ventanas de arriba. Seguí alejándome con la fuerza de esa mirada pegada a mis espaldas. La casa se hacía un recuerdo.

IV

LEER Y JUGAR, COSER Y CANTAR

Apuntes de mi diario de campo en Renata

Yolanda Reyes

¿Qué se necesita para ser escritor? es la pregunta típica que me hacen los niños, cuando me invitan a esos típicos encuentros escolares con el autor. Suelo contestarles que se necesitan dos cosas: leer mucho –esa primera parte de la respuesta deja muy satisfechos a sus maestros–, pero a continuación, y para regocijo de los niños, agrego un segundo ingrediente indispensable: hay que "jugar mucho", cosa que por supuesto, todos los niños saben y que quizás han olvidado algunos profesores. Jugar a hacer de cuenta: decir "*digábamos* que tú eras el jinete y que este palo era el caballo y que nos íbamos de paseo y que aquí quedaba el río y al lado era el establo"... Les cuento a los niños que yo, como quizás ahora lo hacen ellos, me encerraba a jugar sola durante días interminables, pero que cuando empecé a crecer y ya no era bien visto jugar y hacer voces distintas, necesité escribir... para seguir hablando sola.

En ese *digábamos* se oculta una clave de la creación artística y, a riesgo de parecer muy infantil, lo que no es bien visto en los Talleres-Para-Adultos, intento crear con mis "alumnos grandes" de Renata una atmósfera propicia para que cada uno se conecte con su necesidad de conjugar el verbo irregular *digábamos*, en toda su disparatada incorrección. O dicho de otro modo, para que cada uno se permita cruzar esa frontera borrosa que separa el Mundo del Aquí, del Mundo Otro: ése que existe en el deseo o en la imaginación o en los abismos, o en donde quiera que cada quien lo intuya, y que ha de convertirse, por obra y gracia del trabajo de escritura, en un mundo consistente de lenguaje. Crear un mundo que sólo existe en el

lenguaje, pero que debe sostenerse como se sostiene el mundo real; construir un *como sí*, como quien construye un puente colgante entre dos orillas y tener esa mezcla de paciencia y de irresponsabilidad que tienen los niños cuando juegan, para localizarlo y poblarlo y habitarlo hasta las últimas consecuencias... ¿Cómo se puede "enseñar" eso, si nadie sabe cómo emerge, si nadie sabe si funciona, y si no existe una mediana garantía de que funcionará otra vez, suponiendo que uno sienta que alguna vez le funcionó en un libro pasado?

La única ruta que se me ha ocurrido en este trabajo intuitivo y sin brújula de acompañar a otros a escribir ha sido la de ayudarlos a sentirse cómodos con esa necesidad de tener otras vidas y ser otros y hablar con otras voces y contarse la historia –la propia historia– pero de otra manera, (de miles de maneras). Si, en el fondo, nosotros mismos constituimos la materia básica de nuestra narración, empiezo por darle a cada uno la posibilidad de descubrir su *propia posibilidad*: no la que a mí me gustaría, sino ésa que ellos mismos guardan a veces sin creer, a veces sin saber, a veces sin querer. En esa historia, tan singular como la huella digital, en ese tono de voz que nadie más tiene y que casi nunca nos es permitido oír en medio del bullicio y de las voces impostadas, se oculta el punto de partida de la propia creación. Tal vez porque dudo que eso pueda enseñarse, prefiero des-enseñar en los talleres: quitarnos máscaras y estereotipos, salir de las temáticas o de los estilos que consagraron a nuestros ídolos de moda, a los escritores de culto o a nuestras figuras tutelares; romper, al menos al comienzo, con todos los maestros. Pero matizo la expresión: romper en la escritura para buscar la propia voz, no significa olvidar lo que llevamos puesto. (Nadie nos quita lo leído y, en esa gran urdimbre de los textos que nos preceden, de los textos que heredamos, nos ubicamos a la hora de escribir).

Aunque el itinerario conjuga, por supuesto, la lectura y la escritura

durante todos los momentos del taller, al comienzo me gusta comenzar por la lectura de ese libro interior o de esa "plasta amorfa", como me gusta llamarla, para tranquilizar a mis alumnos y animarlos a explorar sus intuiciones, aunque todavía no estén nombradas con palabras claras. Sin embargo una vez que surge, el siguiente desafío es convertir la "plasta amorfa" en algo inteligible, no sólo para nosotros, sino para los otros. Entonces, después de fomentar la irresponsabilidad total, me cambio de cara y me convierto en otro personaje y los abrumo con preguntas: ¿historia o poema; cuento, novela, ensayo, crónica...? En dónde y qué sucede –si en esa plasta amorfa del comienzo caben los dóndees o hay cosas que suceden–. Y quiénes y cuándo y cómo se llamaban y cómo contarlos (o expresarlos o insinuarlos o lo que sea), y con qué voces y en qué tono... En ese punto del *digábamós* necesitamos comenzar a precisar las coordenadas: que aquí era el campo y aquí quedaba la casa y aquí vivían tal y cual... Y hay que ponerles nombres y apellidos y edad y señas particulares. Y los personajes van creciendo y van hablando y hay que marcar los límites también. El resto es coser y cantar: el resto –dificilísimo, por cierto– es el oficio arduo de escribir, de tachar, de leer, de releer y reescribir, hasta que esa intuición oscura resulte *comprensible* para cualquier lector ajeno. No sé si "comprensible" sea la palabra y por eso la matizo: se trata de una comprensión que rebasa la lógica convencional y que tiene que ver también con implicar, en el sentido emocional y visceral, a ese lector desconocido que deberá situarse en esas coordenadas del autor... ¡y creérselas!

Entonces aprieto más las tuercas y aumento la exigencia. Y como ya conozco a mis alumnos en ese proceso de "leer-los" y ganarme su confianza, me puedo dar el lujo de ser un poco "bruja" para recordarles que no estarán ahí cuando suelten sus textos y que tampoco podrán recordarle a sus lectores que aquí *era* la casa o que tengan cuidado porque están caminando por el techo y no por esa alfombra que tejieron: así que lo escrito, escrito

está... y lo que no está claro hay que aclararlo para que ese juego de habitar el Mundo-Otro escrito en cifra, logre sostenerse sin ellos, los autores. Esa es la diferencia con el juego de los niños: que la escritura no puede dejarse en la mitad y no depende tampoco del azar, sino de una construcción paciente y rigurosa. Tal vez sea ése el otro desafío de los talleres: uno por ciento de inspiración (la plasta amorfa, sin la que es imposible la escritura), pero noventa y nueve por ciento de transpiración, como dice alguno de los escritores en alguna de las memorias que he leído y que olvidé.

Sin embargo, hay otro cabo que no se puede dejar suelto: el oficio de escribir, no para nosotros mismos, a la manera de "querido diario", sino para ser leídos por otros que no nos conocen, requiere de una nutrición que yo llamo "literaria"; de una nutrición que se incorpora paulatinamente a nuestra sensibilidad y a nuestras estructuras mentales y que se va sedimentando sin que nos demos cuenta. Aquí cobra importancia la parte de la respuesta que tanto regocija a los maestros, cuando sus niños me preguntan qué se necesita para escribir y yo les recomiendo leer mucho. Esas lecturas que nos forman –y no sólo las lecturas del taller, sino las que traemos puestas desde los tiempos lejanos de la infancia– nutren la mente y la imaginación y la ayudan a moverse con cierta familiaridad por esos Mundos-Otros de ficción. Las mayores dificultades a las que solemos enfrentarnos los alumnos y los maestros, no sólo de Renata, sino de todos los talleres de escritura, tienen que ver con la carencia de ese "entrenamiento" que proporciona familiaridad con la lengua y con sus posibilidades y matices; que se alimenta desde la experiencia literaria y que se incorpora al pensamiento y a la sensibilidad, no como un listado de reglas sintácticas, semánticas y convenciones ortográficas, sino como un equipaje básico, intuitivo e invisible, a la manera de segunda piel. Esas estructuras, que son indispensables para el oficio y que se adquieren durante un tiempo largo de formación, desde la niñez hasta la juventud, resultan difíciles de "enseñar" o de suplir en los talleres

esporádicos de adultos y nuestra escuela, más orientada a la "redacción" –y ni eso siquiera– que a la escritura, tiene una enorme responsabilidad en el asunto. Si leer es insertarnos en ese texto escrito a tantas voces, en ese legado cultural que alimenta la cadena y que nos permite agregar, si acaso, un renglón al trabajo colectivo, tenemos que reclamarle a la escuela y me gusta poder decirlo desde este lugar de la escritura creativa, todo lo que le ha negado a tantos escritores durante tantas generaciones de analfabetismo funcional. Si esa herramienta que es la lengua y si esa "educación sentimental" que se nutre de la herencia literaria –de la herencia simbólica de nuestra especie humana– se fomentara en nuestras escuelas desde la más temprana infancia, estoy segura de que tendríamos más posibilidades para explorar la *propia posibilidad* en los talleres de Renata.

Saber leer/saber jugar, las dos asignaturas básicas del escritor, requieren una educación que todavía no se ha ensayado en nuestro currículo académico, desde la infancia hasta la vida adulta. (Qué poco se sigue jugando en las escuelas, me apropio de la queja de Gianni Rodari, qué falta de gracia en la enseñanza escolar y, sobre todo, en la "enseñanza" del placer que es inherente a la experiencia literaria). Sin el deseo de jugar, de armar un mundo y habitarlo, pero también sin las habilidades para ponerlo a prueba a punta de palabras, de tachaduras, de matices, de convenciones y de enmiendas, resulta difícil arriesgarse a explorar la propia voz. Quizás esas carencias contribuyan a explicar el abismo entre las historias de vida que cuenta la gente a la hora del descanso y las que luego "redacta" en las horas de clase. Quizás el desafío de acompañar a otros a escribir es devolverles, en primera instancia, el deseo de jugar y de rescatar las conexiones del lenguaje con la vida. Pero, en segunda instancia, también hay que asumir el desafío de coser, puntada por puntada... Y para eso ayuda mucho tener las manos entrenadas.

Si algo permite el ejercicio de leer y de escribir al lado de la gente, es

el de aproximarse a las formas de pensar y de sentir; el de escudriñar los modos de expresarse, de narrar-se y de construir la historia personal y colectiva, que, viéndolo bien, está íntimamente relacionada con el lenguaje. En este sentido, me parece que Renata sigue estando un poco sola en la tarea de la escritura y que no podemos pedirle milagros, aunque milagros haga –y de eso dan fe tantos textos, tantos escritores que se van formando y que se han ido convirtiendo también en los nuevos maestros de los nuevos talleres que se abren–. Sin ese capital simbólico y esa alfabetización emocional y creativa que constituyen el equipaje imprescindible de un escritor, como lo son para el pianista el entrenamiento de las manos o, para la bailarina de ballet, el manejo de las posturas, Renata será apenas un comienzo. (Y mucho me temo que un comienzo tardío). Desde el valioso aprendizaje que he tenido la oportunidad de construir y compartir durante estos años de trabajo junto a tantos colegas, lectores y escritores, desde este taller de país que nos muestra las oportunidades que ofrece la escritura creativa, pero también sus debilidades, propongo que comencemos a asumir una postura crítica frente a la forma como seguimos enseñando a leer y a escribir en Colombia; es decir, frente a la forma como entregamos el lenguaje, que es el pilar, no sólo de la escritura, sino de la invención de cada ser humano, desde el comienzo de su vida. Además de los talleres de Renata, necesitamos emprender un trabajo de equipo a largo plazo y establecer un diálogo permanente entre la enseñanza escolar y la escritura creativa, para ofrecer mayores posibilidades de explorar, a todos y con todas las herramientas posibles, sus propios reinos del *Digábamos*.

EL TROMPO DE SAN ALIPIO

Jesús Calvete Calvete

Renata Bucaramanga

Era tradición en el pueblo de La Floresta llevar de casa en casa el retablo de san Alipio de los Pobres, patrón del pueblo. Aquel año coincidió con la temporada de los trompos. En nuestra infancia no mediamos el tiempo por días, semanas, meses o años. Teníamos tiempos de las turras, las pañoletas, las bolas y las cometas, y el de tristeza cuando llegaba la Navidad y nadie nos regalaba nada; después venía el nuevo año, cargado de esperanza, cuando llegaban las carretas pregonando novedades y los payasos invitaban al circo o a la feria.

La imagen del santo permanecía un día en cada casa. Se recibía en la mañana y al día siguiente se entregaba a otra familia. Así recorría todo el pueblo. En cada hogar le ponían flores frescas, rezaban el santo rosario y le daban limosna. Un día le correspondió la visita del santo a doña Rosa, la mamá de Tunevare, un niño inquieto y vivaracho. Reposaba en una caja de madera que en la parte superior tenía una ranura que le servía como base y alcancía. Los devotos depositaban monedas de cinco y diez centavos, y otros billetes por haber recibido algún favor. Los fondos que se recogían eran para celebrarle la fiesta al santo.

La alcancía llegaba a llenarse hasta el borde y en más de una ocasión tocaba con una navaja empujar los billetes para poder echar más monedas. Tunevare sentía una permanente tentación, reprimida por su madre que decía que quien sustrajera una moneda cometía un sacrilegio y como castigo iría a chamuscarse de por vida a los profundos infiernos. Tunevare ni miraba

la alcancía de sólo pensar que era pecado mortal.

La devoción de doña Rosa por el santo siempre me intrigó. Me parecía un misterio, pues ella no era una mujer que practicara los ritos de la Santa Madre Iglesia. No asistía a misa. Menos confesarse o recibir la comunión. Creo que si lo hiciera no alcanzaría a confesar más de un pecado. El pecado de ser pobre. Tal vez ni creía en los santos y desconfiaba de los curas. Recibía la visita del santo por el qué dirán de la gente. Creía en Dios a su manera.

Los habitantes del pueblo estaban convencidos de que cada uno tenía una acción o derecho sobre el santo. Nadie era su dueño. Terminada la fiesta, el santo quedaba en la iglesia guardado hasta el otro año que volvía a hacer el mismo recorrido.

Tunevare, el niño travieso, en medio de su inocencia quería llegar a ser santo para tener una alcancía llena de monedas y billetes, y poder comprar todo lo que deseaba. Así se lo dijo a su progenitora. De nada le valió ser el más consentido. La respuesta de doña Rosa fueron dos correazos en la cola por compararse con el santo y ser ambicioso.

El niño era el menor de los cinco hijos de doña Rosa, mujer abandonada a la suerte por su marido. Habitaba con toda su prole en un rancho que tenía en arriendo al lado de nuestra casa. Sobrevivía lavando ropa en casas de familia. Tunevare, de vez en cuando, ayudaba con los gastos de la casa improvisando funciones de circo en el patio que le prestaba don Bonifacio, hombre generoso que siempre le colaboraba. El muchacho presentaba los números de prestidigitador, traga fuegos, payaso y hasta hacía el papel de su propio presentador. Cuando le tocaba hacer un número que requería de otra persona, recurría a nosotros. Era un orgullo trabajar como artista circense.

Había llegado el tiempo de los trompos. La ilusión de los niños era tener uno. De igual manera era la única época en que el maestro Andelfo nos permitía entrar a su taller de carpintería para admirar ese maravilloso acto de magia en el que transformaba un tosco pedazo de madera en un hermoso trompo. Únicamente su relación casi humana entre el maestro y su torno posibilitaba ir dando forma a este sueño que nos dejaba anonadados; la caricia de la cuchilla abría el surco perfecto que permitía convertir la ilusión en el juguete tan anhelado.

A pesar del tiempo transcurrido, recuerdo con toda claridad el día que con Cirilo y Tunevare decidimos visitar al maestro artesano. Lo encontramos torneando un bello ejemplar, justo de la forma, tamaño y peso, que permitiría a los muchachos hacer las arriadas.

El futuro dueño era un muchacho de otro pueblo, quien miraba embelesado el proceso. Llegado el momento de ponerle el toque final que era la pintura, el maestro le consultó sobre los colores. Con los pinceles iba aplicando franjas de diferente ancho y color complaciendo los gustos del afortunado niño. Al terminar, teníamos al frente de nosotros una obra de arte que el muchacho recibió con un brillo en los ojos y tal gesto de orgullo, que generó nuestra inevitable envidia y por supuesto nuestro infinito resentimiento con quien había tenido la fabulosa suma de un billete. Era el valor pagado por aquella perfecta obra.

De ninguna manera podríamos juntar el precio del trompo. Cabizbajos y desalentados, sin decir palabra, regresamos a nuestras casas obsesionados con la idea de reunir el dinero. Calculábamos el tiempo que tomaría reunirlo. Ni guardando los cinco centavos diarios que nos daban nuestras madres para el fiambre de la escuela lo lograríamos. Ese cálculo nos desalentaba aún más. En el hipotético caso de que pudiéramos reunir el dinero, el tiempo de los trompos habría pasado y el dinero ya no tendría

ningún valor.

Tunevare, apesadumbrado, con la mirada nublada y al borde de las lágrimas, entró al rancho y fue directamente al dormitorio de su madre. Encima de un cajón de madera, que hacía las veces de cómoda, estaba la imagen de san Alipio, con flores frescas y la alcancía llena de monedas y billetes. Mi amigo se quedó mirando a san Alipio y pensó que le podría hacer un préstamo para que el maestro Alfredo le tallara un trompo. Sin pensarlo dos veces, con un alambre extrajo de la alcancía un billete. Al salir de la pieza le dijo al santo:

–Gracias. Muchas gracias, san Alipio, por el préstamo que con tan buena voluntad me hizo.

Sin pérdida de tiempo salió para el taller del maestro Andelfo. Dos horas después tenía en sus manos un hermoso trompo con el color del arco iris. Esa noche lo guardó en un trapo blanco donde su madre no lo encontrara. Muy de mañana la imagen de san Alipio pasaría a la casa vecina. Tunevare estaría más tranquilo. Ya no tendría que verle la cara al santo al cual le debía un billete.

Al día siguiente se levantó más temprano y más contento que nunca. Sacó el trompo sin que su madre se diera cuenta. Temía que le preguntara de dónde había sacado el dinero para comprarlo. En ese momento se quedó pensativo. ¿Cómo haría para pagarle a san Alipio? Sentía miedo que por esa deuda fuera a parar a los profundos infiernos y se chamuscara por el resto de su vida. Se dirigió a la casa vecina donde estaba el santo de visita y en un momento se quedó solo.

–San Alipecito, le propongo un trato. Usted es buena persona y me prestó con buena voluntad para comprar el trompo. Lo nombro socio. Eso no lo he hecho con nadie. Por tratarse de usted, vamos a jugar en compañía.

Voy a apostar de a centavo y lo que ganemos lo partimos.

Tunevare tuvo suerte. Todos días ganaba centavos logrando reunir muchas monedas. El trompo todavía estaba en buen estado. Para esos días, san Alipio había terminado de recorrer el pueblo y había regresado a la iglesia que llevaba su nombre, estaba en el altar mayor. En su alcancía no había ni una sola moneda. El padre Damián había retirado todo el dinero para celebrarle la fiesta. Con lo único que contaba san Alipio era con el billete que le debía Tunevare.

Como ya terminaba el tiempo de los trompos, venía el tiempo de las cometas. Eran los primeros días de agosto. El muchacho lavó bien el trompo como también las monedas que se había ganado en el juego. Ese mismo día fue a la iglesia a las doce del día con la seguridad de que a esa hora no habría gente y podría arreglar cuentas con san Alipio. Llevó el trompo, los centavos y un frasco con un pegamento fuerte en una funda de papel. Cuando estuvo frente al santo le habló mientras le aplicaba pegamento al trompo y lo pegaba encima de la alcancía procurando no tapan la ranura por donde echaban las limosnas.

–San Alipecito, vengo a arreglar cuentas. En mi bolsillo hay muchas monedas y el trompo todavía está en buen estado. Quiero ser honesto con su persona. Le dejo el trompo y me quedo con los centavos. Disculpe que me retire tan rápido, estoy de afán, llegó el tiempo de las cometas.

Diciendo esto salió corriendo de la iglesia.

Pasados los meses del tiempo de las cometas, doña Rosa se fue con su prole a un pueblo muy lejano en busca de mejor suerte. Al año siguiente, el santo volvió a recorrer el pueblo de La Floresta con una novedad para sus fieles. Encima de la alcancía, bien pegado, había un trompo con los colores del arco iris. Nadie sabía como había llegado allí. Los chismosos del pueblo

tenían diferentes comentarios sobre la misteriosa aparición. Para aquellos tiempos había fallecido el maestro Andelfo, el único carpintero que tallaba trompos en el pueblo. Llegaron a comentar que era el alma del artesano que lo había llevado como agradecimiento a san Alipio. Otros decían que era un milagro. Comentarios iban y venían. Ese trompo dio mucho que hablar. Fuera como fuera, verdad o mentira, la gente se acostumbró a admirar el trompo. Fue tanto el fanatismo que le tenían, que los habitantes le cambiaron el nombre al pueblo y desde aquel tiempo es conocido como San Alipio del Trompo, donde todos los años acuden cientos de personas a cumplir sus promesas al patrono del pueblo.

Nunca volví a saber nada de Tunevare. Tal vez tampoco llegó a saber que por una travesura de su infancia había hecho famoso a su pueblo más allá de las fronteras. Los extraños ignoraban el pueblo de La Floresta, pero sí sabían dónde estaba situado un pueblo llamado San Alipio del Trompo.

RUMORES

Felipe Rodríguez Wilches

Renata Tunja

Lo llamaban Caracol sin saber por qué. Hasta los niños montados en bicicletas oxidadas o en patines con ruedas de madera, realizando figuras y malabares, le repetían el remoque: "¡Caracol, Caracol!".

Su llegada, semanas atrás, era referida como un acontecimiento: apareció por el malecón en sentido contrario al de las lanchas; flaco, calvo, imberbe, desgarrado y con un morral, un ajedrez y un transistor que solamente sintonizaba radio Nederland si hacía buen clima. Su camisa era naranja, pero cuando desmontó su carga, debajo de las tirantas, se delató un gris anochecido. Sus pantalones de lino triste y sus zapatos nuevecitos, como si no los usara al caminar, completaban la imagen del recién llegado. No hay que olvidar el monigote que en algún tiempo pudo haber sido un oso y que ahora solamente era un peluche tuerto que Caracol siempre llevaba en la mano, inspirando una ternura que daba miedo.

Las pocas mujeres que tuvieron contacto con él creían que el sobrenombre se debía a su forma de abrazar. Sus contrarios decían que el apodo se lo pusieron al sentirse agobiados por el ritmo con el que les ganaba al ajedrez, casi siempre con una lentitud desesperante, demorándose horas para realizar un movimiento que no generaba ninguna complicación en la partida, o respondiendo con inesperada agilidad a los ataques asesinos de sus contendores.

Cuando nos acostumbramos a verlo, lo ignoramos.

Una tarde creímos que iba a cambiar de sitio para ver el regreso de los pescadores o a dormir bajo el árbol de dividivi, pero no: se dirigió hacia el barrio en donde le enseñaba a los niños a sentir para pensar y les leía poemas a señoras educadas para que sintieran el amor. Cerca del crepúsculo regresó a la plaza y a contraluz del sol de enero, como un espectáculo de sombras chinescas, vimos que soltaba un puñado de sal sobre su cabeza y profería un grito bestial. Los que estábamos en el billar tomando tinto y esperando el final del día acudimos a socorrerlo, pero no se pudo: su cuerpo desapareció, baboso, por entre los adoquines cercanos a la fuente de las ánimas y entendimos, entonces, por qué lo llamaban Caracol.

LA DORMIDA

María Claudia Molina Villalobos

Renata San José del Guaviare

El pueblo parecía habitado por fantasmas, zombis con los ojos vidriosos: las miradas perdidas en el horizonte y pasos en falso. De vez en cuando se veía caer a alguien vencido por el cansancio.

A pesar del esfuerzo por mantenerse despierto, sus parpados se cerraban poco a poco. Las horas pasaban lentamente. Cada minuto era eterno. Las imágenes se volvían difusas y los sonidos se desvanecían en el aire. Tito Bustamante se sumió en un sueño profundo y no volvió a despertar, como le sucedió a muchos de los habitantes de La Dormida.

Nadie conocía la causa. Desde la fundación del pueblo no había ocurrido nada parecido. Lo extraño es que no le ocurría a todos, pero era tal el temor que nadie quería volver a dormir.

Los que tenían más fuerzas se dedicaron a ordenar sus cosas, despedirse de los seres queridos, pagar deudas y arrepentirse de sus malos actos. Realizaban actos insólitos con tal de no ceder al sueño. Tomaban estimulantes como café con Aspirinas o Mejoral con Coca-Cola. Otros permanecían de pie hasta que caían rendidos, mientras los más osados se cosían los parpados para mantener los ojos abiertos.

Cada día enterraban a cinco o seis habitantes. En el cementerio pronto no cabría un cuerpo más. El olor a muerte y a carroña emponzoñaba el ambiente.

El único que parecía contento era Jiménez, dueño de la casa mortuoria donde vivía Candelaria después de volverse loca por la muerte de su hijo.

Una noche, Candelaria escuchó un lamento diferente de los que estaba acostumbrada a oír. Era un gemido como del más allá. Agudizó la mirada y al otro lado de la cerca vio una masa, un hombre putrefacto que pedía auxilio, por lo que no dudó en atender el llamado.

Al acercarse notó que su ropa estaba carcomida por la humedad lo mismo que su piel. El rostro era una herida sangrante y tenía un nido de gusanos en el tórax. A pesar del esfuerzo por mantenerse de pie, se desmoronó lentamente. Cuando Candelaria llegó a su lado alcanzó a escuchar que lo habían enterrado vivo y que no era el único. En seguida, el hombre acabó de morir.

A la mañana siguiente Candelaria le contó a Jiménez, quien no le creyó pensando que eran cosas de su locura. Sin embargo le comentó al sacerdote, que lo regañó por andar con cuentos que podrían asustar a la gente.

Esa noche Jiménez se durmió y al despertar se sintió sofocado. Intentó levantarse pero no pudo, no podía moverse. Quiso gritar pero su voz no encontraba la salida. Escuchaba lamentos, risas, llanto. Cuando se tranquilizó un poco recordó las palabras de Candelaria y comprendió donde se encontraba.

EL DÍA QUE LA MANO SE REBELÓ

Mauricio Pacho

Renata Cali

Una mañana cualquiera, un hombre de aspecto hosco se llevó tremenda sorpresa al despertar y enterarse de que su mano derecha ya no estaba en el lugar de siempre. El hombre asustado miró por debajo de la cama y se preguntó "¿Cómo es posible que una mano desaparezca?". Buscó dentro del armario y en la mesita de noche. En cuestión de minutos se puso de ruana su casa y no encontró indicios ni respuestas.

El hombre salió al pueblo y preguntó a los habitantes si habían visto su mano. Las personas asombradas le respondieron que no y se alejaron con prisa. Rato después, abrumado, se dirigió a las afueras del pueblo. Desde lejos divisó la mano que estaba a punto de saltar desde el puente a la quebrada. El hombre corrió mientras gritaba:

–¡Oye, regresa aquí, mano sinvergüenza!

La mano lo observó y dijo:

–No te acerques más o salto.

–¿Por qué todo esto?

–No seguiré siendo cómplice de tus crímenes. Tampoco continuaré cargando tus pesados cuchillos y menos ensuciando mis dedos con sangre.

El hombre enojado trató de tomarla por la fuerza, pero ella logró saltar.

–¡Chao, manco, vete a la mierda!

Desde aquel día al hombre se lo conoce en el pueblo como el carnicero mocho de San Llevao.

TÍA MOLA

Liliana Janeth Varón Villamizar

Renata Cúcuta

Mola deambula por las esquinas de la habitación tratando de recordar el lugar exacto donde guarda sus apuntes. De un tiempo para acá su memoria le juega a las escondidas: los lunes los encuentra al finalizar la tarde, después de haber desordenado el pequeño cuarto en el que pasa la mayor parte del día; los miércoles evoca sus oraciones, pero éstas demoran en llegar, como si viajaran en tranvía y la urgencia con la que las rememora no fuese tan importante, como si lo principal estuviera contenido en los paisajes del entorno; los domingos, ¡ah! los domingos, amanece invadida de nostalgia, sin explicación alguna; pareciera que los seres que añora llegaran y se esfumaran por las celosías del único ventanal que permite al sol hacer de las suyas todos los días.

Por fortuna hoy es viernes y por costumbre la tía Mola enrolla la cortina de tul blanco, abre la ventana, deja entrar el viento para que estropee su larga cabellera o refresque el rostro. Entonces su memoria empieza a citar lugares y calla, queriendo guardar silencio a los muertos. Luego su cuerpo parece levitar unos centímetros del suelo, abre la gaveta del armario metálico, saca un cofre de sauce y de su interior un bojote de papeles, impregnando el lugar con un suave olor a canela. Al desatar las cintas rojas que cubren las cartas y los pequeños papelitos sueltos, sonrío y siento que la amnesia huye atemorizada, gritando como perro herido, para que la autenticidad de las imágenes recobradas jamás la alcancen.

Desbordada de emociones sensoriales, acude a la clásica sonoridad

del príncipe y la princesa de Nicolás Rimsky-Korsakov. Tras frases y metáforas se quebranta en el pasado, en una dimensión irreal entre el verbo amar y sus conjugaciones; en segundos, su pecho adherido al cofre ejecuta una danza ancestral, al tiempo que las tres hileras de baldosas en el suelo se transforman en el pasillo de un elegante salón adornado de orquídeas, girasoles y rosas. Al tercer giro, un fuerte temblor en el cuerpo sacude sus brazos interrumpiendo el inicio de un beso. En segundos, termina postrada a los pies de la cama recogiendo correspondencia, apuntes y mensajes que acaban de perder su horizonte, sus ojos mustios reflejan la incapacidad de disfrutar las emociones ante el recuerdo de un beso, un beso al que le debe sus horas emotivas y el reflejo vital de su feminidad, porque reconocerlo le produce un aterrador efecto narcótico, que empieza a recorrerla desde la punta de los pies, asciende veloz al tronco, irradiando un fuego cada vez mayor que sale del cuerpo con un desgarrador lamento y la deja sobre la cama estática, adolorida, casi ausente.

Una hora después, la tía Mola siente el ombligo como un témpano de hielo hasta embriagarse de enigmas, luego los abandona uno a uno en la papelera. Mientras lo hace, procura no sonreírles ni mirarlos con compasión, en el fondo sabe que un leve descuido la llevaría de nuevo a aquel bochornoso acto deliberado y catártico con el que centra la atención de la familia en el momento menos indicado.

Y yo, mimetizado en el rincón de los juguetes, tengo un buen lugar para observarlo todo, y ella, la tía Mola, sabe dónde encontrarme, después de todo juntos compartimos un par de aventuras. Gracias a ella descubrí el mundo de los animales prehistóricos. Al principio era divertido, pero creo que en algún momento la aburrí con mi obsesión hacia aquel libro casi desarmado que guardaba la abuela en la biblioteca, de la que muchas veces salían cosas insospechadas, con las que saciaba mi curiosidad por las imágenes.

–Nicolás nos vamos –grita mamá.

Veloz salgo de mi escondite hasta la puerta, para que la tía no me agarre, no soporto sus besos cuando se pone nostálgica. Lo único que me entristece es que no pudimos jugar a la casita; bueno, tal vez venga un día la próxima semana. ¡Ya sé!, el martes. ¡Sí! Los martes la tía Mola comparte sus cuentos favoritos y, cuando se da cuenta de que a mí no me gustan, se inventa unos que no sé cómo se los cree. Bueno, tal vez sea la edad.

El martes de la segunda semana de julio llegué a casa de la abuela, saludé al abuelo que arreglaba sus libros y al tío Claudio que jugaba cartas con la prima Filomena. Luego agilicé el paso y en segundos estaba asomado al orillo de la puerta de la primera habitación del segundo piso, la guarida de la tía Mola.

–Nicolás ven, ¿has visto la luna llena?

–Claro, tía, ¿no lo recuerdas? En las noches de luna llena salíamos a la calle y me la regalabas.

–Por supuesto. No sé como lo recuerdas, eras tan pequeño.

–No lo sé, tía

–¿Sabes, Nicolás? La gente dice que esas noches de luna llena son de locos, tal vez hoy estoy loca...

Se abalanzó sobre mí y con una voraz guerra de cosquillas se vino encima... Ese día vi a la tía Mola feliz, su rostro rozagante se reflejaba en la peinadora. Fue entonces que descubrí en sus ojos un poder camaleónico, ese martes se puso de moda el verde limón.

–Tía, ¿los locos en dónde viven?

–Nicolás, Nicolás, tienes las mismas dudas que yo tenía a los 13 años. ¡Ja!, un lunes salía del colegio, cuando un loco llamaba la atención de los estudiantes. No sentí miedo, me acerqué, le di la mano y le dije: “Hola”. En ese instante reaccioné. Cuando lo mire de nuevo, me encontré con sus enormes barbas decoradas minuciosamente con arroz; de la boca escurría una mezcla amarillenta, tal vez una deliciosa sopa de apio que acababa de comer. El pánico se apoderó de mí y, tan rápido como pude, cruce la calle 24 sin prevenir el paso de las busetas y los carros...

Tía Mola lloró sin parar, como si en sus ojos se congregara todo el dolor del mundo. En minutos, un pequeño charco del tamaño de una baldosa se hacía camino por el suelo, sus pestañas goteaban como si quisieran hacer un profundo hueco sobre la roca. No supe si consolarla, salir corriendo o llorar.

Como no pude moverme, tía Mola luchó contra la gravedad y en un instante estuvo a mi lado; nos aferramos al único oso de peluche que conserva de su infancia, me arrulló como una gran mecedora y murmuró la canción de cuna que me cantaba cuando estaba en el vientre de mamá. Tal vez por eso la tía es la única que calma mis momentos de ira...

Ella continuó su relato:

–Sólo recordé que al cruzar la calle 24, un ruido extraño y una luz violeta me envolvían, a mi lado, el loco aguardaba a que despertara. Era extraño, su rostro estaba limpio, ya no tenía esa larga barba, su piel reflejaba los tonos del arco iris y si cerraba los ojos imaginaba un desfile de aromas. En el suelo, los costales se desvanecían entre tonos de atardeceres, en un rincón tarros llenos de cosas, potes con agua y cristales. La pared decorada con manos negras, azules, rojas, amarillas, rosadas, naranjas, grandes, pequeñas, muy pequeñas, me recordaron una noche estrellada. Y aunque parecía que el espacio era sólo de los dos, sentía la presencia de otros

seres, esos que después se convertirían en voluntarios, tal vez por su tono de voz de locutor de radio o la manera en que narró los hechos como experto contador de historias, o quizás, la forma como proyectó su dolor ante los sucesos.

La tía guardó silencio y yo no hice el menor ruido.

Media hora después la tía, mi gran tía Mola, me condujo a su experiencia y por instantes revivió aquel canal entre la 12 y la 24.

–Nicolás, ¿sabes qué guardan los locos entre los potes y los costales?

–No, tía, ¿qué guardan?

–Cierra los ojos, Nico, y escucha: entre los potes los locos guardan ciudades con hombrecitos de chicle.

–¿De chicle, tía? Estás...

–¿Qué estoy loca?, ¡Ay, Nico! Eso dicen desde que tengo 13 años, y mírame aquí y no en la calle vagabundeando... Un día lo intenté, pero estaba demasiado cuerda para hacerlo y ahora ya no tengo fuerzas para esas aventuras, sé demasiado... El loco me contó que una mañana se detuvo en un parque con el deseo de comerse un delicioso chicle, entonces se sentó en una banca y cuando apoyo la mano derecha en el andén se encontró con un masa pegajosa y suave, un chicle recién tirado.

–¡Qué asco, tía!

–Yo también pensé lo mismo Nicolás, pero seguí escuchando. Entonces, él no aguantó las ganas de saborearlo y...

–¿Se lo comió? ¡Guácala!

–No, Nicolás, lo masticó hasta que se quedó dormido. Entonces el chicle saltó a su mano. Cuando el loco de los costales y los potes despertó, quiso masticar, masticar, masticar y fue tal su angustia al no encontrar el chicle en su boca que empezó a jugar con sus manos, moldeó un muñequito azul de chicle, al que contempló a pleno rayo de sol y, mientras endurecía, su aroma mentolada se esparcía difuminando el olor contaminado de la ciudad.

–¿Entonces qué, tía?

–Nico, lo importante no fue lo que pasó, sino lo que antecedió al hecho. El loco de los potes y los costales pensó que estaba demente cuando el muñequito se movía y le hablaba.

–¡Por Dios! No te creo, tía.

–Yo también dudé pero él siguió su versión en aquel canal, donde descubrimos la ciudad del chicozapote: miles de muñequitos de chicle con vida propia salían uno tras otro de envases plásticos de gaseosa, tarros metálicos de leche, sardinas, atunes, salchichas y sopas, cajas de cartón grandes, cuadradas, triangulares, redondas, pequeñas, medianas... y en segundos hacían de los costales un paraíso, y lo mejor de todo es que no estaban completos, se necesitaban muchos vagabundos voluntarios para recoger tanto chicle pegado entre postes, esquinas, canecos de basura, sillas, parques, paraderos, edificios, casas, colegios y cuanto rincón posible, e incluso detrás de sus orejas.

–Tía, no entiendo de dónde los muñecos, de dónde tanto chicle, ¿no entiendo!

–Lo siento, Nicolás, es que olvidé que lo importante es lo que antecede a los hechos. Bueno, una gran fábrica de goma de mascar ofreció

una recompensa por un gran árbol, alguien encontró el nono de los chicozapotes, recibió una millonada, hizo multimillonaria a la empresa de goma y destruyó una de las reservas forestales desconocida en medio de la selva del Amazonas.

–¿Por eso lloras, verdad? Y los muñecos, ¿de donde salen, tía?

–¡Ah! los muñequitos, esos son el corazón del gran nono chicozapote, que al ser masticados, masticados, masticados, masticados, masticados, masticados y masticados, logran su conexión con la realidad y toman vida propia.

–Tía, no me asustes. ¿Otra vez lágrimas en tus ojos?

–Sí, Nicolás. En noches de luna llena no soporto los recuerdos.

–¿De qué hablas, tía?

–¡Ah!, Nico, pronto lo sabrás, ya tienes 13 como yo en aquella época. Durante un año, le decía a mamá y a papá que tenía que ir a la biblioteca por muchas tareas y me volaba al canal de la 24 a escuchar las historias de la ciudad del Chicozapote, entre sus narradores estaba Verde, el más guapo de todos los muñequitos. Con el tiempo, desperté un gusto especial por él; una vez por semana hacía mi papel de voluntaria buscando chicles por la ciudad. Verde y yo recorrimos el Restrepo, el parque de la 93, el parque Salitre, el Museo del Oro, el Planetario.

–¿Eso dónde queda, tía; no lo conozco? ¿Cuándo me llevas?

–En otra ciudad, Nico, en otra ciudad.

Otra vez la tía Mola entró en su acostumbrado silencio. Pero esta vez no me iba a ir sin saber la verdad de aquella confesión, hice una de mis mejores caras y estaba dispuesto a hacerle pataleta, pero no fue necesario.

–Nico, estaba enamorada de Verde. Una tarde, cuando regresábamos a la ciudad del Chicozapote, nos despedimos con un beso. El primero en toda mi vida y, no importó que yo fuera para él como una gigante, porque cuando sus diminutos labios rozaron los míos me sentí de su tamaño y bailamos una romántica pieza clásica, hasta que el loco de los costales y sus voluntarios llegaron. Al día siguiente recogieron la ciudad del Chicozapote para recorrer el mundo entero recogiendo chicles rojos, rosados, azules, morados, amarillos, mandarina, zapote... los mascan, los moldean y luego los guardan entre sus potes y costales para...

Y yo, desde que besé a Lolita, en el descanso del viernes, entiendo la mirada perdida en el infinito de la tía Mola.

El abuelo piensa que lo mejor es un manicomio, pero la abuela la saca una vez más de su ensimismamiento con esos deliciosos caldos que aprendió de la tía-abuela, ¿mi tataratía? ¡Jum! Papá dice cosas, pero sé que la quiere mucho y, en medio del dilema, a él le gustaría estar en su lugar, me parece que la mira con envidia...

Y yo, estoy plenamente seguro que la tía Mola no está tan loca como nos hace creer, ¿o sí? ¡No! Ella siempre tiene una buena historia para asustarme, lo que quiere es que yo reviente de la risa y deje toda la pared llena de chispitas de chocolate y helado. Quizá un día de estos, mientras hace sus acostumbrados paseos por el barrio, le pinte un monstruo gigantesco en la pared principal de su habitación para que pase un par de noches sin dormir, las pesadillas la atormenten y tal vez no necesite de choques eléctricos. ¡Sí!, el más horrible monstruo con patas de estegosaurio, cuerpo de seatópsido, cola de diplodocus, cabeza de tiranosaurio rex, pico de hadrosaurio y para rematarla alas de archaeopteryx.

–Nicolás, es hora de irnos, despídase de la abuela, el abuelo, el tío Claudio, la prima Filomena y...

–Sí, ya sé, papá, de la tía Mola.

V

RENATA

Pilar Lozano

No exagero si afirmo que ser escritora asociada del programa Renata ha sido una de las experiencias más gratas que he tenido en mi vida profesional. He podido ver este país con ojos diferentes a los de periodista, mi oficio regular. Y el balance es estimulante. En todos los rincones del país hay un deseo inmenso de escribir. No se equivocan quienes han dicho que en medio de la locura de la guerra la gente necesita un respiro y por eso surgen muchas formas de expresarse. Aun en los sitios donde se ha dado la mayor violencia, los temas son variados: desde la guerra al amor, pasando por aventuras y escritos intimistas.

El sitio que más he visitado es Aracataca. En esta húmeda y calurosa población de calles solitarias al medio día por el sofoco encontré a Rafael. De 16 años, pelo ensortijado, sonrisa limpia y contagiosa. Él prefiere que lo llamen por su apodo, El Kacher; así firma sus escritos de prosa poética, sus poemas que rebelan un amor profundo, aunque él asegura que ninguna mujer, hasta ahora, le ha robado el corazón.

La última vez que fui realizamos el taller en el espacio destinado al comedor grande –"el de respeto"– en el ala ya restaurada de la casa-museo donde nació, un 6 de marzo, Gabriel García Márquez. Es una edificación larga de paredes de tablones de madera de tres metros de alto, los techos poco inclinados de cinc sobre vigas de madera para "procurar más frescura". Fue en una tarde lluviosa; de repente se desplomó uno de esos aguaceros que parecen interminables, y se creó un ambiente de recogimiento que hizo especial la jornada.

Allí no sólo conocí al Kacher; hay una niña que se sube al tejado a

escribir, otra que prefiere irse con su cuaderno a un potrero cerca al pueblo, está Margarita atafagada por tantos cuentos y novelas que todos los días, después de su jornada de trabajo, pasa horas en una sala internet pasándolos a computador. Y está Efraín que esculca en su vida, en su pasado, para rescatar historias. Su cuento del baúl de la abuela –siempre lo llevaba con ella en su peregrinar de pueblo en pueblo– sólo lo abría en un rincón de la casa donde no pudiera ser vista para poder llorar a solas, me cautivó. Nunca olvidaré tampoco a la profesora Aura y su programa "Gabo Lectura"; ni a Rafael Darío, el tallerista, cargado de afanes; ni a la señora Luz Marina... ni a la pequeña Cristina.

También he visitado Providencia. Los talleres allí son mágicos, con vista al mar. Sí, desde la pequeña biblioteca de madera se ve allá, a lo lejos, el azul verdoso de ese mar salpicado de colores. Y las historias trabajadas en los talleres parecen contagiadas de esa aura. Es un grupo pequeño, dirigido por John Taylor, el Ermitaño, como lo llaman algunos con cariño. Casi todos los participantes son mujeres y con facilidad se brinca de la fantasía de la literatura infantil a los temas cotidianos y la manera de abordarlos a través de la crónica.

Las visitas a San José del Guaviare, Cereté, Cúcuta e Ibagué –una vez en cada sitio– han sido para mí muy valiosas. Son grupos más maduros, más estructurados, con más recorrido. Me ha sorprendido el nivel de compromiso tanto de los talleristas locales como de los participantes. Los asistentes –hay mucho universitario– se quieren sorber el mundo y reciben con interés todo tipo de información. Más que talleres allí hemos tenido tertulias, intercambio de opiniones sobre crónica, cuento y –en el caso de San José– novela histórica. Las horas pasan sin sentir las. En Cereté, por una feliz coincidencia, asistió un viejo profesor y con él, y las preguntas de los asistentes, logramos un interesante ejercicio de memoria.

No sabría decir cuál de todas las experiencias que he tenido es más grata. A comienzos del 2008 estuve en Sibundoy, Putumayo. Hugo Jamiy – el poeta kamsá–, el tallerista, me hizo una invitación-recomendación previa: asistir, como antesala al taller, al carnaval Kamsá que se realiza, todos los años, el lunes anterior al Miércoles de Ceniza. El carnaval –para ellos la fiesta de Año Nuevo, del perdón y del reencuentro– me acercó a una cultura sabia en el manejo de las plantas medicinales. Mientras danzan al ritmo de flautas, rondadores, el sonido de cuernos o de collares de semillas, hacen una revisión de su vida. Con esta "inmersión" en el mundo Kamsá ya pude sentarme durante dos tardes con el grupo de Renata. Los Kamsá quieren recatar su historia; por eso escuchan con atención a Salvadora, una anciana de 94 años, cargada de vida y de saberes.

Mis oídos de periodista han escuchado muchas veces unas queja: "necesitamos apoyo; necesitamos espacios para soñar"; este país esta sembrado de historias y hay muchas personas dispuestas a asumir el reto de contarlas. Eso me lo ha enseñado Renata.

EL HOMBRE QUE SE CREÍA ÁRBOL

Anni Chapman

Renata Providencia

El sueño de Rafael era convertirse en árbol. Desde pequeño soñaba que era árbol. Un árbol grande, de ramas largas y elegantes, con hojas como agujas verdes oscuras. Un pino. Era el árbol que más amaba desde que vio un majestuoso ejemplo parado con mucho orgullo en un balde pintado de colores, en una esquina de la sala de su casa; sus ramas goteaban bolitas navideñas de todos los colores y una enorme estrella plateada coronaba su copa. Y ahí comenzó su obsesión.

Era tanto el deseo de ser árbol que al despertarse una mañana y mirarse en el espejo del baño, vio el reflejo de la parte superior de un hermoso pino en vez de su propia cara media dormida. No podía creerlo. Sacudió su cabeza para asegurarse que estaba despierto, pero ahí seguía el pino también sacudiéndose su copa.

Rafael estaba extasiado y pasó toda la mañana caminando por su casa acostumbrándose a sus múltiples piernas, las raíces. Con cada hora que pasaba caminaba mejor y movía sus elegantes ramas al mismo ritmo de sus pasos.

Ahora el gran problema de Rafael era que tenía que ir a la casa de su tío al otro lado de la isla a recoger un saco de yuca y, peor aún, debía irse en moto. ¿Cómo podría montarse en moto ahora que era árbol? Primero tendría que irse muy despacio, evitando que sus numerosas raíces se enredaran en las llantas haciéndolo caer y, tal vez, quebrándose sus hermosas ramas.

Se quedó pensativo por un rato. Después se dirigió al patio, cogió una soga que usaba de vez en cuando para amarrar el perro y comenzó a atar todas las raíces, con la excepción de las dos mas largas, a su tronco. Cerró la puerta de su casa y se montó con mucho cuidado en su moto. Al principio le era muy difícil equilibrarse, pero después de varios intentos lo logró y se fue calle abajo muy despacio, con su tronco muy erguido y las dos ramas inferiores aferrados al manubrio. Se veía tan extraño en esa posición tan recta y manejando a una velocidad tan lenta, que la gente en la calle paraba a mirarlo.

–¡Vea a ese muchacho! –exclamó una señora a su marido–. Se ve tan raro manejando así, ¡como si se hubiera convertido en árbol!

EL PESCADOR

Jorge Isaac Toledo Ramírez

Renata Florencia

A mi padre.

Eugenio dormía placidamente en la cuja. Un radiante sol caía inclemente sobre el techo de paja del rancho. A pesar de su esplendor no se sentía al interior del dormitorio, ventilado por el aire frío del río Grande que se deslizaba unos metros más abajo de la terraza donde se asentaba la edificación.

Inocencia, su mujer y madre de cuatro niños, no se atrevía a despertarlo. Había llegado bastante tarde la noche anterior. Bebido y eufórico, gesticulaba y mascullaba maldiciones y retos a los cuatro vientos, aseguraba que no había nacido alguien con la verreaquera suficiente para capturar un pez más grande de los que él era capaz de coger y, juntando el dedo índice sobre el pulgar en forma de cruz, decía: "¡Lo juro por mi madre!".

El radiante sol era presagio de un día muy caluroso, ideal para ir a pescar. Inocencia estaba muy inquieta al ver la barbacoa que hacía de despensa: en ella no había nada que echar al caldero. Después de pensar un rato y viendo el avance del sol, se animó a despertarlo.

–Levántese, mijo, que ya es muy tarde y no hay ni agua'epanela para darle a esos guambes.

Inocencia agregó una explicación sobre enviar al mayorcito de los

hijos a donde una vecina para pedir prestado un pite de panela.

Eugenio casi no entendió las palabras de la mujer, sólo sintió malestar por el tono de la voz con que lo había despertado; sin embargo no protestó y fue a lavarse la cara en el chorro que hacía de acueducto a la vivienda. El agua fría le despertó los sentidos; sintió el rigor del estridente sol posicionado en el límpido cielo, levantó la mirada para calcular la hora y sintió la punzante herida de la luz en sus pupilas; cerró los ojos mientras su cerebro le indicaba que ya había transcurrido más de media mañana y sintió como un mordisco en el estómago producto del alcohol ingerido la noche anterior; entró en la casa, se puso una camisa y el sombrero, amarró el machete en su funda a la cintura, tomó la escopeta y algunos cartuchos de munición y los metió dentro de un bolso de tela impermeable que siempre hacía parte de su indumentaria.

Inocencia se animó a decirle:

—¿Es que se va a ir sin tomar nada antes? Espere mientras vuelve el niño pa'que tome una agüita de panela antes de coger camino. ¿No ve el sol que está haciendo? Además, yo no estoy brava con usted.

Eugenio esbozó una mueca amarga, se agachó para despedirse de su pequeña hija y enderezó por el camino que a media ladera descendía hasta el río Grande. Se volvió para mirar a su mujer diciéndole hasta luego y ella sonrió con un suspiro hondo... muy hondo.

Inocencia, con la niña en los brazos, lo vio cruzar el río saltando sobre las enormes piedras que facilitaban el vadeo y lo siguió con la mirada andar sobre el camino de la ladera opuesta hasta que se ocultó detrás de una arboleda que cerraba una curva del río. Respiró ansiosa, sabía que por ese camino se dirigía hacia La Conejera, una quebrada cercana. Sin dudarlo pensó que en la tarde podrían comer caldo de cuchas y se propuso ir hasta

la sementera a buscar yucas y plátanos.

Eugenio era un mozo bien proporcionado, de brazos fuertes y piernas ágiles que se podía desenvolver muy bien en las faenas de caza o pesca como en otros trabajos, de genio alegre, juvenil e inteligente en su manera agreste de ver y vivir en el ambiente donde fluía su vida. Inocencia lo adoraba y él se sentía a gusto con ella y sus pequeños hijos.

Eugenio tardó poco remontando el curso de La Conejera, que tributaba sus aguas al río Grande en un ángulo suave, casi un kilómetro arriba de su casa. Siguiendo un camino ribereño llegó a un punto apropiado para una buena faena de pesca. Además de fatigado, resentía los efectos del alcohol ingerido. Acalorado, se sentó en una gran piedra en la orilla de la quebrada y aprovechó para reflexionar: en su embriaguez había retado a algunos pescadores y había apostado que sacaría la cucha más grande jamás vista por alguno de ellos.

Dentro del tronco hueco de un árbol metió sus ropas, el sombrero, la escopeta, el machete y los cartuchos. Tomó el bolso impermeable y se lo terció sujeto con una ancha correa al costado izquierdo; se zambulló en el agua fría y recibió la frescura del agua que le devolvió la tonicidad de sus miembros y la lucidez; sintió una ráfaga de aire frío y alzó la mirada al firmamento, donde un cordón de nubes se arremolinaban y se dijo: "Parece que va a llover". Se agachó y, metiendo sus manos entre grandes piedras, comenzó a palpar en busca de cuchas y a despegarles la boca de las piedras para luego introducirlas en el bolso. Su destreza para capturar esta especie de rémoras con armadura era legendaria entre los amigos, que envidiaban su especial habilidad. Cerró el bolso depositándolo en una bahía cercada con piedras y con suficiente agua para mantenerlas vivas por un tiempo largo.

Quería tentar la suerte: la bronca de la noche anterior y el desafío que había lanzado a quienes se atrevían a dudar de sus habilidades como

pescador lastimaban su amor propio. Había tomado la determinación de responder a su propio desafío: retomó nuevamente el bolso, lo puso a sus espaldas cruzando la correa por debajo de su axila izquierda y se adentró de nuevo en la quebrada.

En cierta parte, grupos de piedras que emergían desde el fondo formaban cúpulas con una pequeñas aberturas donde enormes cuchas anidaban para desovar. Una leyenda decía que era muy peligroso capturarlas en esos lugares pues estaba protegida por seres sobrenaturales que amarraban las manos de quien se atreviera a sacarlas de su recinto sagrado.

Eugenio alzó la mirada, vio en el horizonte una masa de nubes negras y las desestimó como presagio de tormenta: había prometido sacar uno o dos de aquellos peces; quería demostrar que era el mejor pescador de toda la región y que no le tenía miedo a nada. Comenzó a escrutar una de las cavernas pero no halló nada, avanzó hacia otra y realizó la misma operación, y nada; aunque empezó a sentir el aire más frío, no se desanimó.

Fue hacia otra caverna más arriba, la auscultó con su mano izquierda y rozó una pieza que cambió de sitio; en la posición en que se hallaba, contra la corriente y el agua a la altura de su pecho, no tenía dominio focal de su situación. Unas piedras le impedían acercar su cuerpo a la prominencia cavernosa. Pateando sobre el lecho, pisó sobre alguna piedra que había cambiado de sitio y se paró sobre ella; su antebrazo, que estaba trancado a la altura del codo, se deslizó dentro de la caverna y su mano tropezó con el cuerpo de una gran cucha. Apenas la podía coger por la parte posterior, adelante de la aleta caudal, y sopesó mentalmente su talla, ¡era enorme! De pronto, sin darse cuenta cómo, empezó a sentir su cuerpo suspendido por el agua sin poder zafar su brazo de la abertura de la caverna.

En su casa, Inocencia, sorbiendo tragos de agua'epanela, veía desde

la cocina el diluvio que se cernía sobre la cordillera de donde se desprendía el lecho de La Conejera. Imaginó el enorme caudal que estarían formando sus aguas y que Eugenio estaría cobijado por unas hojas de platanilla o de palmicha, esperando que amainase la tormenta.

Eugenio enfrentaba la tragedia de no poder sacar su brazo de la abertura donde estaba atorado sin soltar su presa; el codo comenzaba a dolerle, tenía la mano agarrotada en torno al cuerpo de la cucha y no podía estirar más el brazo porque la pared de la caverna se lo impedía. Sin alternativas de movimiento y horrorizado, se dio cuenta de que el caudal aumentaba violentamente; en un instante, al filo de la desesperación, se sintió como una cuerda tensa a punto de romperse entre las fuerzas confusas que lo arrastraban para todos los lados y la posesión de su presa a la que se aferraba con toda la fuerza que su agonía, orgullo y terca vanidad le imprimían.

El sol, moribundo en el horizonte, se dejó ver en un cielo claro y limpio. La lluvia con estatura de tormenta había desaparecido y un viento alegre barría la niebla que se había levantado mientras el suelo se tragaba las últimas gotas. Inocencia bajó por la suave ladera que separaba su casa de la orilla derecha del río Grande, donde tenía instalado un rústico lavadero; la ropa aún estaba allí. Repasando el escenario para ver la magnitud de la creciente, sus ojos descubrieron enredado entre las piedras que hacían tabique al lavadero el bolso que Eugenio siempre llevaba cuando iba de pesca o caza; lo recogió y se dio cuenta que estaba medio lleno de pescado; miró hacia la casa, vio el sol que agonizaba y subió pensando que Eugenio llegaría pronto muerto de hambre; debía apurar el fogón y tenerle abundante cena. La noche cerró, los niños comieron e Inocencia se puso a esperar a Eugenio. Velando, sin darse cuenta del tiempo, se quedó profundamente dormida.

El pueblo, enclavado en la enorme bahía que el río Grande había excavado en tiempos remotos, tenía como plaza principal una playa ancha, al lado de la cual se alzaban las edificaciones principales y, más allá, regadas tierra adentro, las demás casas. Al día siguiente, la gente se levantó muy temprano; su primera inquietud fue acercarse para ver los estragos dejados por la creciente. Cuando llegaron a la plaza principal, todos se detuvieron al unísono. Un cuerpo yacía tendido de espaldas sobre la blanca arena; el cuerpo sostenía en su mano izquierda, en ademán de victoria, una enorme cucha, la más grande que hombre alguno del pueblo hubiese visto jamás en su vida.

MICHAEL Y LA SIRENA

Carmelina Newball Bryan

Renata Providencia

Michael tenía su sembrado de hortalizas en la montaña más alta de la isla. Tres veces a la semana subía al pico a trabajar en su finca. Un 16 de mayo, cuando terminó su faena, se dirigió a la parte más alta de la montaña y se acostó en una enorme piedra a meditar en su gran cosecha y en lo mucho que ganaría con la venta de ese año. Un ruido lo distrajo, era como un chapoteo en el agua. Empezó a caminar entre las palmeras buscando el lugar de donde venía el ruido, pero no pudo ver ni oír nada. Decidió dejar la búsqueda y de nuevo se puso a descansar.

Estando entre sueños, un reflejo brillante le llamó la atención. Esta vez se orientó mejor por la luz y llegó al sitio. No podía creer lo que veían sus ojos y se desvaneció ante la belleza de una mujer que estaba sentada en una piedra peinándose con un cepillo que destellaba una luz brillante, iluminando el agua y las palmeras. Sus ojos eran azules como el cielo y cristalinos como el mar, su larga cabellera negra cubría su torso y sus piernas era una larga cola de escama que brillaba como su cepillo. Cuando Michael volvió en sí, ya la mujer había desaparecido; sólo su cepillo quedaba en la piedra. En aquel momento bajó hasta donde estaba Black Peper, el caballo que tantas carreras había ganado con su tío William. El animal se inquietó al verlo, pues Michael tenía los ojos rojos y encendido por la fiebre, su vista estaba fija sobre el cepillo. Se subió como pudo al animal y éste siguió la ruta que tantas veces había recorrido para llegar a casa.

La señora Maggy, madre de Michael, estaba preocupada por su hijo;

ya se estaba oscureciendo y no aparecía, él nunca tardaba tanto. De pronto escuchó los pasos del caballo, se asomó por la ventana y, al verlo, su corazón de madre le dijo que algo había pasado, pues él era muy alegre y siempre llegaba cantando alguna melodía. Salió al patio y al verlo en ese estado, llama a gritos a William, quien salió corriendo para ver qué había acontecido. El aspecto de su sobrino lo impactó tanto que exclamó:

–¿Michael, que pasó?

No hubo respuesta. Entre él y Maggy lo llevaron a la cama. Ella, llorando junto a Michael, le pidió que buscara al doctor Gómez.

Al llegar, el doctor lo examinó. Su temperatura pasaba los 42°C y no gesticulaba palabra alguna. Por mucho que le preguntaban qué había pasado, su mirada seguía fija en aquel extraño cepillo. El doctor le recetó algo para la fiebre y recomendó que lo vigilaran por si hablaba, para saber qué le había producido ese shock.

Así permaneció Michael por más de siete meses, hasta que un día, cuando Maggy entró a su habitación, lo encontró sentado en la cama. Ella lo abrazó y le preguntó:

–¿Qué te pasó?

–Mamá, tuve una visión. Vi una mujer mitad humana, mitad pez.

Maggy lo miro, sonrió y le dijo:

–Tú también la viste, hijo. Ella es una sirena. Los abuelos cuentan que desde hace tiempo sale de un gran pozo y se sienta en una piedra a cepillar su cabellera. Ellos le pusieron el nombre de Luz Amparo, por la luz que destellan sus escamas y su cepillo.

Michael, preocupado porque se había traído el cepillo de la sirena,

preguntó:

–¿Cuánto tiempo he estado así?

–Fueron casi ocho meses.

–Entonces Luz Amparo lleva todo ese tiempo sin cepillarse su cabello.

Michael subió de nuevo a la montaña para encontrar el pozo. Buscó entre palmeras, árboles y pastos por un buen rato, hasta que al atardecer escuchó un chapoteo.

Entonces recordó cómo había ido directo a la luz y de nuevo encontró a Luz Amparo peinándose con una espina de pescado. Ella, al ver a Michael, quiso hundirse en el agua, pero él le mostró su cepillo dorado y ella comenzó a saltar de la dicha. Se acercó y le entregó su cepillo, entonces ella lo abrazó y le dio un beso.

Michael se cayó en el pozo y allí quedaron los dos mirándose fijamente. No se atrevía a tocarla. Ella le tomó las manos y lo invitó a sumergirse en el pozo. Para su sorpresa, bajaron hasta salir al mar.

EL PESCADOR PERDIDO

Felipe Rodallegas

Renata Buenaventura

Me inicié en el oficio de la pesca cuando aún era niño al lado de mi padre, un hombre leal en todo el sentido de la palabra que me enseñó todo lo que sé de este arte. Cuando cumplí 15 años decidí ir a vivir en Buenaventura, donde conocí a un señor de apellido Rentarúa, un gran pescador. Y en menos de lo que revienta una ola ya estaba enrolado con él en el oficio de la pesca, al servicio de un patrón que tenía una linda hija casi de mi edad. Fue con ella con la que me casé años después. Me convertí en un pescador independiente, conseguí una lancha de regular tamaño a la que bauticé con el nombre de mi esposa, *La Margarita*, y tuve mis propios instrumentos de pesca: atarrayas de diferentes tamaños, chinchorros, trasmallos, ganchos y arpones, entre otros.

Como el oficio de la pesca no se puede ejercer solo, busqué una mujer que me acompañara en las faenas y se encargara de preparar los alimentos y de otros menesteres de la azarosa vida del mar.

A medida que crecía el negocio tocaba conseguir más implementos, y entonces decidí comprar otra lancha más grande, de doce metros de eslora, dos metros de ancho y un metro y medio de fondo. Le di el nombre de *La Margarita 2* y conseguí otra compañera. Como la lancha era tan grande y no se podía andar en ella a canaleta, compré un motor de 25 caballos.

Para esa época era un hombre con tres hijos, una esposa y dos amantes, a las que llamamos "extraoficiales" en las calles del puerto. Dicen

que el diablo tapa y tapa hasta que por fin destapa. La mujer oficial se enteró de mis aventuras, pero fue tan comprensiva que me dijo: "Mejor que tenga compañía, porque yo no puedo dejar solos a estos tres muchachos".

Cada pescador tiene sus lugares, sus días y sus horas preferidas de trabajo. A nosotros nos gustaba pescar por las noches para llegar con el producto por la mañana al puerto, porque a esa hora las revendedoras estaban siempre listas con sus platonos esperando el pescado fresco. Una noche me llevé a las dos compañeras, doña Juana y doña Librada, a pescar a la Bocana, frente a la playa de Punta Soldado. Armamos los cabos a diez brazas de profundidad y los trasmallos hacia la orilla. Echamos el ancla mientras los cabos y el trasmallo iban a la deriva y nosotros descansábamos. Cuando fuimos a recoger las artes se vino una tempestad con viento huracanado. Traté de encender el motor pero no respondió. Tomamos los canaletes para ver si podíamos seguir recogiendo la producción, pero quedamos sumidos en una oscuridad tal que sólo nos veíamos cuando relampagueaba. Las luces que servían de aviso a los barcos se apagaron y estábamos tan lejos de las boyas que no alcanzábamos a visualizar sus destellos.

Bogamos todo el resto de la noche con rumbo desconocido. Cuando nos percatamos estábamos en el canal que separa a Gorgona de Gorrionilla y allí amanecimos. Entonces, para sorpresa nuestra, del fondo del mar surgió una cabeza de mujer con el pelo bastante largo y bien trenzado. No pudimos verle el resto del cuerpo.

Pese a su extraña aparición, no nos infundió temor. A mí me dio la bienvenida y me invitó a comer. Le di las gracias aunque no me había tomado ni un tinto siquiera. Y sin que tuviéramos confianza, me trató de presumido. Lo más extraño fue que nos llamó a cada uno por su nombre y me dijo que mi esposa Margarita se encontraba desesperada. Eso no nos

gustó para nada, por eso le pregunté:

–¿Tú quién eres?

–Mi nombre es María Emilia.

– ¿Y dónde vives?

–No tengo casa, vivo en una guarida en el fondo del agua, donde no me da el sol. ¿La quieren conocer?

Todos contestamos en forma simultánea que no. Yo dije en voz baja:

–Ésta es india de agua.

Tan pronto murmuré ese nombre, ella se zambulló y al hacerlo pensé para mis adentros: "Es una sirena".

Después de este suceso arrimamos a Gorgona y contamos lo ocurrido a varias personas que estaban en la orilla. Unos dijeron que eso había sido un riviél, y un señor de apellido Victoria dijo que a él también le había pasado lo mismo. Les pregunté quién era María Emilia y ellos respondieron que era una muchacha que hacía mucho tiempo se había convertido en sirena por nadar en Viernes Santo.

–¿Se la encontraron? –preguntó uno de ellos.

Yo respondí con un movimiento repetido de la cabeza que sí.

–Pero no teman, ella no es mala; se preocupa por los hombres buenos, sobre todo por los que tienen familia.

Uno de ellos, que tenía conocimientos de motores fuera de borda, revisó minuciosamente la máquina y no encontró ningún daño, lo encendió y nos dio una vuelta por toda la isla. Como no nos alcanzaba el combustible

para regresar a Buenaventura, nos aconsejaron viajar hasta Guapi, un pueblo cercano. Nos dieron provisiones de boca y aceite de coco para los mecheros.

Salimos con rumbo a Guapi a las dos de la tarde y a las siete de la noche aún no habíamos tocado tierra. Se acabó la gasolina y quedamos a la deriva y sin saber dónde estábamos. Por fortuna *La Margarita 2* estaba nueva y construida con madera de chachajo, capaz de soportar un tsunami, y nosotros íbamos bien equipados con impermeables, comida y agua. De todas maneras les dije a las mujeres:

–Muchachas, que sea lo que Dios quiera.

Cuando amaneció de nuevo, el sol esplendoroso nos daba unas veces de frente y otras de espalda, por lo que pedí que nos quedáramos quietos, Juana mirando hacia la proa, Librada hacia la popa y yo a babor. Fue así como me di cuenta de que *La Margarita 2* giraba como una rueda suelta poniéndome de sotavento a barlovento en segundos. Medíamos el tiempo por el avance del sol, pero cuando se ocultaba con una nube quedábamos sin la más mínima noción de la hora.

Cuando eran aproximadamente las doce de la noche, mis compañeras sintieron sueño y les dije que durmieran tranquilamente. Lo hicieron así y vi de nuevo la cabeza de mujer, que ya me era familiar, surgiendo del agua que brillaba. Me dijo que luchara por mi familia y yo con voz más fuerte exclamé:

–Ay Dios mío bendito, ¿será que estoy enloqueciendo? ¿Dónde estoy?

Ella me dijo:

–Felipe, estás en Canadá, pero no te preocupes, te llevaré hasta Panamá, si quieres duerme tú también.

–No puedo dormir, tengo que vigilar lo que haces con nosotros –le respondí con tozudez.

Digo la verdad: de allí en adelante no sé qué pasó. Cuando recobré el conocimiento vi que *La Margarita 2* estaba varada en un lugar conocido. De inmediato llamé a Juana y a Librada, y tan pronto como ellas abrieron los ojos, dijeron:

–Estamos en el barrio Lleras.

No lo podíamos creer, pero en ese instante pasaba mi viejo amigo Osías Asprilla y nos contó que ya en el Muelle de Turismo estaban alistando una flotilla de lanchas rápidas y un helicóptero para ir a buscarnos, mientras nosotros estábamos allí, bien tranquilos disfrutando de la vida. Le dije que apenas acabábamos de llegar.

La gente me miraba como a un ser llegado de otro planeta y por esos días no tenían otro motivo de conversación. Por eso duré un buen tiempo sin salir a la calle y juré al Dios del cielo y de la tierra que por mí los peces morirían de viejos y que no volvería a andar con más de una mujer.

VI

RENATA Y YO

Cristian Valencia

El mapa de país del que está dando cuenta el proyecto Renata es mucho más amplio de lo que imaginaba antes de trabajar con el proyecto como escritor asociado, y definitivamente es mucho más amplio que la mayoría de imaginarios de país que se tiene en las ciudades capitales.

Cuando comencé, por allá en 2006, no tenía idea de qué iba la cosa. Tan sólo que había unos talleres de creación en distintos lugares del país y que pensaban incluir escritores para que acompañaran esos procesos. Era una cosa tan vaga para mí como cualquier estadística numérica. Me refiero a que para mí no tenía cara aquel proyecto. Que ni siquiera tenía clima, ni anotaciones de culturas, y mucho menos gente con nombre de pila y preocupaciones personales.

Hasta que un buen día me dijeron que me iba para Florencia, Caquetá, y que el director de taller de esa ciudad se llamaba Hermínsul Jiménez. Ignoro por qué, pero el nombre de Hermínsul me desencajó; no era un nombre que esperara para una ciudad como Florencia, en el corazón de la selva. Esperaba algo distinto, algo así como Juaco. Para mi sorpresa esa noche sonó el teléfono y era Hermínsul. Tenía un acento indescifrable: supuse que era un campesino español, por allá de Galicia, y luego supuse que era del norte de Chile o del sur del Perú, qué sé yo, de cualquier parte menos colombiano. Me dijo que estaba en Bogotá y que viajaríamos juntos.

Al otro día no fue difícil distinguir a Hermínsul entre la horda de viajeros en espera. Tenía desparramado en varios asientos un pocotón de papeles y leía con atención un libro. Cuando lo saludé, sentí que entraba al

palacio de Versalles en el siglo XVIII. La cortesía y las buenas maneras de Hermínsul no tenían par. Y comenzamos una conversación inocente sobre cualquier cosa. Pero ninguna conversación con Hermínsul podía ser inocente. Si yo decía que me sentía como en un cómic –porque el avión lo retrasaron muchas horas–, Hermínsul comenzaba a hablar de los dibujantes más famosos y de la historia del cómic entroncada con la novela de folletín en el siglo XIX, y terminábamos, por ejemplo, hablando de un hermoso ejemplar ilustrado de *Ana Karenina*. No quiero decir con esto que todo se tornaba pesado; por el contrario, el humor exquisito estaba en cada una de sus frases. Y reímos.

Al día siguiente comenzó el taller muy en punto de las ocho y media. A simple vista los asistentes no eran unos aprendices de humanos. Hermínsul se sentó junto a mí, hizo una pequeña introducción, exquisita como siempre, y comenzamos a escuchar los textos de los talleristas para hacer anotaciones. Y no sólo fueron anotaciones formales, sino históricas, emparentando los relatos con los grandes temas de la humanidad, con aquellos que hablan de la condición humana.

Hablo de Florencia y de Hermínsul porque fue el despertar de Renata para mí. Aprendí mucho de los talleristas y, como no, del maestro Hermínsul; y tenía indicaciones de clima, recordaba nombres, caras y preocupaciones. Y supe cómo era, de alguna manera, habitar una ciudad tan improbable como Florencia.

Después me dijeron que acompañaría el taller de Manizales y me puse contento porque vería a mi amigo Juan Carlos Acevedo. Aterrizaje en La Nubia –un aeropuerto que podía llamarse La Niebla– y luego taxi al terminal de transporte, donde me esperaba Juan Carlos. Estaba a la última moda, como siempre –debo decir que la vanidad textil lo tiene del cuello–, comimos un chicharrón de siete patas y nos largamos en una buseta hacia

Anserma, Caldas, por esos caminos que huelen a agua y a helecho, esos caminos de aire dulce, hechos por avezados peones camineros del viejo Caldas. Conversamos el paisaje durante dos horas y por fin llegamos a "la abuela de Caldas", como le dicen a Anserma, porque es una ciudad anciana y se le nota. Para colmo nos hospedamos en el hotel más antiguo de la ciudad, una enorme casa de dos plantas, con pisos de madera crujientes, chambranas de macana y enormes puertas pintadas de rojo encendido.

Caía el atardecer naranja sobre las montañas caldenses cuando llegaron tres promotores de lectura, asistentes al taller de Juan Carlos. Jóvenes completamente metidos en el asunto de la lectura y la escritura, comprometidos con el quehacer literario y con la educación literaria de los muchachos de Anserma. Obviamente hablaban caldense, con todas esas eses arrastradas, y despacio. Nos fuimos caminando hacia la biblioteca conversando sobre Cortázar y evidenciando tretas retóricas que usaba el gigante del sur; y en caldense memoraron cuentos completos de Borges. Y claro, hablamos en caldense del tango, del sur y del sentimiento trágico de la vida, de la deliciosa banalidad de las tabernas y del extraño fenómeno de las casas de cambio en ese pueblo tan chiquito. Uno de ellos, lamento no recordar su nombre, dijo que era porque la mayoría de las mujeres trabajaban en el exterior. No dijo en qué, pero quedó flotando en el ambiente una de esas verdades colombianas que tanto esquivamos.

Luego trabajamos en el taller y lo mismo: entre Juan Carlos y yo desparramamos un aparato crítico inclemente que la mayoría de asistentes aceptó con tranquilidad.

Renata comenzó a ser una aliada para mí: una especie de biblioteca humana difícil de conseguir en ninguna parte, un proveedor de país, de acentos, de comidas, de preocupaciones, de nombres de gente hermosa que trabaja con las uñas en algo tan "inoficioso" como es la literatura. Y comencé

también a darme cuenta de que los señoritos de capital jodemos mucho y nos quejamos mucho, aún cuando tengamos a nuestro servicio el aparato cultural más grande del país. Y que toda esa gente de provincia vive ávida de conocimiento, como si hubieran nacido ayer. No ostentan ese descreimiento capital tan duro, se la pasan consiguiendo revistas literarias, leyendo los escasos libros que poseen, intercambiando ideas, textos y vida, con la impronta de una enorme sonrisa de optimismo en el rostro.

Podría continuar este acercamiento a lo que ha sido mi experiencia en Renata en los demás municipios, con pelos y señales, pero razones de espacio se interpone. Puedo decirles que por allá en Buenaventura está el ingenioso y nunca bien ponderado escritor Alfredo Vanín, amante del vino y la conversación, el escritor de nuestra gente del Pacífico y de todo ese tejido de agua dulce que lo alimenta. Que el locutor más popular de Quibdó se llama Eugenio Perea, que ha hecho lo posible porque la gente del Chocó comience a contarse desde su perspectiva y que salten de la oralidad a relatos escritos en el papel. Que el flaco Beto Murgas lleva el taller de Valledupar con toda la altura académica y creativa, y además tiene una tertulia literaria exquisita en San Diego, donde sus amigos pecan y rezan todo el tiempo, y trabajan como locos para tener textos de buen nivel. Que Oto Gerardo domina el pie de monte llanero y tiene engatilladas un par de novelas. Que Carlos Gutiérrez tiene paso de campesino cafetero, camina a millón con sus ancas largas, como le camina a millón esa cabeza, que de ir tan rápido lo pone a tartamudear a veces y que ha logrado una audiencia sin precedentes en su taller de Armenia. Que Ivan, el ex jesuita, escritor y maestro, va por el mundo con cara de despistado pero no se le escapa detalle, y tiene a sus alumnos cucuteños trabajando a su ritmo y disciplina. Y que mi amigo Antonio Silvera, el poeta del silencio, en sólo dos años ha conformado un grupo muy maduro, literariamente hablando, tanto que supongo que muchos de los integrantes están listos para destetarse. Y ojalá

algún día puedan ir al patio de Uriel en Barrancabermeja, para que se enteren de la calidad de discusiones que se arman y que nutren también a su taller. Y Alejandra, la nueva de Renata, acelerada y joven, en menos de un año ha logrado dos grupos en esos sabanales.

De los demás, con quienes no he tenido el gusto de trabajar, puedo hablar igualmente mucho, porque los he conocido a la luz del Hay Festival de Cartagena. Y conozco esas reuniones de directores, en donde se habla de literatura y se goza, porque todos entienden, definitivamente, que la literatura es un divertimento exquisito.

Así que mi país, después de Renata, huele realmente a país. Huele a manglar y a selva, a sabanas costeñas y montañas cafeteras, huele a *old par* y vallenato, a ganado llanero y a frontera, a cervezas tomadas en distintos malecones, a un país que se está haciendo, quizá por primera vez, desde su propio imaginario. Mi lectura de país es mucho más amplia gracias a esos pequeños talleres literarios a lo largo y ancho del territorio nacional.

Puedo decir, por tanto, que también soy un beneficiario de Renata.

DE LOMO DURO

Pedro Losada López

Renata Barranquilla

Desde que nos encontramos, el día de asueto escolar, tuve la sensación de que no deseaba que nos vieran juntos. Sin embargo, mientras caminábamos, yo sin saber para dónde, ella me apretó contra su pecho con ternura. Para su edad era normal, pero para mí era una rareza. Ese día, viernes por cierto, había abandonado su bolso y cambiado la rutina de su vestuario. Lucía un ajustado pantalón blanco que resaltaba visiblemente su feminidad y una blusa amarilla con un escote que iba a terminar unos centímetros más allá de donde empiezan a pronunciarse las formas.

Siempre de su mano, caminamos por la calle bajo la mirada de la gente, de los hombres que le expresaban su admiración con decencia y sin timidez y sin que ellos recibieran la más mínima atención de su parte. Aprecié su actitud. Sin embargo, aunque sabía que me dedicaría su tiempo, me sentí insignificante. Comedidamente le presté mi sombra para que se protegiera del sol del mediodía. Hacía calor y ella sudaba, pero, a ratos, las ráfagas de viento que venían del río, levantando faldas y alborotando melenas, nos refrescaban de manera intermitente.

–Helena –gritó un muchacho desde una ventana.

Nos detuvimos. Unas diminutas gotas de sudor que aparecieron encima de su labio superior fueron limpiadas rápida y discretamente con el dorso de su mano. Volteó hacia la voz y sus ojos sorprendidos se iluminaron. ¡Qué hermosura el contraste de sus ojos con el matiz rosado que a su cara le imprimió aquel encuentro!

–Hola, Juan Manuel –le respondió en tono bajo, como para sí misma.

Lo saludó de lejos con la palma de la mano. Estaba emocionada. Vimos venir el muchacho y lo esperamos.

Le contó que su abuela se iba el sábado en la madrugada y él cuidaría la casa hasta el martes por la tarde. Helena colocó sus manos atrás, no sé si para ocultar algo o para mostrar su escote. Ambos estaban nerviosos, pero ella dominaba la situación.

–¿Vienes mañana? –le dijo Juan Manuel con sumisión.

–Seguro que sí –respondió ella–, por la tarde.

En el muchacho se avivó la esperanza. La vi en sus ojos y lo noté en sus visajes. El puño de su mano se estrelló suavemente contra la palma de la otra en un ademán de triunfo. Se sonrió suavemente, hasta que su expresión se convirtió en un gesto amplio y franco.

Por la conversación supe que íbamos para su casa. Juan Manuel se devolvió casi saltando y, desde la ventana, nos siguió con la mirada. Nosotros seguimos caminando con paso rápido. Me apretó nuevamente contra su pecho, tan fuerte que escuché el poderoso "pum pum" de su corazón y el correr de la sangre en sus venas con el tropel que produce la corriente de un río crecido. Suspiró con profundidad. Otra vez suspiró, profundo y entrecortado. Fue entonces cuando comprendí que estaba equivocado. La primera vez que me apretó contra su pecho creí que era ternura, pero no; aquella vez, como ahora, era deseo. Me di cuenta que sus pezones erectos habían vencido la presión del sostén y se insinuaban por encima de la blusa. Unos cuantos pasos más y estábamos abriendo la puerta de su casa.

No puedo decir que entramos de manera subrepticia, pero si

procuramos el silencio y la rapidez hasta llegar a su cuarto. ¡No había nadie en la casa! ¡Estábamos solos! En el cuarto no había ojos como los míos ni grandes y almendrados como los suyos que nos fisgonearan.

Me tiró sobre su cama. Trató de cubrirme con su cobija, pero no lo logró. No entendí por qué, aun dentro de su cuarto, quería esconderme. Me sentí mal. Esta actitud me confirmó la primera impresión que tuve cuando nos encontramos. No comprendía su temor si en la casa no había nadie, tal vez lo hizo para que no la viera desvestirse. Pero la vi. Sí, la vi. Sus senos firmes y generosos, de oscuros pezones, me rozaron cuando puso su blusa y su sostén en una canasta plástica que estaba al otro lado de la cama. Muy tenuemente arrastró sus senos sobre mi piel, como una caricia hecha con una pluma. La miré golosamente. El aire adquirió una fragancia suave y dulce a nuestro alrededor.

Después... el pantalón. Se lo quitó rápido y me mostró una pequeña cintura, unas fornidas caderas, unas piernas rectas y la masa redonda y musculosa de sus nalgas, que se abrieron cuando se agachó a recoger del suelo el panty caído. Estaba desinhibida, sin recato. Me ignoraba deliberadamente. La vi totalmente desnuda. Su ombligo, un hoyo profundo y perfecto, rodeado de vellos escasos y brillantes. Su pubis, totalmente rasurado el vello, terminaba en un pequeño abultamiento dividido por un gran surco que se perdía en la profundidad rosada de sus carnes. Se pasó la mano de abajo hacia arriba y comprobó su humedad. Olió. Ansiosamente busqué sus senos y obtuve un encuadre de todo su cuerpo en un solo golpe de vista. Observé su venusiana desnudez, como quien contempla un cuadro: con imaginación, con fantasía. Cogió sus sendos senos y los sopesó frente al espejo, intentó lamerlos, pero no los alcanzó. Miró al frente y su reflejo le devolvió una mirada coqueta y un manoteo de pasarela. Se sonrió con picardía.

Tocó sus manos, sus pies, su pelo y sus labios. Palpó sus senos, sus ingles y sus piernas. Llenó su boca y penetró sus pliegues húmedos, lentamente el agua fue recorriendo todo su cuerpo. Las gotas de agua le resbalaban despacio cuando salió del baño. Se secó frente a mí. Se puso un camisón amplio y muy corto que solo la cubría desde los hombros hasta el ombligo. Luego, me agarró con energía, se paró frente al espejo y mientras se arreglaba el pelo me puso entre sus piernas. Era una posición rara para mí y tal vez nueva para ella, pero afronté la situación con entusiasmo. Mi piel con su piel tibia y blanca. La suavidad de su pubis recién rasurado. La leve presión de sus carnosas piernas y ese aroma... Era un olor fresco y nuevo. Era una esencia limpia y tierna. Sus piernas empezaron a temblar, se agarró del tocador para no perder el equilibrio y, cuando terminó, me sostuvo entre sus manos para que no me cayera. Y nos fuimos a la cama, pero inmediatamente la llamaron.

–Helena, el almuerzo está en la mesa.

Ella no se sorprendió. Yo, en cambio, me asusté cuando escuché la voz. Había creído que estábamos solos. Me soltó rápidamente. Se puso el complemento del camisón, tomó el celular del peinador y se fue.

El piso de baldosas blancas y lisas. Las cortinas de un verdoso transparente y las paredes... ¡Oh sorpresa! Unos ojos me observaban con actitud agresiva y desafiante, mientras que otro hombre se sonreía y, cuando Helena cerró, el rostro dulce de una cantante latina de pop apareció detrás de la puerta. Plasmados en el papel en un instante eterno de agresión y de alegría, todos parecían felices de estar colgados en este cuarto. También yo ya lo estaba.

Helena volvió. Aseguró la cerradura. Abrió la ventana. La claridad fue mayor y un ramalazo de aire fresco le sacudió algunos cabellos. Otra vez la voz.

–Después del almuerzo no puedes estudiar, prender el computador ni hacer nada –le advirtió perentoria.

–Ya lo sé mamá –dijo contrariada.

No íbamos a hacer nada. Obedeció. Me apartó de un manotón y luego se durmió a mi lado, no supe por cuanto tiempo.

Dos golpes en la puerta y el llamado para que recibiera el celular, que había dejado olvidado en el comedor, la despertaron.

–Te llama Susana –dijo la misma voz.

Helena se levantó y abrió la puerta no más que lo necesario para que entrara la mano y entregara el teléfono. Agradeció con voz perezosa y volvió a la cama conmigo. Hablaban de mí.

–Ni lo he tocado –le dijo mientras me miraba. Me manoseó intencionalmente–. No, no he podido. Después te llamo y te cuento dijo.

Colgó y tiró el pequeño aparato en la cabecera. Me pareció que tenía la costumbre de tirarlo todo. Enseguida se dispuso con decisión para nuestro encuentro más íntimo. Yo deseaba mostrarle todo lo que sabía sólo si ella me lo permitía, pero fue Helena quien tomó la iniciativa, no podía impedirselo. Se acomodó en la cama y acarició todo mi dorso lentamente, de abajo hacia arriba. Suavemente. Parecía indecisa. Al cabo de unos segundos se resolvió y me volteó. Cuando me descubrió totalmente, su boca se abrió por la sorpresa, pero se fue cerrando gustosa y lentamente mientras me acometía de lleno. Me contempló parte por parte, me sobó trozo por trozo con su delicada mano. Me tocó por todos los lados con insistencia y con curiosidad. Sus dedos se desplazaban con rapidez, era muy hábil en esto, parecía que estaba acostumbrada a hacerlo. Se enderezó y me subió hasta la altura de sus senos. Accedí inmediatamente a su insinuación. Después

quiso intentar otra posición. Ahora en el piso, yo debajo y ella encima. Frente con frente. Sus movimientos eran pocos y lentos, sólo sus piernas se movían de abajo hacia arriba pero no su cadera. Le recomendé un movimiento circular. Ella disfrutaba, en su cara había una sonrisa de placer, pero no me dijo nada. Ni una palabra, ni un quejido. Era muy silenciosa. De pronto suspiró profundo y se estremeció. Se quedó quieta. Después de un rato volvimos a la cama. Me acomodó otra vez entre sus piernas y empezó nuevamente a recorrer todo mi cuerpo con su mano suave como un soplo. Entonces la puerta se abrió y su madre se adentró unos pasos. La reconocí por la voz. Conmigo fue indiferente ni siquiera me determinó, como si no existiera. Nos miró sin sorpresa, más bien con aprobación.

–Pensé que te habías dormido –le dijo.

Helena no respondió. Sintió temor. Lo percibí cuando me soltó lentamente, pero lo escondió en una mirada de inocencia.

–¿Vas a salir? –preguntó su madre con cariño.

–Hoy no, pero mañana sí, por la tarde. Voy donde Susana, ¿me puedo demorar? –su voz fue suave y dócil.

–Sí, ven antes de las siete a comer –le dijo. Nos volvió a mirar con naturalidad y se fue.

Volvimos a nuestro ejercicio con más tranquilidad. Y más ganas.

Rato después, cuando Helena consideró que había sido suficiente, se levantó y llamó a Susana. Marcó, puso el celular en altavoz y lo dejó en el peinador. Ya satisfecha, perdió toda preocupación por ocultarme.

–No me pareció tan bueno –le dijo a Susana. Me miró con indiferencia y sin reato. Yo pensaba que había hecho un buen trabajo. Estaba

sorprendido—. Me parece como muy viejo.

—Sí, tal vez. Pero a mí me enseñó mucho. Póngale imaginación —le contestó Susana.

—No sé... Además, tiene poco color y es muy elemental —dijo esto mirándonos alternativamente a mí y a su réplica en el espejo, sin dejar de arreglarse el pelo con un peine dorado de dientes grandes.

Me sentí decepcionado.

—Tú lo que querías era pura pornografía —le respondió Susana—. Te voy a dar las direcciones de unas páginas en internet, allí se puedes encontrar de todo y hay para escoger movimientos, posiciones y tamaños, como en las películas.

Helena le contestó que tenía computador, pero todavía no tenía internet y tiró el peine sobre la cama.

Susana le prometió que el lunes me cambiaría por una revista mucho más explícita. ¡Qué desencanto! En la oscuridad de un morral, camuflado entre otros libros y cuadernos, espero resignado a que llegue el lunes.

REFLEJOS

Franciny Torres Corrales

Renata Armenia

Aquí estoy otra vez, con mis treinta y tantos años de madurez encima, en el bar *Deep Purple*. Estoy tomándome una cerveza y esperando a la víctima de hoy. No sé hasta cuándo pueda seguir haciéndolo, pero si no me faltan las fuerzas, lo disfrutaré y lo recordaré como si fuese la primera vez.

¡Ahí está! Acaba de sentarse en la barra. No me fijé cuándo llegó y esa luz de neón no me dejó verle el rostro. Pero a juzgar por el rojo y entallado vestido que le llega a media pierna, y ese cabello suelto, lacio y largo hasta la cintura, debe ser bellísima. ¡Oh sí!, ya me la imagino, acercándome a su oído y ofreciéndole una copa en un susurro. Ella voltea sonriente, con un movimiento afirmativo, comenzando así una larga noche de pasión y sexo. Esto precedido por el golpe fatal.

No aguanto más. Me acerco a ella por la espalda y le ofrezco una copa en un susurro. Ella voltea sonriente y queda estupefacta...

—¿Andrew?! —grita sorprendida.

—¿Mamá?!

LA ESTAFA

Diana Verónica Méndez Sánchez

Renata Valledupar

Esperaba con ansiedad su vuelo a Sao Paulo imaginando la nueva vida que tendría al lado de Antonio, quien la esperaba desde hacía dos días. Por fin quedaría atrás aquella vida llena de zozobra y miedo que le había tocado vivir a causa de su trabajo. Aunque su felicidad era notoria, se sentía también agobiada por aquella última oferta que el día anterior acababa de rechazar y que le habría podido dar una gran recompensa y brindar una vida mucho mejor en compañía de Antonio.

De pronto, sus pensamientos fueron interrumpidos por el aviso para abordar al avión y de nuevo sintió aquella alegría que le había producido todos sus sueños al lado de aquel hombre, a quien en verdad amaba y admiraba profundamente. Tomó su equipaje, entregó el pasaje y pasó directamente al avión. Allí se ubicó en su puesto y empezó a leer la revista *Vanidades* del último mes. Al rato sintió que alguien se acercó y se sentó en el puesto que estaba a su lado. Interrumpió su lectura para ver con quién compartiría el largo viaje y vio que era un hombre, que le sonrió y le dijo amablemente:

–Ya que vamos a ser compañeros de viaje, mucho gusto, me llamo Maximiliano Ceratti.

Él le estiró la mano y ella, en ese momento, recordó haber escuchado el día anterior ese nombre cuando le encomendaron la misión de una estafa millonaria a un gran magnate. Ella había sido contratada gracias a su belleza,

encantos y, sobre todo, su astucia para realizar lo que sabía hacer muy bien. De repente ese recuerdo fue detenido por la voz de aquel hombre que le preguntó:

—¿Y tú?

INFIDELIDAD

Eduardo Tovar Murcia

Renata Neiva

La mujer está recostada sobre la cama. Con la mano derecha se apoya sobre la almohada y con la otra sostiene la sábana blanca que rodea su cuerpo. El silencio es absoluto. Las ventanas están cerradas y las cortinas extendidas; la puerta asegurada con llave desde adentro. El sonido turbulento del agua se escurre por entre el sanitario rompiendo el silencio. Aún el joven no sale del baño. Sigue allí, impávido, resignado, mientras observa su imagen en el espejo, pensando: "Maldita, maldita", como recriminando al objeto inanimado la proyección de su rostro, que le recuerda dos veces su error. La mujer habla con voz monocorde, opaca.

–Báñate rápido. No te demores.

El joven no responde. Ella vuelve a hablar; esta vez en tono más enérgico.

–¿Sí me escuchaste, jovencito?

–Sí, señora –sale del baño y espera de pie, bajo el arco de la puerta, a que ella diga algo.

La mujer lo observa directo a los ojos. Él rehúye su mirada, baja la cabeza e intenta abrir la puerta del cuarto, pero no lo consigue.

–Está cerrada –dice la mujer–. Espera, ya te paso la llave.

Se levanta de la cama y deja caer la sábana quedando

completamente desnuda. El joven no le quita la mirada cuando ella saca de la mesa de noche una llave cromada que le extiende para que abra. Mientras lo hace le habla al oído.

–¿Ya estás mejor? ¿Más tranquilo? Mira que no ha pasado nada. Todo va a seguir bien.

–Ajá. Yo sé –dice, sabiendo que esa es la única respuesta que ella acepta. Queda en silencio. Tras recapacitar, añade–: Aun así, no está bien.

–Sí, está bien. Es lo más normal.

–No lo creo.

–Créeme, por favor, de verdad.

–No.

–Es en serio. Está bien. No te preocupes, mi niño.

–En fin, como tú dig...

Ella lo besa en los labios antes de que termine la frase. Con las manos va recorriendo poco a poco el cuerpo sedoso del muchacho, hasta llegar a sus nalgas.

–Quiero salir –dice el joven luego de apartar sus labios de la cara de la mujer.

–¿Es que ya no me quieres? ¿Ya no me deseas? –pregunta ella.

Él la observa detenidamente. Detalla su rostro revestido por largas arrugas que le surcan los labios y la parte alta de la frente. Sus labios están cuarteados, decolorados hace ya mucho. Por último, detiene su mirada en los ojos inexpresivos, marchitos, que no transmiten ningún sentimiento.

–No puedo seguir con esto. No es correcto.

–Déjate de tonterías, ¿quieres...?

–Es la última vez que vuelve a ocurrir.

Él queda en silencio, observándola con odio, sin poder entender cómo dos meses atrás había aceptado la propuesta de aquella mujer.

–No me hagas esto... ¡Yo te amo! –exclama ella en un tono que se parece al llanto.

–¡No digas idioteces! –grita el joven luego de cerrar la puerta tras de sí, sin dejar de pensar en las consecuencias de lo que acaba de hacer, pero a la vez tranquilo de no seguir traicionando a su padre.

VII

APRENDIENDO A NO ENSEÑAR

Sergio Álvarez Guarín

¿Se enseña o se aprende cuando uno se sienta frente a un supuesto alumno? ¿Se crea o se encuentra o, incluso se saquea, cuando uno camina por una tierra donde las historias que lo marcan copan las calles, los bares y las casas? Estas dos preguntas me asaltan siempre que el avión empieza a descender y por la ventanilla veo un pequeño aeropuerto abandonado en medio del verdor tropical. Después viene el golpe del calor, el aire húmedo, los policías desconfiados y los inevitables cárteles con las fotos de los mafiosos, los guerrilleros y los paramilitares "más buscados" en cada región. Se ven esos cárteles, las caras de gente que podría ser el papá, el tío o el primo de uno y se siente un inmenso vacío porque faltan los políticos y siempre es desolador confirmar que una lista está incompleta.

Los cárteles se olvidan porque aparece el anfitrión amable, te ayuda hasta con la maleta, te saca del aeropuerto y consigue que el carro empiece a romper el calor para ir a una ciudad donde cada persona es una historia, una historia tan intensa que no le permite a quien la vive siquiera respirar ni, mucho menos, reflexionar sobre lo que le ocurre. Se siente felicidad, pero también se siente vértigo porque ya es inevitable enfrentar a quienes esperan que uno les enseñe cómo atrapar aquella historia. No es un trabajo fácil. Desde que algún dios enloquecido creo este mundo, las historias son más que abundantes, pero encontrar un modo de contarlas es agotador porque las historias no son simples reconstrucciones de hechos, sino que son la cara visible de algo mucho más profundo: algo que tiene que ver con la poesía, con el amor, con el miedo, con la muerte e incluso con el carácter voluble de ese dios del cual ni siquiera sabemos si en verdad existe.

Y hay más lío. Las historias no sólo deben ser contadas, deben contarse con belleza; nadie quiere oír hablar sobre lo que vive como él mismo podría hacerlo, quiere oírlo o leerlo como él sería incapaz de contarlo. O sea que quien aspire enseñar a escribir, en realidad aspira a enseñarle al alumno lo imposible. Pero en la tierra estamos y si hay quien cree que el mundo tiene arreglo, hay quien cree que se puede enseñar a escribir. Y hay quien, como uno, lo intenta. Así que después de caminar por esas calles donde la vida no sólo fluye sino que se exhibe sin pudor, después de ver los niños intentando venderte una mercancía invendible, después de aguantar la irrupción del ruido y los motores en ciudades fundadas donde antes sólo hubo una selva, uno llega a un salón silencioso donde algunos lo miran con ilusión y otros lo miran con desconfianza.

Y ante ese pánico escénico, se confirma que uno ha escogido una profesión suicida y que sólo cuenta con una herramienta para enfrentar la vida: la palabra. Y vuelve y se entiende el valor de nombrar las cosas o los sentimientos, el valor de contar lo ocurrido cada día y el valor de hacerlo de manera personal. Uno habla de su experiencia, describe las técnicas propias, confiesa las motivaciones personales e incluso se ríe y asombra y hasta habla de más o discute o contradice. Pero, por más que consiga la comunión con los oyentes, por más que haya preguntas bien atendidas o incluso anécdotas enriquecedoras, se termina por concluir que a escribir no se puede enseñar y que si se fuerza la maquina, más que dotar al otro de una voz, se corre el riesgo de mutilarlo.

Así, que no queda más opción que volver a lo ancestral, que convertir el solemne salón en la vieja pradera donde alrededor de una hoguera se hablaba de la caza o la pesca del día, y donde los ancianos exhibían su experiencia y los jóvenes alardeaban de su temeridad. El truco de la hoguera es en últimas lo que en verdad hacemos; aunque la ciencia se pueda sentir orgullosa de los avances que ha alcanzado y el mundo esté lleno de

prodigios, seguimos siendo los mismos cavernícolas asombrados por la erupción de un volcán. La palabra nos ha separado de la esclavitud de la biología y nos ha alejado de los instintos animales, pero también nos hace regresar constantemente al ser primitivo que perdura dentro de cada uno de nosotros, nos hace volver a los mitos y nos convierte de nuevo en monos asustados.

La literatura es oficio, es cultura, es dedicación, es curiosidad, pero, sobre todo, es magia. Escribir es crear pero también es recrear y es hallarse a sí mismo y olvidarse de la sensación soberbia de creer que uno sabe quién es. Un hombre puede hablar mucho sin tener una voz propia y para encontrar esa voz tiene que bucear sin compasión dentro de él y dentro del mundo que lo afecta. La buena literatura no nos cuenta lo desconocido, nos cuenta lo conocido, sólo que de otra manera. Tan sólo eso puedo decir. Lo demás, son lecturas, experiencias compartidas y enseñanzas que, en una ecuación injusta, hacen que los talleristas se queden con un poco de lo que uno ofrece y uno a cambio se lleve la suma de lo que cada uno de ellos ofrece. Una paga más que generosa por haberse atrevido en unas pocas horas a ejercer de chaman de la tribu.

SUBCONSCIENTE

David Galeano Puche

Renata Cereté

Estoy en el paradero esta noche, como de costumbre. Hace mucho frío y mis padres aún no llegan. Papá recoge a mamá primero y después pasa por mí. ¿Por qué tardan tanto?

He escuchado a la gente decir que este paradero es peligroso, pero es el más iluminado que hay por estos lugares. La niebla está más densa que nunca y confieso que estoy muy preocupada. A lo mejor mis padres se tardarán, así que tendré que procurar otro transporte. Tomaré un taxi.

Al llegar a mi casa no hay nadie, ni siquiera la servidumbre. Subo a la alcoba y escucho un grito que viene de la habitación de mis padres. Corro y abro la puerta; papá está sentado en el piso con las manos ensangrentadas y una mirada oblicua. Mi madre está tirada desangrándose junto a un cuchillo. Quedo anonadada y no sé qué hacer; tiemblo de miedo ante la escena. Cierro los ojos porque no quiero ver más. Cuando los abro, me encuentro en mi cama y todo está a oscuras. ¡Qué mal sueño! Me levanto a tomar agua para pasar el susto.

Durante el día todo transcurrió normalmente. Fui a la escuela y de nuevo estoy aquí, de noche, en el paradero, como de costumbre. Hace mucho frío y mis padres no llegan. He escuchado a la gente decir que este paradero es peligroso, pero es el más iluminado que hay por estos lugares. La niebla está más densa que nunca y confieso que estoy muy preocupada.

A lo mejor mis padres se tardarán demasiado, así que tendré que tomar otro transporte. En este instante pasa un taxi y lo paro.

Al llegar a mi casa no hay nadie, ni siquiera la servidumbre. Subo a la alcoba y escucho un grito que viene de la habitación de mis padres. Corro y abro la puerta: mi madre está sentada en el piso con las manos llenas de sangre y mi padre desangrándose junto a un cuchillo. Quedo anonadada y no sé qué hacer. Tiemblo de miedo ante la escena. Cierro los ojos porque no quiero ver más. Cuando los abro, me encuentro en mi cama y todo está a oscuras.. Me levanto y corro hacia la habitación de mis padres. Sin lugar a dudas, todo se encuentra bien.

En la mañana saludé a mis padres y todo transcurrió normal. Me fui a la escuela y de nuevo estoy en el paradero esta noche, como de costumbre. ¡Qué extraño! Hace mucho frío y mis padres no llegan. He escuchado a la gente decir que este paradero es peligroso, pero es el más iluminado que hay por estos lugares. La niebla está muy densa y confieso que estoy muy preocupada, más que nunca. A lo mejor mis padres se tardarán demasiado, así que tendré que procurar otro transporte. Tomo un taxi.

Al llegar a mi casa, mis padres están tirados en la entrada de la puerta, acuchillados. Quedo anonadada y no sé qué hacer. Tiemblo de miedo ante la escena que veo. Cierro los ojos porque no quiero ver más. Sólo espero que todo sea un sueño más. Cuando los abro me encuentro en una habitación sin poder moverme. Veo a dos hombres con batas blancas. Quiero preguntar dónde me encuentro, qué ha pasado, pero no puedo hablar. Pasa el tiempo mientras entran y salen personas.

–Se ha quedado sola. Será muy triste cuando reaccione y sepa lo de sus padres.

–Tendrá que resignarse. Esperemos que todo salga bien en la operación reconstructiva.

–¡Qué accidente tan terrible, Dios mío!

ÚLTIMO BLUES

Mario Alexander Ibáñez Suárez

Renata Florencia

Qué me iba a imaginar semejante enredo esta mañana cuando desperté. Quedé sentado de golpe al ver el cuerpo: ya estaba frío, un frío como de que hacía seis horas se le había ido el alma; pero aún frío y tieso, era un cuerpo hermoso.

Miré alrededor tratando de entender, de recordar. "No tengo ni idea de lo que sucedió, ¿ahora qué hago?, ¿qué hora será?". El reloj que está colgado en la pared marca casi medio día. Veo nuevamente el cuerpo, no hay sangre por ningún lado y tiene una sonrisa congelada en su rostro como si hubiera estado tranquilamente esperando su muerte.

Doy un vistazo nuevamente: es un cuarto igual a cualquier otro. Trato de encontrar una pista, una señal que me aclare lo que sucedió o simplemente de no ver más el cuerpo, pero el silencio me trae nuevamente a esta cama donde sólo estamos el cuerpo y yo.

Miro el reloj, son casi las tres de la tarde; estiro el brazo y cojo de la mesa de noche el paquete de cigarrillos –siempre fumo cuando tengo que ordenar mi cabeza–. Cigarrillo tras cigarrillo trato de encontrar las razones; no entiendo; los recuerdos se me escapan; entonces cierro los ojos y la nada aparece lentamente entre las notas de este vacío.

Son casi las seis de la tarde, el tiempo se va tan rápido. Siento ganas de tomarme un café, me levanto para buscar la cocina, doy una vuelta como reconociendo lo que ya conocía. Regreso al cuarto, prendo otro cigarro y

todavía no sé qué hacer.

En el reloj son como las ocho, cerca de la puerta veo un viejo tocadiscos, me acerco, tiene un disco puesto en el tornamesa, bajo la aguja y el LP empieza a girar lentamente; poco a poco el blues llena el cuarto. "Billie Holliday" pienso y de manera instintiva regreso a la cama. Me acomodo lo mejor que puedo al lado del cuerpo, se me hace tan familiar esa cara, ese cuarto, el blues... el brinco de la aguja sobre el acetato me devuelve a la cama, al cuerpo.

Es casi media noche, el cuarto se llena de silencio, prendo otro cigarrillo o eso creo, siento un escalofrío, una sensación de vacío que me inunda, todo se vuelve tan vago. Me siento tan liviano, como si pudiera observar las cosas desde arriba.

Veó sobre la mesa de noche un paquete de cigarrillos aún sin destapar y el libro que ayer había terminado de leer; en el piso, el disco roto de Billie Holliday y un frasco vacío; y sobre la cama, sosteniendo en su mano una hoja arrugada, como aferrándose a la nada, mi cuerpo.

EL ROSTRO DEL LADRÓN

Ignacio Izquierdo

Renata Cereté

I. Clara

Había tenido el mismo sueño casi todos los días durante los últimos dos años. Aquello comenzó un día después de la muerte de su mamá en un accidente de tránsito, y meses más tarde se acostumbró tanto que se extrañaba el día que no lo soñaba: un tipo entraba a su casa con la cabeza cubierta, merodeaba por las habitaciones y, en un forcejeo, la apuñalaba con una navaja. Mientras caía, él se quitaba el pasamontañas y la llamaba por su nombre.

Fueron dos años de visitas a psicólogos, brujas, astrólogos, místicos y charlatanes tratando de encontrar alguna explicación a ese sueño que no la dejaba vivir en paz, pues consideraba que era la causa de que sus amistades o relaciones no duraran mucho. Su estado de ánimo raras veces era bueno, se irritaba por todo y por nada, y en las últimas semanas prefería andar siempre sola.

II. Jordi

Su estómago le reclamó algo de comer. Llevaba todo el día caminando sin parar y no había probado nada desde el incipiente almuerzo del día anterior.

Un pequeño Chevrolet modelo reciente seguido de un Nissan de alto cilindraje pasaron lentamente por su lado. Desde metros antes adivinaba las marcas o modelos de los carros que se le aproximaban. Casi nunca fallaba

en ese ejercicio que le había aprendido a su padre, un excelente mecánico que murió dos años atrás atropellado por un bus de servicio público que se quedó sin frenos. Lo único que le dejó fue esa habilidad para reconocer los autos con sólo escucharlos.

Buscó mecánicamente en sus bolsillos, pero el dinero del último trabajo se había acabado. Él ya lo sabía y sólo pretendió engañar con su gesto aquella sensación de inseguridad que lo desgarraba.

Se detuvo por unos segundos y miró hacia todas las direcciones. Una campana sonaba a lo lejos. La noche se anunciaba con las luces del alumbrado público y el frío empezaba a llegar en pequeñas ráfagas.

Caminó por dos minutos más y entonces otra calle se abrió a su derecha. Un impulso superior a su deseo de caminar en línea recta lo hizo voltear hacia esa nueva dirección.

III. El encuentro

En plena esquina se produjo el encuentro. Jordi había bajado un poco su mirada. Pensaba en tantas cosas al tiempo que no podía organizar bien su mente. Un Willys bastante antiguo cruzó dejando una estela de humo.

–El secreto está en cómo trabaja el motor –dijo Jordi sin mirar el carro.

Ella también venía distraída y tampoco pudo eludir el destino. Los dos cuerpos se encontraron como péndulos que coinciden en trayectoria contraria y allí se produjo la chispa: Jordi levantó la mirada para ofrecer disculpas y se encontró con una cabellera alborotada, unos ojos encendidos y un gesto mortal de inocencia en la cara de una mujer que creyó conocer pero que veía por primera vez.

Ella lo miró detenidamente: un flaco de metro ochenta, ojos claros,

cabello corto y lacio, metido en una camiseta de marca, bastante usada, jeans desgastados de fábrica, tenis Adidas. Trató de decir algo pero un silencio llenó todas sus ideas con el rostro del joven que tenía frente a ella.

Ambos se disculparon por el descuido. Una sonrisa compartida los lanzó a una presentación en la que las manos sobraron.

–Espero que no se haya dañado nada en tu bolsa –dijo Jordi con voz temblorosa.

–No te preocupes. Todo está bien –dijo Clara fijándose en el nerviosismo del él.

–Mi nombre es Jordi –habló él mirándola directo a los ojos.

–Me llamo Clara Godoy –respondió ella acomodándose el bolso.

–Es raro encontrar a una mujer tan bella caminando sola por aquí – exclamó Jordi con una sonrisa medio nerviosa y medio pícara.

Ella sonrió y por dos segundos pareció pensar lo que diría.

–Eso no tiene nada de raro. Además, a veces es mejor andar así.

Luego, un silencio floreció entre los dos y Jordi no supo qué hacer para seguir hablando con ella. Clara dio tres pasos hacia el frente y con un simple "hasta luego" pareció echar agua al incendio. Jordi dio media vuelta para acompañarla y ella se dejó acompañar.

Jordi se lamentó por no tener ni un solo peso para invitarla a un café. Se sintió miserable. En la caminata compartieron varios comentarios sobre el trabajo de Clara y lo saludable que era caminar.

Entonces ella le dijo que debía entrar a un almacén. Él entendió que se estaba despidiendo y con un impulso que apareció de la nada se atrevió a

preguntar:

–¿Cuándo podemos volver a vernos?

Ella rebuscó en su bolso y le extendió la mano con una tarjeta. Jordi pensó que era una manera de establecer con él una relación netamente profesional. No hubo mayores despedidas, simplemente las miradas que se desligaron.

VI. El trabajo

Esa misma noche, Jordi se preparó para otro trabajo. Llegó a un sector de la ciudad donde los edificios se veían bastante elegantes. Se demoró un buen rato escogiendo una casa. Al final se decidió por una pequeña de ventanas aún decoradas con luces de Navidad.

A simple vista el asunto no presentaba dificultades. Esperó que apagarán las luces y se fue por la parte trasera. Trepó una pared de dos metros. Logró abrir una puerta y entró. En ese instante escuchó que pasaron dos Mercedes Benz, uno detrás del otro.

Dentro de la casa la penumbra era fría, espesa. Encendió su lámpara de mano y revisó con cuidado la sala y dos habitaciones. No buscó en la cocina. Tenía prisa y creyó poco probable encontrar algo de valor ahí.

Cuando quiso entrar en el último cuarto, algo lo impulsó a retroceder. Nunca había sentido miedo en sus trabajos pero esta vez percibió un hueco en el alma, un palpito de algo malo. Sin embargo, su necesidad de dinero para invitar a Clara fue más fuerte. Una luz pasó por la calle. "Un Chevrolet", pensó Jordi mientras entraba en el cuarto.

La puerta no tenía seguro pero al abrirla intentó hacer un chirrido que se ahogó con el ruido de otro carro al pasar. "Una Ford Explorer" se dijo

mentalmente mirando a la persona que dormía. La claridad de la Ford dejó ver que era una chica.

Nuevamente en penumbras, Jordi trató de encender su linterna pero no se percató de que la mujer que creía dormida se le abalanzó con un objeto en las manos. Sintió el golpe en la nuca pero no fue contundente y por eso él alcanzó a reaccionar. Por instinto sacó su navaja y lanzó un fuerte puñalazo.

La navaja entró en el vientre de la mujer justo en el momento en que otra luz de automóvil llenó de claridad el cuarto y alcanzó a iluminar el rostro de la chica.

Una fuerte sensación recorrió a Jordi. Aflojó el arma y la mujer cayó lentamente. Alcanzó a quitarse su pasamontañas y gritó el nombre de Clara mientras se arrodillaba y abrazaba a la chica moribunda.

En su último aliento, Clara alcanzó a decir:

–Sabía que debía ser así. Lo único que siempre le había faltado al sueño era el rostro de la muerte. Ahora sé que es el mismo del amor.

Otra luz se aproximaba y esta vez Jordi no quiso saber qué clase de carro era.

EL DUELO

Carlos Andrés Sánchez Jaramillo

Cali

–Yo ya puedo morir tranquilo, ¿y usted?

–¿Qué?

–Que ya he hecho todo lo que quería hacer y puedo morir en paz.

–¿Qué está diciendo?

–No se haga el imbécil, le digo que puedo morir tranquilo y, usted, ¿puede hacerlo?

–Déjese de tonterías, mejor terminemos con esto de una vez por todas.

Mientras hablaban, uno de los hombres sacó de un estuche de madera una de las armas para el duelo. Un 38 largo especial, con cache de marfil y apliques de cobre. El tambor estaba arreglado para una única bala, una bala de plata. El otro hombre tomó mecánicamente del mismo estuche otro revolver idéntico al primero, pero con una munición de oro.

Se dieron la espalda. Cada uno caminó los diez pasos respectivos para alejarse del otro. Ambos se dieron vuelta y se miraron a los ojos. En cuestión de segundos dispararon sus armas exactamente en el mismo instante y, como si se tratase de una gigantesca, magnífica y gloriosa coreografía, las balas llegaron en idéntico momento a su meta.

La bala de oro atravesó y partió el corazón de su víctima, y cada una

de las mitades fue a parar a las profundidades del interior del cuerpo.

La de plata chocó contra la cabeza del otro hombre y siguió su viaje sin importarle el cráneo, atravesándolo sin problemas, para detenerse en un árbol lejano. Los sesos del desdichado también deseaban salir de ahí y acompañaron el proyectil hasta desparramarse por el lugar.

Ambos cuerpos se desplomaron sin vida al unísono y el lugar del duelo se llenó de olor a pólvora, carne quemada y del eco de los disparos. Nadie levantó los cuerpos y ahí se quedaron para siempre, pues los testigos del duelo y los mozos de armas huyeron espantados.

Las almas abandonaron sus cuerpos: una fue al cielo, otra al infierno. Pero entre el pánico de los presentes y la confusión, ninguna supo a qué cuerpo pertenecía.

EL SONIDO Y LAS OLAS

Nelson Congo

Renata Tunja

La amenaza llegó a nombre de Rubén Darío, el más calmado de los cinco patronos. Fechado tres días atrás, el sobre contenía una lacónica nota, la cual advertía que los iban a bombardear desde una avioneta. El hombre sintió un hormigueo en la lengua y un frío de terror le erizó toda su piel. Dos amigos y tres guardaespaldas que estaban ahí vieron cómo el rostro del patrón se transformó hasta alcanzar un color pálido. Uno de los amigos preguntó qué pasaba, pero Rubén Darío no pudo hablar; en respuesta estiró una mano con el trozo de papel y el efecto en el segundo hombre fue similar. El mensaje parecía contaminar con algún extraño virus a quien lo recibía, pues la reacción se transmitía de mano en mano como una epidemia instantánea.

–Esto deben saberlo los demás socios –dijo Rubén Darío.

Dos de ellos se encontraban en la zona minera y de inmediato envió emisarios para citarlos a una reunión de extrema urgencia. Luis Ernesto, el tercero, se hallaba en Bogotá y Juan Diego, el cuarto, estaba en una de sus haciendas en los llanos orientales. A los dos lejanos los contactó por celular para transmitirles la epidemia, pero quizás por la distancia y al no recibir directamente en sus manos el papel, el impacto fue ligeramente más suave.

Por su parte, José Albilio y Pedro Nel acudieron raudos al sorpresivo llamado de su socio y, cuando recibieron el papel, no pudieron ocultar el impacto, pues una amenaza de ese calibre jamás la habían imaginado. El

primero en exteriorizar una reacción fue José Albilio, quien se levantó, dio un puñetazo en la mesa y, tras vociferar algunas groserías, dijo que esa táctica de papelitos la utilizaban los cobardes y que al fin de cuentas de algo tendría que morir, por lo tanto él no le daba importancia.

Pedro Nel permaneció en silencio por algunos minutos, el frío del primer impacto se convirtió después en furia y finalmente dijo que debían analizar la situación con calma, pues no podían descuidar las tácticas de sus enemigos. Volvió a guardar silencio para hablar consigo mismo y se dijo que esa mina la defenderían con sus vidas. Cuando volvió a hablar en voz alta sólo dijo que esa gente tenía mucho dinero, mucho poder y eran extremadamente peligrosos, por lo tanto no debían tomar las cosas a la ligera. Tras la intervención de Pedro Nel, la reunión se dio por terminada y todos abandonaron el salón de juntas.

Cada uno de los tres empresarios, al salir del salón, le contó a su gente de confianza y el frío producto del impacto se expandió en tres direcciones diferentes. Los hombres de confianza lo contaron a sus amigos y pronto la amenaza recorrió caminos, se transmitió por celulares y en menos de una hora la multitud de gUAQUEROS que ese día estaban en la zona fueron invadidos por el pánico. La noticia hacía estremecer a quien la escuchaba porque todos sentían que podrían convertirse en víctimas, pues la fuerza destructiva de una bomba no discrimina a quién matar como sí lo hace una pistola o un fusil.

En esa multitud de miles de gUAQUEROS, un grupo numeroso opinaba que los patrones se merecían eso por ser tan corruptos y por todos los delitos que habrían cometido, pues tanta fortuna no se consigue en tan poco tiempo siendo honestos. También aparecieron los fanfarrones que hablaban duro para que los escucharan muchas personas, según ellos esa situación no les preocupaba y cuando llegara el día en que se escuchara el ruido de la

avioneta, se iban a subir a un barranco a divertirse mirando cómo esos ricos malnacidos corrían a esconderse llorando y pidiendo auxilio. "Ahí sí se va a ver qué tan machos son" decían y soltaban una carcajada. Entre los más escandalosos de estos fanfarrones había dos cuyos nombres eran José y Melquíades.

La ola de la amenaza siguió su recorrido y pronto llegó al sector del comercio. De local en local se fue transmitiendo vertiginosa. En pocos instantes los dueños de almacenes y restaurantes fueron víctimas de la epidemia. Ese frío que erizaba la piel los cobijó. Tan pronto superaron el impacto inicial comenzaron a planear la forma de sacar ahorros hacia la ciudad, por si las bombas destruían sus locales y sus mercancías. Desde ese momento los celulares repicaron en busca de opciones para depositar parte de las ganancias lejos de allí, ya que el panorama para el futuro en la zona minera se veía bastante turbio. Pero esos planes no traían total tranquilidad, pues el frío asustador se fortalecía al pensar que ellos o sus familiares podrían morir a causa de las explosiones.

Cuando la amenaza llegó a la escuela, la mayor parte de los niños no entendían muy bien qué sucedía, pero al ver la actitud de los adultos supieron que un gran peligro los acorralaba y también a ellos los afectó la epidemia de miedo. Los profesores pensaron en huir de inmediato, pero era sólo un rumor. Nadie sabía cuándo sucedería; es más, nadie sabía si realmente sucedería y ellos no podían justificar su abandono del trabajo por un simple comentario. De todos modos la escuela estaba lejos de la sede administrativa de la mina y aún más de la zona de explotación, ese hecho podría ser una protección. Pero aún así, en un bombardeo, los atacantes no se pondrían con consideraciones, por lo tanto el endémico frío también les erizó la piel.

En la capilla había, como de costumbre, personas orando. Gente de

todas las condiciones y edades aprovechaban la pausa en sus labores e iban allí a pedirle a Dios que les socorriera alguna esmeralda. Algunos pedían simplemente una morralla para sobrevivir y no faltaban los que pedían por su salud o por otras necesidades personales. La amenaza llegó hasta ellos. Sus corazones también se encogieron al sentir el frío que se apoderaba de quienes escuchaban el comentario. Sus plegarias continuaron, pero ya no sólo por la esmeralda, la morralla, la salud o cualquier otra necesidad, al lado de estos deseos también pedían que los librara de los efectos asesinos del bombardeo.

Los correccaminos, o muchachos encargados de ir por los túneles a surtir bebidas, almuerzos, herramientas o mensajes, fueron los encargados de llevar la epidemia a quienes laboraban en las profundidades de los frentes de trabajo. Todos los que ese día estaban bajo tierra se enteraron con una diferencia de escasos minutos porque con el almuerzo los alcanzó la ola de la amenaza. Debido a la temperatura de la sangre, la actividad muscular por el esfuerzo del trabajo y el constante estado de alerta que instintivamente se asume al sumergirse en las entrañas de la tierra, esta gente reaccionó con mayor fortaleza que si hubiera estado en la superficie; sin embargo, el terrorífico frío los hizo palidecer.

Hacia las siete de la noche el mensaje contenido en el sobre había llegado a oídos incluso de quienes durante el día habían estado aislados, pues la hora de recogimiento en su vivienda los puso en contacto con la estremecedora noticia.

Transcurrido ese primer día, la cotidianidad de la vida siguió con cada amanecer y cada atardecer, el estado hipnótico por la ilusión de hallar un destello verde en la negrura de la mina que los sacara de la pobreza no sufrió mayor cambio, pero el ambiente adquirió un matiz sombrío, aunque en realidad el sol lucía radiante y las aves seguían su vida de canto y vuelos

maravillosos. Las personas, cuando se miraban unos a otros o comentaban diversos temas, comunicaban algo más. De manera subrepticia, allí oculto bajo las palabras e incluso bajo las bromas, permanecía latente el temor a ser una de las víctimas del bombardeo.

Se volvió costumbre mirar al cielo de cuando en cuando en busca del aparato que traería la muerte. A veces un gallinazo en la plenitud de su magnífico vuelo era confundido con la aterradora figura de una avioneta distante y un corrientazo de alerta tensionaba los músculos y aceleraba la respiración, hasta confirmar el error de apreciación. El sorpresivo rugir de un motor también solía desatar el estado de tensión y de forma inconsciente las miradas se dirigían en primera instancia hacia el firmamento en busca de la aeronave.

Rubén Darío recibió el sobre con la amenaza el lunes en la mañana y esa misma tarde viajó buscando un poco de tranquilidad. José Albilio y Pedro Nel aún permanecían en la mina, y Juan Diego ya había regresado de los llanos orientales. Luis Ernesto seguía en Bogotá atendiendo múltiples negocios, de todos modos no tenía afán de regresar a la mina. Esperaría un par de semanas para ver cómo evolucionaban los sucesos. Los tres socios que se hallaban en la mina, cada mañana, compartían unos instantes para dialogar sobre distintos temas y luego partían a sus ocupaciones.

Llegó la mañana del viernes y los tres se reunieron unos minutos, como de costumbre, para analizar la situación. José Albilio ratificó que ese sistema de papelitos era sólo para infundir miedo, por lo tanto a él no le afectaba: había dormido muy tranquilo y lo seguiría haciendo. Pedro Nel mantenía su actitud de reserva. Juan Diego se mostraba temeroso pero el respaldo de los otros dos empresarios le infundía ánimo.

Ese viernes, como todos los días, el trabajo de los guaqueros comenzó tan pronto el sol brindó la posibilidad de desplazarse sin necesidad

de luz artificial. Minuto a minuto el ajetreo fue creciendo y, hacia las ocho de la mañana, una descomunal masa humana desataba toda su actividad en busca de las tan anheladas y esquivas esmeraldas que se hubieran podido escapar de la explotación oficial, especialmente de los frentes de trabajo a cielo abierto, donde los buldózers removían tierra y la lanzaban a la quebrada.

A las diez, el frenesí de guaqueros inundaba todo el sector. Una multitud de todas las edades, tanto hombres como mujeres de distintas creencias religiosas y diferentes niveles culturales, se mezclaban con un mismo fin. Algunos echaban pala con todas sus fuerzas tratando de sacar del agua la mayor cantidad de arena, pues mientras más arena mayores posibilidades de extraer una gema. Otros cargaban bultos de tierra para llevarla a la corriente de agua, la lavaban y la esparcían lentamente buscando el destello verde. Había muchos tomando algún refresco y, en diferentes lugares, había parejitas que cruzaban miradas coquetas o palabras propias del juego amoroso. Los compradores se ubicaban en lugares estratégicos para que los guaqueros les vieran sus ropas limpias y les ofrecieran las morrallas, las chispas o las esmeraldas finas que hubieran podido encontrar.

De pronto en el cielo despejado irrumpió un sonido espantoso. Entre los grupos de personas que habitaban la zona minera, el primero en captar el sonido fue el de los guaqueros. Sin embargo quienes estaban en el centro del fragor, en plena actividad, no lo percibieron al comienzo, pero quienes estaban alejados o en sitios de poco ruido lo identificaron al instante.

En la medida en que los oídos iban captando el inconfundible sonido de una avioneta, las miradas se elevaban hacia el sur y automáticamente los corazones quedaban sobrecogidos por el pánico. El terror se agigantaba al sentirse totalmente indefensos en ese enorme campo despejado. Aun así

hubo una estampida de miles hacia la montaña, carrera en la que muchos sufrieron heridas. Otros quedaron paralizados, entre ellos los dos fanfarrones José y Melquiades, quienes supuestamente se subirían a un barranco a presenciar el espectáculo. El miedo les aniquiló toda su fuerza y la única reacción que tuvieron fue sentarse a llorar.

El complejo administrativo estaba en medio del sector comercial y la capilla. El lugar destinado para el comercio quedaba en el costado occidental y la capilla en el oriental. Por ese motivo, el sonido de la avioneta llegó simultáneamente a los tres puntos. En el sector comercial, los propietarios de locales corrieron a cerrar las puertas con la esperanza de proteger tanto sus mercancías como sus vidas. Quienes tuvieron suficiente control tomaron el efectivo que había en las cajas y lo guardaron en sus bolsillos antes de correr a esconderse en los refugios previamente preparados para esa situación. Los clientes que había por allí se sintieron desprotegidos y corrieron despavoridos en busca de cualquier tipo de protección. Algunos la encontraron en los mismos locales donde los sorprendió el sonido. Hubo algunos comerciantes que, a pesar de estar preparados para el momento, al escuchar el sonido y la gritería de la gente quedaron paralizados, el terror se apoderó de todo su cuerpo y nada de cuanto habían previsto lo pudieron realizar.

El único de los cinco patrones que se hallaba en el complejo administrativo era José Albilio. Tras la reunión matinal había salido hacia su lujoso apartamento privado y en ese momento escuchaba música nortea a todo volumen, por eso no percibió el motor sino cuando la avioneta estuvo muy cerca. Al notar algo diferente corrió y apagó el equipo, pero su mente se negó a reconocer la fuente del sonido.

–Es imposible que eso sea una avioneta –se dijo. Cayó sentado en el sofá mientras se repetía en voz alta–: Ese es el motor de un camión; sí, ese

es el motor de un camión, es imposible que sea una avioneta.

Se cogió la cabeza a dos manos tapándose los oídos para ahuyentar el espantoso ruido. Recordó que los encargados de la seguridad habían ubicado diez francotiradores en sitios estratégicos y si eso tan extraño que se oía fuera en realidad el comienzo del ataque, ellos ya habrían actuado.

Los francotiradores a los que se refería José Albilio en sus pensamientos trastornados por el pánico estaban tan paralizados como él. Siete de ellos no se hallaban en el lugar que les habían destinado, pues su exceso de confianza les había dicho que un viernes en la mañana no sería una hora apropiada para que a alguien se le ocurriera lanzar un ataque desde una aeronave. Según ellos, las horas más apropiadas eran las de la tarde, y ese ataque llegaría en un día del futuro que se perdía en la nebulosa de la mente. Cuando percibieron el sonido, todo su mundo quedó en blanco y su reacción fue de parálisis.

De los otros tres que sí estaban en el lugar apropiado, uno no tenía su arma lista y de los otros dos sólo uno hizo disparos, pero al ser presa del pánico su puntería era un total desastre.

Por su parte el resto del personal que a esa hora se hallaba en la administración mostró un estado de confusión tal que las oficinas quedaron vacías con todas sus puertas abiertas, mientras ellos buscaron refugios donde el azar les permitió.

Quienes se hallaban en la capilla reaccionaron como una sola persona. Parecía como si de antemano se hubieran puesto de acuerdo. Debido al silencio del templo, todos comenzaron a escuchar el sonido tan pronto fue audible en ese lugar. Al comienzo fue suave e impreciso, podría tratarse del motor de un camión o algún otro vehículo grande, pero llegó el momento en que no cabía la menor duda, ese sonido era el que habían

esperado con tanto terror. Se miraron unos a otros sin parar sus plegarias. De pronto una señora se paró y comenzó a dirigir un rosario como si ya lo hubiesen acordado de antemano.

Todos los presentes completaban en coro las oraciones que la señora recitaba hasta la mitad. En la medida en que el sonido se acercaba, los corazones aumentaban la velocidad de sus palpitaciones. Quienes rezaban cerraron los ojos y cada vez respondían con mayor volumen la parte que les correspondía, tratando de anular el sonido del motor con el rosario. Pronto las lágrimas se mezclaron con las súplicas y los pensamientos se dirigieron vertiginosos hacia lo más querido de cada uno. Por la mente de los participantes desfilaron multitud de imágenes que se dibujaban en medio de la recitación de las oraciones. Su terror fue aún más sentido cuando escucharon la inmensa algarabía que llegaba desde el sur, allá en la parte baja donde la nube de gvaqueros vivía su propio estado de locura. Luego el sonido de unos disparos completó el clímax de confusión.

El último grupo de personas que fue alcanzado por el sonido fue el de la región norte, lugar donde se hallaba la escuela. En los tres salones la reacción fue muy similar, algunos niños comenzaron a escuchar y le gritaron a su respectivo profesor que se oía algo. Los dos profesores y la profesora detuvieron sus explicaciones casi en forma simultánea, los tres salones quedaron en absoluto silencio y a todos sus ocupantes se les comprimió el corazón. No había duda, ese era el sonido de la muerte. Los niños más pequeños que antes no habían entendido muy bien la causa del miedo de los adultos, en ese instante sintieron el terror en toda su intensidad al ver a los más grandes y en especial a sus profesores en actitud aterrorizada.

El espanto producido por ese motor se incrementó al escucharse algunos disparos. Por una reacción producto de la emoción, unos niños salieron corriendo al patio y otros, en busca de protección, se acercaron a

sus profesores, quienes habían quedado fuera de control: además de su propia vida temían por las consecuencias para sus niños.

Confiados en que las paredes de los salones serían suficiente protección, los docentes se quedaron allí abrazados a quienes se les acercaron; los niños que no alcanzaron a quedar pegados a sus cuerpos estiraron una mano con el fin de tocarlo y alcanzar a recibir un poco de protección.

Los estudiantes que salieron al patio, tan pronto vieron la aeronave, comenzaron a gritar en coro: "Ahí viene, ahí viene". Para los de los salones, esos gritos sumados al ruido del motor y a los esporádicos disparos fueron la confirmación de que había llegado el inminente final. Sólo un milagro los salvaría.

Decenas de miles de ojos, desde todos los puntos cardinales, miraban hacia la avioneta. Incluso algunos de los que estaban en la capilla rezando no pudieron evitar abrir sus ojos y mirar hacia donde se escuchaba el aparato que amenazaba la vida de todos. Los únicos que no fueron presa del pánico fueron los obreros que trabajaban a esa hora en las profundidades de la tierra, pues hasta allí no llegaba el terrorífico sonido. Sin embargo, en dos de los diez frentes de trabajo ocurrió que los encargados de recibir los carros llenos de tierra y llevarlos a la superficie para desocuparlos se encontraban afuera, muy cerca de la boca del túnel, y olvidando el carro que llevaban, corrieron a avisarles a sus compañeros que había llegado la hora del bombardeo. De todos modos quienes se encontraban en los sitios más profundos no se enterarían hasta muchos minutos después.

Los dos hombres que inicialmente corrieron a buscar refugio en los socavones y a avisarles a sus compañeros se enfrentaron a un gran dilema. Al ingresar se podían salvar del impacto de las explosiones, pero si las bombas destruían las plantas de electricidad que les daban la iluminación o

los compresores encargados de enviar aire a todo el complejo subterráneo, la muerte sería horrorosa. Las bombas también podrían destruir las entradas de los túneles y el riesgo de morir sepultados y asfixiados sería mucho mayor. La única ventaja era que sus cuerpos no serían desintegrados como sí ocurriría con los de la superficie.

Quienes miraban hacia la avioneta desde todos los lugares sintieron el culmen del terror, el grado más alto de pánico, cuando vieron salir de ella un objeto cilíndrico de color negro que empezó a caer.

El objeto lo lanzaron justo sobre las oficinas. Tras la enorme confusión originada entre los francotiradores al escuchar el inconfundible motor de la avioneta y el posterior avistamiento de la nave, tres de los ubicados en el sector administrativo se sobrepusieron, cogieron sus armas e incluso alcanzaron a hacer algunos disparos pero sin blanco definido. Sin embargo, al ver que el objeto venía hacia ellos, corrieron gritando y buscando refugio al igual que todos los que se hallaban en ese lugar.

Desde los cuatro puntos cardinales, los miles de ojos se concentraron en ese objeto que caía inexorablemente sobre la administración. Para esas miles de miradas el resto del mundo dejó de existir, incluso la avioneta dejó de ser importante. Los francotiradores que estaban más lejanos llegaron a soltar sus armas y quedaron inermes, hipnotizados por el poder de atracción del objeto cilíndrico.

Al tiempo con la aparición del objeto en el aire, todas las bocas fueron enmudeciendo. Incluso guardaron silencio los niños de la escuela que miraban todo desde el patio, en la loma. También enmudecieron los que rezaban. Podría decirse que durante esos segundos, en toda la mina, nadie pronunció una sola palabra, con excepción de quienes estaban en las entrañas de la tierra y desconocían el hecho. Sólo se percibía el sonido de la avioneta que ya había pasado por encima de la escuela y seguía su recorrido

hacia el norte. Éste parecía ser el único sonido existente en el mundo, pues los bulldózers que trabajaban a cielo abierto también habían paralizado su actividad y apagado sus motores. En el mundo se movían sólo dos elementos: la aeronave y el objeto de forma cilíndrica que ya iba llegando al suelo.

Finalmente el objeto cayó pero no explotó. Nadie se explicaba por qué. Era obvio que la bomba había salido defectuosa o quizás tardaría unos instantes en explotar. Algunas personas creyeron que ya estaban muertas y sus mentes seguían en este mundo. Transcurridos los primeros cinco segundos había quietud total. Cada quien escuchaba el latir incesante de su corazón que parecía querer salirse del pecho donde se agitaba. Pasaron diez segundos más y el suspenso se mantenía. Tras un minuto, en la zona sur, los guaqueros más osados comenzaron a moverse y, tras otro minuto, se oían comentarios: "Ya no va a explotar, ya pasó el peligro". Se fueron cruzando miradas con quienes estaban por ahí cerca; eran miradas perdidas que lo mismo expresaban felicidad o pánico. Incluso unos cuantos comenzaron a reír mientras otros lloraban sin saber exactamente por qué.

Lentamente la gente salió de sus escondites, los estudiantes gritaban "No explotó, no explotó" y los profesores soltaron lentamente a los niños que se habían refugiado a su alrededor. Los de la iglesia reanudaron poco a poco sus oraciones. En el sector del comercio se mantuvo el estado de silencio por más tiempo, mientras en medio de los guaqueros alguien gritó: "¡Nos mamaron gallo, se burlaron de todos nosotros!". Ese comentario se fue expandiendo como lo había hecho el mensaje del sobre y muchos hicieron bromas riéndose de la jugada tan impresionante que habían hecho los enemigos de los patrones.

Los grupos de obreros que trabajaban en las profundidades y habían alcanzado a enterarse prefirieron quedarse allá hasta que finalizara el

bombardeo, pero pasó el tiempo y no sintieron temblores ni vibración de explosiones. Llegaron a suponer que por estar tan profundos en la tierra nunca sentirían los efectos de lo que ocurriera en la superficie.

Quienes estaban en el sector de oficinas tardaron más en reaccionar. Algunos tuvieron la osadía de mirar hacia la avioneta cuando la nave dejó caer el cilindro y en esos momentos experimentaron la sensación de vivir sus últimos instantes en este mundo, pues la supuesta bomba caería muy cerca de ellos y todo quedaría destruido. Imaginaron que su muerte sería de lo más espantosa porque sus cuerpos quedarían desintegrados, pero al caer el objeto al suelo y no estallar, tuvieron un momento de respiro, pasaron varios segundos y dudaban si en realidad estaban vivos.

Durante el primer minuto vivenciaron una de las percepciones más extrañas de sus existencias porque literalmente el tiempo dejó de existir. Cinco minutos después se escuchó una pregunta. Alguien gritó desde su escondite si sería que eso explotaría cuando la gente se reuniera a su alrededor, pero nadie contestó.

Uno de los guardaespaldas de José Albilio que se hallaba detrás de un muro junto al apartamento del patrón fue el primero en salir de su escondite. Con pasos muy cautelosos, como si al pisar duro pudiera activar la bomba, analizaba cada lugar que iba apareciendo ante sus ojos. Buscaba ansioso el objeto y avanzaba como un gato a punto de sorprender a su presa. Salió hasta la cancha de microfútbol y cerca del arco norte vio un bulto envuelto en plástico negro. Apuntando con su pistola, como si un disparo lo pudiera proteger del latente peligro, se acercó con pasos aún más cautelosos. En medio de su aparente valentía, el miedo le afloraba por todos los poros.

Cuando estaba a unos diez metros, otro de los guardaespaldas que había llegado al campo de juego le gritó preguntándole qué era eso. El susto

para el primero de los guardaespaldas fue tal que pegó un salto e involuntariamente soltó un disparo. Al mirar hacia atrás, reconoció a su compañero y lo insultó con un enorme repertorio de groserías.

La presencia de su compañero le dio un poco de valor y continuó aproximándose. Luego de unos pasos notó que del plástico salía algo como un líquido rojo. El miedo aún le empañaba la visión. Cuando estuvo a unos cinco metros creyó que el líquido era sangre. Se acercó aún más y pudo comprobar que un hilo de sangre que manaba del paquete.

El plástico del envoltorio se había roto por partes y el guardaespaldas, con el cañón de su pistola, removi6 un pedazo para mirar el contenido, hasta ah6 tuvo valent6a. Sali6 corriendo hacia donde estaba su compa6ero repitiendo: "¡Dios m6o, Dios m6o!". El segundo guardaespaldas, ante la reacci6n del primero, quiso investigar qu6 le hab6a producido tanto espanto a su compa6ero.

Apuntando con la pistola se fue acercando y not6 el l6quido rojo, que ya no era un hilo sino una peque6a mancha. Pronto se dio cuenta de que se trataba de sangre y aun as6 continu6 con su acercamiento. Lleg6 y removi6 con el ca6n de su pistola el pedazo de pl6stico roto y lo que vio le hel6 la sangre; comprendi6 la reacci6n de su compa6ero. Grit6: "¡Esto no va a explotar!".

Jos6 Albilio escuch6 las voces de sus hombres y logr6 superar el estado de postraci6n en que hab6a quedado, entonces con sus ojos h6medos de l6grimas sali6 hacia donde los escuch6 hablar. Cuando su segundo hombre asegur6 que eso no explotar6a, pregunt6 por qu6 y 6l le respondi6:

–Porque es un hombre y lo lanzaron vivo desde la avioneta.

Los que alcanzaron a escuchar salieron de sus escondites. Los m6s

lejanos vieron el movimiento de quienes estaban cerca y también se atrevieron a salir. El patrón, por su parte, vio varias personas junto al paquete y se llenó de confianza para acercarse. A esas alturas la sangre ya formaba un charco visible desde lejos. Destaparon parte de la cara del hombre y vieron cómo la sangre le manaba por la boca, la nariz y los oídos. Siguieron rompiendo el plástico hasta descubrir la totalidad del cuerpo. La sangre siguió brotando durante varios minutos más, lo que demostraba que ese hombre había caído vivo, pues si lo hubieran lanzado muerto, la sangre ya estaría coagulada. Ese hecho revivió el miedo en su máxima expresión y todos trataron de imaginar lo que debió sentir el hombre cuando lo lanzaron.

Todos trataban de solidarizarse con el muerto al imaginar la angustia y el terrible grado de indefensión que debió vivir, pues venía con las manos y los pies atados, incluso en la boca tenía rastros de una cinta que le colocaron pero con el impacto se había soltado.

En cuestión de un cuarto de hora había una multitud alrededor del cadáver. Llegó el jefe de seguridad de la sede administrativa, indagó por lo que habían visto y cuando vio el cadáver, dijo: "Éste es Jaime Yáñez". Los primeros en llegar lo habían reconocido, pero ante la brutalidad de la escena ninguno había pronunciado su nombre. El jefe de seguridad organizó a sus hombres. Dejó a dos cuidando el cuerpo inerte de Yáñez y a los demás les dio la orden de despejar toda el área de la cancha. De inmediato llamó al comandante del puesto de Policía.

La ola de terror que producía la noticia de la muerte de Yáñez se difundió aún con mayor celeridad que el mensaje lacónico de la amenaza. En el sector de los guaqueros la idea de una broma espectacular se había difundido con rapidez y las risas se habían generalizado, pero la noticia sobre la muerte de Yáñez llegó y generó una ola que transformaba los rostros sonrientes en expresiones de espanto.

Los trabajadores que alcanzaron a recibir noticias del bombardeo habían cesado sus actividades en espera del desenlace, pero los correccaminos que les llevaron los almuerzos también les llevaron la noticia sobre Yáñez.

El primer pensamiento de muchos fue irse a buscar fortuna en otro lugar donde la vida tuviera un poco de valor. Pero no sucedió así con Pedro Nel, quien se hallaba en las profundidades de la mina supervisando uno de los frentes de trabajo que prometía una excelente producción. Él poseía el carácter más recio entre los cinco socios y fue a su vez el que mantuvo la mayor cordura cuando conoció el contenido del sobre. Ese lunes, cuando recibió el papel con la amenaza, no se lo dijo a nadie, pero supuso que no eran bombas lo que les iban a lanzar. De inmediato imaginó que se trataba de un truco psicológico con el que querían infundirles terror, por eso él esperaba alguna jugada atemorizante y ahí estaba el resultado.

José Albilio retornó a su apartamento y comenzó a hacer planes para vender sus acciones de la empresa. Juan Diego y los socios que se hallaban fuera de la mina también quedaron desorientados. Fue tal el grado de abatimiento que no podían aclarar sus ideas. Pedro Nel era el único con ideas claras. Su sangre se heló a causa de la noticia a pesar de la preparación que tenía, nunca se imaginó un grado de crueldad tan exagerada por parte de sus enemigos. Superados los momentos iniciales de estupor, se puso de pie y gritó delante de los diez obreros que en ese instante estaban cerca de él:

–Esta mina es nuestra y la defenderemos con nuestras vidas.

Las palabras del patrón fueron calando en los corazones anonadados de quienes estaban ahí y el frío del miedo se fue tornando en furia, con sed de venganza.

Pedro Nel comenzó a caminar hacia la salida y sus hombres lo siguieron. Los pasos largos y el seño fruncido denotaban resolución y firmeza, esa fuerza se fue transmitiendo a quienes lo seguían y de manera inconsciente los obreros comenzaron a gritar en coro:

–No nos dejaremos amedrentar, defenderemos esto con nuestras vidas.

El grupo se envalentonó y todos los que iban encontrando a lo largo de los túneles hacia la salida se les unían gritando e iban tornando el terror de la noticia en un calor que clamaba venganza. Cuando salieron a la superficie se encontraron con el grupo que acompañaba a Juan Diego procedente de otro túnel. Ese grupo se veía abatido, pero al sentir la furia que traían los de Pedro Nel se unieron a ellos en sus arengas. En el camino hacia la zona administrativa se triplicó el número de caminantes que sentía agigantarse su ánimo al ver cómo se sumaban más y más enardecidos brazos que se ofrecían para defender las minas y clamaban venganza.

A esa hora de la tarde el sofocante calor se aumentó con la gritería. Los tres socios se reunieron y dijeron que no se acobardarían, llamaron a los dos distantes y citaron a una reunión para el día siguiente en Bogotá. Pedro Nel informó a la multitud que necesitaban hacer una lista para saber exactamente con quiénes contaban realmente para defender la mina, pues de ella sacaban el pan para alimentar a sus hijos y no podían dejarse echar tan miserablemente.

De pronto la enorme gritería comenzó a reducirse hasta llegar a un silencio total pues la avioneta regresó.

Esta vez apareció a mayor altura. Sin embargo, el rugido de su motor iba sembrando el silencio en cada uno de los sectores donde lo alcanzaban a percibir.

LOS AUTORES

Ana Catalina Alvarado Agudelo (Renata Bucaramanga). Nació en Sogamoso, Boyacá, en 1980. Es graduada en filosofía de la Universidad Industrial de Santander y actualmente finaliza sus estudios de economía en la misma institución. Trabaja como lectora en un programa de lectura para niños y jóvenes hospitalizados desde el 2004. Hizo parte del Taller Renata Bucaramanga durante el 2007.

Sergio Álvarez. Nació en Bogotá el último día de 1965. Después del inevitable bachillerato, intentó estudiar física y filosofía pero la universidad lo único que consiguió fue aburrirlo. Entonces emprendió una vida azarosa que lo llevó a vivir a un rincón recóndito del Vichada, trabajar en publicidad, escribir guiones para cómics y libretos para televisión. Un día se aburrió también de todo eso, se fue a vivir a Barcelona y, a pesar de estar completamente arruinado, se sentó a escribir *La Lectora*, su primera novela. No fue una mala decisión, *La Lectora* se ganó un premio como la mejor ópera prima en España y RCN la convirtió en serie de televisión. Álvarez ha publicado también *Mapaná*, una novela juvenil, ha escrito para el cine y, en estos días, termina una nueva novela y colabora con varios medios de Colombia y España.

Hugo Fernando Bahamón Gómez (Renata Ibagué). Nació en Ibagué en 1972. Adelantó estudios en tecnología en sistemas y mercadotecnia. Participó en los talleres del Banco de la República en los años 2002 y 2003, y

en los talleres de Renata Ibagué con César Pérez Pinzón (2006) y Libardo Vargas Celemín (2007). Ha publicado cuento en revistas y diarios de difusión regional y nacional, así como en *Cuadernos de Renata. Antología 2006-2007* (Ícono Editores). Premios obtenidos: primer (2003), segundo (2005) y tercer puesto (2006) en el Concurso Departamental de minicuento Colegio Champagnat; segundo puesto en el Concurso Nacional de Crónica Germán Santamaría (2007). Actualmente es el Presidente del Consejo Municipal de Cultura de Ibagué.

Betsy Barros Núñez (Renata Riohacha). Nació en 1964. Es administradora de empresas, poeta, gestora cultural y asesora de trabajos de grado. Dirige desde 2005 la Fundación Atrapasueños y su Festival de Poesía Alternativa. Poemas, ensayos y artículos suyos han circulado en la *Revista Institucional Ranchería*, el periódico cultural *Poesía Viva*, el periódico *El Túnel* de Montería y la *Revista Quitasol* de Antioquia. Coautora del poemario *Los hijos del pez* y de la compilación *Palabra y residencia*. Compiladora del poemario *Desde la percepción de las miradas* editado por el Fondo Mixto de la Guajira, para el IV Festival de Poesía Alternativa de La Guajira. (<http://betsybarros.blogspot.com/>)

Jesús Calvete Calvete (Renata Bucaramanga). Escritor nacido en Bucaramanga, en 1946. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura Ecopetrol en 1995, con la obra *Marcela, la gota viajera*. Se ha desempeñado como conferencista, tallerista y periodista cultural, corresponsal en Colombia del periódico *El Triunfador*, de Quito. Es diplomado Honoris Causa en Letras, en Machala, El Oro, Ecuador.

Anni Chapman (Renata Providencia). Nació en Nueva Zelanda. Terminó sus estudios en Inglaterra y, como buena *kiwi*, pasó varios años viajando y conociendo otras culturas y países. Hace 29 años vive en el Archipiélago de San Andrés y actualmente reside en la isla de Providencia,

donde pasa su tiempo haciendo traducciones, terapias de sanación y disfrutando la belleza de la isla con sus cuatro gatos y dos perros. Ha trabajado en radio y televisión por muchos años y escribe para algunas publicaciones de turismo

Nelson Emiro Congo (Renata Tunja). Nació en Muzo, Boyacá, el 2 de abril de 1960. Estudió filología e idiomas en la Universidad Nacional de Colombia, donde se graduó con una colección de cuentos que presentó como su tesis de grado. Participó en el taller de escritores de la Universidad Central dirigido por Isaías Peña Gutiérrez durante 1987. Luego de viajar por cuatro continentes publicó la novela *Una vida alucinante* en 2006. Durante 2007 participó en el taller de Renata en la ciudad de Tunja, donde culminó un nuevo libro de cuentos inédito del cual se ha extraído el presente trabajo. En la actualidad está radicado en Chiquinquirá, donde vive con su esposa y sus tres hijos. Ha sido educador durante 22 años y hoy se desempeña como rector del Colegio San Isidro de Saboyá.

Alberto Cortés de los Reyes (Renata Barranquilla). Nació en Barranquilla, en 1977. Técnico de sistemas. Escribe poemas y cuentos, estos últimos principalmente de tendencia hacia lo fantástico. En 2007 y 2008, la Sociedad de Hermanos de la Caridad incluyó en el cuadernillo *Poemario* textos de su autoría como "Iniciación" y "El instante". Trabaja actualmente en la realización del documental *La sociedad programada*, una crítica a la enajenación ocasionada por el influjo de los medios de comunicación en la sociedad barranquillera.

Holguer Alfredo Cruz Bueno (Renata Bucaramanga). Nació en Bucaramanga el 5 de enero de 1964. Es periodista licenciado en español y comunicación. En 2004 fundó la Escuela Taller de Literatura Creativa Pájaros Azules. Fundador del periódico *El Pregonero* de Piedecuesta. Formó parte de la antología de cuentos *Bucaramanga lee, escribe y cuenta* publicada por el

taller Renata de la Biblioteca Pública Municipal Gabriel Turbay durante dos años. Ha publicado varios plegables de poesía. Actualmente labora como docente del área de lengua castellana en el Instituto del Oriente, colegio rural en el municipio de Piedecuesta. En los últimos años se ha destacado por el éxito en sus investigaciones en la creación de estrategias metodológicas para la renovación de la didáctica de la escritura en la escuela.

David Galeano Puche (Renata Cereté). Nació en Cereté, Córdoba, el 21 de enero de 1987. Hijo de Consuelo Puche Lengua y Domingo Galeano Doria, segundo de cuatro hermanos. Desde niño le ha gustado todo el mundo de la literatura, la poesía y el cuento. Actualmente cursa noveno semestre de ingeniería de sistemas en la Fundación Universitaria San Martín y pertenece al Taller Renata de Cereté Raúl Gómez Jafín.

Jorge Omar Hurtado Ruiz (Renata Villavicencio). Doctor en derecho y ciencias sociales especializado en derecho de familia y con amplia experiencia como abogado litigante en materia civil, laboral, comercial y administrativa. Ha sido concejal y personero de Villavicencio, y secretario de Hacienda de la Gobernación del Meta. Ha sido jefe de redacción del quincenario *Correo del Llano*, editorialista y columnista de la *Revista Trocha* y columnista de *Llano 7 Días*. Es escritor de poesía, cuento y ensayo, y miembro del Taller Permanente de Escritores del Llano

Mario Alexander Ibáñez Suárez (Renata Florencia). Nació en Bogotá, en 1971. Es médico cirujano de la Universidad Nacional de Colombia con especialización en psiquiatría de la misma universidad. Actualmente trabaja en Florencia con la organización Médicos Sin Fronteras.

Ignacio Efraín Izquierdo Ayala (Renata Cereté). Nació el 13 de agosto de 1979 en Cereté. Es licenciado en español y literatura egresado de la Universidad de Córdoba. La mayoría de sus textos de poesía y cuentos aun son inéditos. Finalista del concurso nacional de cuento El Túnel de

Montería con el texto "El ladrón del espejo." Actualmente participa del taller literario Raúl Gómez Jattin de la Red Nacional de Talleres del Ministerio de Cultura.

Pedro Losada López (Renata Barranquilla). Nació hace 52 años en La Fuente, Santander, y vive en Barranquilla desde hace más de 30 años. Su ilusión es llegar a ser un buen escritor de cuentos. Durante todo este tiempo ha sido un tendero honrado y servicial. Desde mayo de 2007 ha asistido al Taller Literario José Félix Fuenmayor, que dirige Antonio Silvera Arenas en Barranquilla. Está casado con Ángela Ayala, también santandereana, y sus hijos se llaman Pedro, Fabián, Iván Javier y Brayan. Con este cuento obtuvo una mención de honor en el Concurso de Cuento de la Universidad Metropolitana de Barranquilla en el 2008.

Pilar Lozano. Periodista y escritora de literatura infantil. Desde hace más de 20 años es corresponsal springer en Colombia del diario *El País* de España. Ha publicado 15 libros entre ellos, *Socaire y el Capital Loco*, *La estrella que le perdió el miedo a la noche*, *Turbel*, *el viento que se disfrazó de brisa*, *Los caminos del cielo*, *Colombia, mi abuelo y yo*, *La guerra no es un juego de niños*.

Diana Verónica Méndez Sánchez (Renata Valledupar). Nació en El Copey, Cesar. Es licenciada en lengua castellana e inglés de la Universidad Popular del Cesar. En 2006 participó como asistente al XXIV Congreso Nacional de Lingüística, Literatura y Semiótica, organizado por la UPC. Es participante del taller de Renata José Manuel Arango de Valledupar dirigido por Luis Alberto Murgas Guerra y ha participado en talleres literarios que realiza el Área Cultural del Banco de la República, Seccional Valledupar.

Laura Merchán Sánchez (Renata Bogotá). Es una escritora bogotana de 19 años de edad. Encantadora y decidida, prefiere no hablar mucho de sí misma, le gusta más escuchar. No obstante, podría decirse que entre todos

los sueños y planes que tiene, la vida literaria y filosófica constituye la base desde la cual imagina su futuro y da sentido a su caminar.

María Claudia Molina Villalobos (Renata San José del Guaviare). Nació en Bogotá en 1976. Es diseñadora gráfica y actualmente estudiante de psicología de la UNAD del Guaviare. En San José del Guaviare se dedica al trabajo en proyectos culturales y artísticos dirigidos a niños de población vulnerable como desplazados y discapacitados. Entre 2004 y 2005 fue la directora del periódico *La Región*. En 2004 se integró al Taller de Escritores Guaviarí, en el que ha publicado *San José del Guaviare, capital de la esperanza. Acercamiento a su historia* (2004) y *Guaviarí. Raudal de cuentos* (2006).

Juan Andrés Muñoz Gallego (Renata Villavicencio). Egresado de la Universidad del Imposible, termina sus estudios como “desinformador social”, deambula por las calles de Villao, atrapando palabras, percibiendo imágenes para escribir con ellas, para contar historias de un primer libro, su proyecto de vida, su última y primera instancia narrativa, compendio de cuentos, de historias y sueños/pesadillas que se propone titular: DROGONAUTAS, SORDICOS Y OTRAS MINIFICCIONES así, entre tinto y Joropo teje cómo ostentar su doctorado de sociólogo.

Carmelina Newball Bryan (Renata Providencia). Nació en la isla de Providencia el 24 de septiembre de 1951. Cursó estudios de primaria en la isla, secundaria en Cartagena y recibió títulos de bachillerato técnico y de secretariado bilingüe. En 1968 volvió a San Andrés para trabajar como secretaria ejecutiva. Fue gerente del Banco Central Hipotecario y presidenta del Club de Leones de Providencia. Participó en la segunda convocatoria de gastronomía del Ministerio de Cultura y ganó del premio de Innovación 2008. Actualmente es presidenta de la Asociación Casa de la Cultura de Providencia y Santa Catalina Islas y directora de FINDEPAC. Ha recibido las

condecoraciones el "Turismo abre puertas a las mujeres" (2007), "Servicios distinguidos de la Alcaldía, Gestión en la Cultura" (2007) y "Liderazgo, colaboración y participación activa en procesos de desarrollo para el bienestar de la comunidad de Providencia" (2008).

Blanca Nubia Orozco Rueda (Renata Barrancabermeja). Nació en Yondó, Antioquia, en 1961. Estudió economía en la Universidad Cooperativa de Colombia. Es coordinadora regional en el Magdalena Medio del proyecto Retomo la Palabra del CERLALC. Participa en el taller de Renata desde el 18 de marzo de 2006. Obtuvo el segundo puesto en el Primer Concurso de Cuento Regional Érase una vez Casabe (2008) con el cuento "Que alguien me diga".

Antonio María Osorio Ramos (Renata Manizales). Nació en Palestina, Caldas, en 1959, y después de 50 años continua viviendo allí. La mayoría de sus cuentos (aún inéditos) tienen que ver con esta tierra cafetera. Todos sus estudios los cursó en esta tierra y en la ciudad de Manizales. En 1999 hizo parte de la antología *Palestina en su poesía* y en 2004 en la antología *Tiempo de palabra, voces de la aldea*. Como producto de los talleres de poesía y narrativa dictados por Juan Carlos Acevedo en la Casa de la Cultura de Palestina le fueron publicados algunos poemas, y un cuento corto en la revista *Juegos florales* del Centro de Escritores de Manizales y en el diario *La Patria*. Actualmente escribe artículos de opinión para la separata "Aquí Chinchiná y Palestina" del diario *La Patria*, que se publica los sábados.

Mauricio Pacho (Renata Cali). Soltero. Tiene 27 años hasta enero del año que viene. Es acróbata, zanquero, malabarista e instructor de lo mismo. Escribe cuentos porque no le dejaron publicar una historieta por ser "dizque" violenta. Ha vivido en Cali toda su vida a pesar de ser descendiente páez, una mezcla extraña.

Irma Pinzón Calderón (Renata San José del Guaviare). Integrante del

Taller de Escritores Guaviarí. Gestora cultural nacida en el Casanare. Es tecnóloga en administración pública de la ESAP. Asesora los procesos artesanales indígenas del Guaviare. Publicaciones: *San José del Guaviare, capital de la esperanza. Acercamiento a su historia* (2004), *Guaviarí. Raudal de cuentos* (2006) y de un relato en lengua desano en *Suiya. Tejiendo tradiciones* (2007).

Z. Patricia Porras Z. (Renata Armenia). Nació en Medellín. Se dedicada a las artes plásticas. Asiste al taller Renata desde 2007.

Milciades Rentería Palacios (Renata Quibdó). Nació en Quibdó, Chocó. Es promotor cultural en las áreas de danzas y teatro del centro cultural Mama-u. Dirige el grupo de danza Mi sangre candente. Es estudiante de etnoeducación en el Instituto Misionero de Antropología UPB. Es un cultor consagrado y hace parte de los talleres de escritura creativa Renata que dirige Eugenio Perea García en Quibdó. Este cuento es su primera incursión en el campo literario.

Felipe Rodallegas (Renata Buenaventura). Nació el 22 de agosto de 1938, en el corregimiento de Puerto Merizalde, Río Naya, Buenaventura, Valle del Cauca. Realizó estudios hasta el tercer año de primaria. Luego hizo estudios de tecnología en electrónica por correspondencia. Vive en Buenaventura desde 1953. Es viudo y padre de seis hijos. Hasta hace poco sólo escribía coplas, décimas y unos pocos poemas, ejercicio en el que lleva más de 50 años. Con los talleres de Renata empezó a escribir cuentos y crónicas, y aspira a iniciarse en la novela.

Felipe Rodríguez Wilches (Renata Tunja). Realizó estudios de licenciatura en informática educativa en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Dirigió el cine club Cinefilia por 2 años, del cual es miembro fundador. Obtuvo el primer premio como productor del cortometraje *La llama triple. Homenaje a Stanley Kubrick*, en los XX Premios Uniboyacá y

fue selección en los premios Kinetoscopio de la Universidad Nacional. En radio ha sido director de *La hamaca. Péndulo para la palabra*, programa literario en la emisora UPTC. Además ha producido programas para Corpoboyacá y diferentes emisoras de Boyacá. Participó en el IX Festival Iberoamericano de Teatro en Bogotá como actor en la obra *la Flor de Amatecún* del Teatro Itinerante del Sol. Participante en Renata. Actualmente desarrolla proyectos en el centro de investigaciones pedagógicas Rayuela de Tunja, como docente de tecnología y artes escénicas.

Alejandro Rubio García (Renata Armenia). Estudió licenciatura en español y literatura en la Universidad del Quindío. Es docente de español del colegio San Luis Rey de Armenia. Lector asiduo y gran enamorado de la literatura. Entre sus escritores favoritos se encuentran Fernando Vallejo y Raúl Gómez Jattin.

Carlos Andrés Sánchez Jaramillo (Renata Cali). Nació en Caloto, se crió en Quilichao, estudió en Cali y Buenos Aires y suele trabajar en Popayán. Intentó la ingeniería pero se quedó con la psicología, donde prefirió la social comunitaria, y entre lucha y lucha derivó en docente universitario. Escribe un tanto pero lee más, sobre todo fantasía y ficción. Cuando no se atraviesa algo de trabajo se dedica a jugar y dirigir juegos de simulación y estrategia, y a ver todo el cine que puede.

Blanca Liga Suárez Ochoa (Renata San José del Guaviare). Vive en San José del Guaviare, lugar que la acogió con su familia desde los 7 años de edad. Nació en Guamal, Meta. Es administradora pública y gestora cultural. Es madre de dos jovencitas guaviarenses y la mayor de 8 hermanos. Su compromiso con las letras partió de su interés por animar el proceso literario del Guaviare, resultando partícipe del mismo. Es coautora de las publicaciones colectivas *San José del Guaviare, capital de la esperanza. Acercamiento a su historia* (2004), *Guaviarí. Raudal de cuentos* (2006) y

Suiya. Tejiendo tradiciones (2007).

Edwin Tobón González (Renata San José del Guaviare). Natural de Génova, Quindío, pero se declara guaviareense por adopción. Forma parte del taller permanente de escritores Guaviarí. Es administrador de empresas y gestor cultural. Ha incursionado en el campo de la poesía con obras inéditas. Es declamador, presentador y comunicador social. Participó de la publicación colectiva *San José del Guaviare, capital de la esperanza. Acercamiento a su historia (2004).*

Jorge Isaac Toledo Ramírez (Renata Florencia). Nació en Armenia, Quindío –antes Caldas–, en 1932. Es técnico de construcción del Sena y fue instructor de construcción de esta misma institución por veinte años. Hoy es pensionado.

Franciny Torres Corrales (Renata Armenia). Nació en Calarcá, Quindío. Es estudiante de lenguas modernas de la Universidad del Quindío. Director y actor de teatro. Participa del taller Renata desde el año 2007.

Eduardo Tovar (Renata Neiva). Durante tres años ha sido parte de Renata. Lo han destacado con menciones y premios literarios, entre los que sobresalen el tercer puesto en el XVII Concurso Departamental de Minicuento Rodrigo Díaz Castañeda (2007) y el primer puesto en el Concurso de Cuento de la Universidad Surcolombiana (2007). Así mismo se ha publicado relatos y cuentos en revistas regionales y libros como *La puerta (2005)*, *Letras calientes (2008)*, *La tarde está como para contar cuentos. Antología de Minicuento Huilense (2008)*, *Geografías de la memoria. Relatos autobiográficos de jóvenes en zona de conflicto (2005)* y la antología del III Concurso Internacional de Minicuento El Dinosaurio, Cuba, (2008).

Silvia Andrea Valencia Vivas (Renata Cali). Nació en Popayán el 23 de junio de 1984. Es estudiante de último semestre de la licenciatura en

literatura de la Universidad del Valle. Estudió clarinete por 15 años en el conservatorio Antonio María Valencia de Cali, pero se decidió por las letras. Trabaja como promotora de lectura haciendo talleres que articulan la música y la literatura. Ha publicado la novela infantil *La maleta* (2008) y *El hecatónquiroy otros cuentos*. Tiene dos novelas infantiles en proyecto de publicación. Pertenece al grupo literario Camelot y a Renta en Cali, Écheme el cuento, desde hace dos años.